

Yasmina Reza

Babilonia



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Índice

Portada
Babilonia
Créditos
Notas

A Didier Martiny

El mundo no está bien organizado, es un desbarajuste. No intento ponerlo en orden.

GARRY WINOGRAND

Está pegado a la pared, en la calle. De pie con traje y corbata. Tiene orejas de soplillo, la mirada asustada, el pelo corto y blanco. Está flaco, los hombros estrechos. Sostiene bien visible una revista donde puede leerse la palabra *Awake*. El pie de foto reza Jehovah's Witness, Los Ángeles. La foto es de mil novecientos cincuenta y cinco. Parecía un chiquillo. Murió hace tiempo. Vestía con decoro para repartir sus folletos religiosos. Estaba solo, penetrado de una perseverancia triste y torva. A sus pies se adivina una cartera (se ve el asa), con decenas de folletos impresos que nadie o casi nadie le cogerá. Son también esos boletines impresos en un número irrazonable los que recuerdan la muerte. Esos arrebatos de optimismo –demasiadas copas, demasiadas sillas...– que nos hacen multiplicar las cosas para volverlas de inmediato inútiles. Las cosas y nuestros esfuerzos. La pared ante la que se halla es gigantesca. Se adivina por su opacidad recia, por el volumen de la piedra tallada previamente. Debe de seguir allí, en Los Ángeles. El resto se difumina en algún lugar: el hombrecillo con un traje holgado y orejas picudas que se había colocado delante de él para repartir una revista religiosa, su camisa blanca y su corbata oscura, su pantalón raído en las rodillas, su cartera, sus ejemplares. ¿Qué importa lo que somos, lo que pensamos, lo que será de nosotros? Estamos en algún lugar del paisaje hasta el día en que dejamos de estar en él. Ayer llovía. He vuelto a abrir *Los americanos* de Robert Frank. Andaba perdido por la biblioteca, arrinconado en un estante. He vuelto a abrir el libro, que no abría desde hacía cuarenta años. Recuerdo al tipo que vendía una revista, de pie en una calle. La foto es más granulosa, más pálida de lo que esperaba. Quería volver a ver *Los americanos*, el libro más triste del mundo. Muertos, surtidores de gasolina, gente sola con sombreros de cowboy. Al volver las páginas se ven desfilar las máquinas de discos, los televisores, los objetos de la nueva prosperidad. Se muestran tan solitarios como el hombre esos recién llegados sobredimensionados, demasiado pesados, demasiado luminosos, colocados en espacios no preparados. Un buen día, se los llevan. Se darán otra vueltecilla, tambaleándose hasta el desguace. Estamos en algún lugar del paisaje hasta el día en que dejamos de estar en él. Me ha venido a la mente el Scopitone del puerto de Dieppe.

Salíamos, en el Dos Caballos, a la tres de la mañana para ir a ver el mar. Yo no tendría más de diecisiete años y estaba enamorada de Joseph Denner. Íbamos siete en el coche, que rozaba el suelo con el culo. Yo era la única chica. Conducía Denner. Íbamos a todo gas hacia Dieppe bebiendo cerveza Valstar roja. Llegábamos a las seis al puerto, entrábamos en la primera taberna y pedíamos Picon con cerveza. Había un Scopitone. Nos desternillábamos mirando a los cantantes. Una vez Denner puso *Le Boucher* de Fernand Raynaud y llorábamos de risa por el sketch y por el Picon. Luego volvíamos a casa. Éramos jóvenes. No sabíamos que era irreversible. Ahora tengo sesenta y dos años. No podría decir que he sabido ser feliz en la vida, no podría puntuarme con un siete a la hora de mi muerte, como ese colega de Pierre que dijo bueno, pongamos un siete, yo diría más bien un seis, porque me daría menos la impresión de ser ingrata o de herir a alguien, diría un seis haciendo trampa. ¿Cambiaré eso algo cuando esté bajo tierra? A todo el mundo le importará un pito el que haya sabido o no ser feliz en la vida, y a mí también me traerá importará un pito.

El día que cumplí sesenta años, Jean-Lino Manoscritti me invitó a las carreras de Auteuil. Nos encontrábamos en las escaleras, los dos subíamos andando, yo para conservar un tipo pasable, él por su fobia a los sitios cerrados. Era flaco, no muy alto, el rostro picado, una larga frente que se extendía hacia atrás y un mechón peinado hacia un lado con la famosa cortinilla de los calvos. Llevaba gafas de montura gruesa que lo envejecían. Él vivía en el quinto, yo en el cuarto. Nos creaban cierta complicidad esos encuentros en la escalera que nadie usaba. En algunos edificios modernos, la escalera es independiente y fea, y sólo sirve para las mudanzas. De hecho, los inquilinos la denominan escalera de servicio. Durante un tiempo, no nos conocimos del todo, yo sabía que él trabajaba en el ramo de los electrodomésticos. Él sabía que yo trabajaba en el Institut Pasteur. El nombre de mi profesión, ingeniera de patentes, no le dice nada a nadie, y ya no intento explicarlo de manera atractiva. En una ocasión, Pierre y yo tomamos una copa entre parejas en casa de ellos. Su mujer era una especie de terapeuta new age después de haber regentado una zapatería. Llevaban poco tiempo casados, quiero decir en comparación con nosotros. Al cruzarme con Jean-Lino en nuestra escalera la víspera de mi cumpleaños, le había dicho, mañana cumplo sesenta años. Me demoraba un poco y me salió así. ¿Usted no ha

cumplido aún sesenta años, Jean-Lino? Contestó que en breve. Yo veía que intentaba decirme algo amable pero no se atrevía. Al llegar a mi rellano, añadí, para mí se ha acabado ya todo, me retiro. Me preguntó si ya había ido a las carreras. Le dije que no. Balbuceando, me propuso que, si estaba libre, nos viéramos al día siguiente en Auteuil a la hora de comer. Cuando llegué al hipódromo, me lo encontré sentado en el restaurante, pegado a los cristales desde los que se domina el paddock. En la mesa, una botella de champán en un cubo, las revistas de turf esparcidas, cubiertas de anotaciones, cacahuetes desperdigados mezclados con boletos caducados. Me esperaba con el aspecto de quien recibe distendido a alguien en su club, en total contraste con lo que yo sabía de él. Nos zampamos no sé qué cosa grasienta que él había pedido. Se exaltaba en cada carrera, levantándose, rugiendo, tenedor en ristre, arrastrando fragmentos de puerro oscilantes. Cada cinco minutos salía a fumar medio pitillo y regresaba con nuevas ideas. Nunca lo había visto con semejante cantidad de energía y menos aún de alegría. La gente apostaba sumas insignificantes a caballos de potencial desconocido. Él los *sentía*, tenía sus íntimas convicciones. Ganó algo, tal vez el precio del champán (dimos cuenta de toda la botella, sobre todo él). Yo me embolsé tres euros. Me dije, tres euros el día de tu sesenta cumpleaños, bueno. Comprendí que Jean-Lino Manoscritti estaba solo. Un tipo a lo Robert Frank pero actual. Con su Bic, su periódico y sobre todo su sombrero. Se había creado un ritual, había aislado en el tiempo un espacio que lo subyugaba. En las carreras se crecía, incluso la voz le cambiaba.

Recordé el día que mi padre cumplió los sesenta años. Nos habíamos comido un chucrut en la République. Era la edad que tenían los padres. Una edad inmensa y abstracta. Ahora eres tú quien la tienes. ¿Cómo es posible? Una chica hace las mil y una, se pasea por la vida con la cabeza bien alta y pintarrajeada y de repente le da por tener sesenta años. Yo salía a hacer fotos con Joseph Denner. Le gustaba la fotografía y a mí me gustaba todo cuanto le gustaba a él. Me fumaba las clases de biología. Por aquellos años no nos daba miedo el futuro. Un tío mío me había regalado una Konika de ocasión, quedaba profesional porque me había agenciado una correa Nikon. Él tenía una Olympus que no era réflex, calculábamos la distancia con un telémetro incorporado. El juego consistía en tomar el mismo motivo, el mismo momento, el mismo lugar, y crear cada uno nuestra imagen. Retratábamos la

calle como los grandes a quienes admirábamos, los paseantes y los animales del Jardin des Plantes junto a la uni, pero sobre todo el interior de los baretos del puente Cardinet que tanto atraían a Denner. Los tipos solitarios, los parroquianos momificados en los reservados de atrás. Sacábamos las copias por contacto en casa de un amigo. Comparábamos y elegíamos la buena para ser ampliada. ¿Cuál era la buena? ¿La mejor encuadrada? ¿La que revelaba una interacción ínfima e insondable? ¿Quién puede responder? Pienso regularmente en Joseph Denner. A veces me pregunto en qué se habría convertido. Pero ¿en qué podría haberse convertido un tipo que muere de cirrosis hepática a los treinta y seis años? Desde los acontecimientos, parece que se haya vuelto a invitar a mi cabeza. Le hubiera hecho mucha gracia esta pequeña historia. *Los americanos* me devolvió imágenes de mi juventud. Soñábamos y no hacíamos nada. Mirábamos pasar a la gente, describíamos su vida y a qué objeto se asemejaban, un mazo, un apósito... Nos reíamos. Bajo la risa, sentíamos un tedio un tanto amargo. Me hubiera gustado volver a ver aquellas fotos del puente Cardinet. Debimos de tirarlas un día junto con papeles viejos. Después del cumpleaños en Auteuil, le tomé cariño a Jean-Lino Manoscritti. Salíamos del edificio para dar un paseo fuera y tomábamos café a la vuelta de la esquina si se presentaba la ocasión. Fuera él podía fumar, en su casa no. Me parecía el más dulce de los hombres, y así sigo viéndolo. Nunca hubo familiaridad entre nosotros y siempre nos tratamos de usted. Pero hablábamos, a veces nos contábamos cosas que no contábamos a nadie. Sobre todo él. Pero podía pasarme a mí. Habíamos descubierto que sentíamos la misma aversión por nuestra infancia, el mismo deseo de borrarla con un tachón negro. Un día, evocando su paso por la vida, había dicho, de todas formas lo más duro ya ha pasado. Yo estaba de acuerdo. Jean-Lino era nieto de inmigrantes judíos italianos por línea paterna. Su padre había empezado a trabajar de chico de los recados en un taller de pasamanería. Luego se especializó en las cintas, hasta que abrió una mercería en los años sesenta. Un local largo y estrecho en la avenue Parmentier. Su madre llevaba la caja. Vivían al fondo de un patio a dos pasos de la tienda. Los padres trabajaban duro y no eran cariñosos. Jean-Lino no se extendía al respecto. Tenía un hermano mucho mayor que él, que había triunfado en la confección. Él iba a la deriva. Su madre lo había echado de casa. Había empezado como cocinero tras hacer un cursillo de pastelería. En el momento más optimista de su vida, se había abocado a la restauración. Era duro, cero vacaciones e

ingresos insuficientes. Al final, el servicio de ocupación le había financiado una formación en la gran distribución y una asociación intermedia lo había colocado en Guli, donde se encargaba de la posventa de electrodomésticos. No había tenido hijos. Era el único reproche que osaba hacer a los poderes que habían gobernado su existencia. Su primera mujer lo había abandonado tras el fracaso del restaurante. Cuando conoció a Lydie, ésta era ya abuela por una hija nacida de un matrimonio anterior. Desde hacía dos años, el chiquillo acudía regularmente a casa de la pareja. La separación de los padres había sido sumamente abrupta, hasta tal punto que intervinieron los servicios sociales, que le endosaban el niño a la abuela Lydie a la menor ocasión. Movidio por una ternura que no había tenido ocasión de manifestar (salvo con su gato), Jean-Lino había acogido a aquel Rémi con los brazos abiertos e intentaba hacerse querer. ¿Hace uno bien deseando hacerse querer? ¿No es una de esas tentativas siempre calamitosas?

Los primeros momentos fueron caóticos. El niño, que contaba cinco años cuando llegó, había vivido anteriormente en el sur, se obstinaba en no hacer caso a Jean-Lino y lloraba en cuanto desaparecía Lydie. Era un niño corriente, un poco regordete, que tenía una bonita sonrisa con hoyuelos. Las dificultades de amansamiento se agravaron con Eduardo, el gato de Jean-Lino, un animal antipático recogido en una calle de Vicenza y al que sólo podían dirigirse en italiano. Lydie había sabido ganarse a Eduardo. Sostenía su péndulo ante el gato y éste seguía el balanceo del cuarzo rosa, magnetizado (la piedra se le había *presentado* a ella en algún lugar de Brasil). En cambio, Eduardo le había cogido manía a Rémi. Se hacía el doble de grande cuando aparecía el niño, y bufaba de modo inquietante. Jean-Lino había intentado razonar con el gato sin que nadie a su alrededor le echara una mano. Lydie había solucionado el asunto encerrando a Eduardo en el cuarto de baño. Rémi lo chinchaba imitando su maullido a través de la puerta. Jean-Lino intentaba impedirselo pero carecía de autoridad. Cuando tenía vía libre, acudía discretamente a levantar la moral al animal a través del resquicio susurrándole suavemente en italiano. Rémi se había negado a llamar a Jean-Lino *abuelo Jean-Lino*. Aunque tampoco puede decirse que el niño se hubiera negado. Sencillamente no lo había llamado nunca abuelo Jean-Lino pese a los incesantes *El abuelo Jean-Lino va a leerte un cuento o si te acabas el pescado el abuelo Jean-Lino te comprará no sé qué* de Jean Lino. Rémi

había desdeñado al abuelo Jean-Lino, que le importaba un pepino. Cuando había necesitado nombrarlo lo había llamado Jean-Lino, quien se había sentido estúpidamente afectado por ese nombre a secas, pronunciado sin el menor tono familiar. Más adelante, cambiando de estrategia, se le metió en la cabeza seducir al niño a través de la risa. Le enseñaba a decir bobadas del tipo *cogolobrogo*, *cugulubru* para llegar a *cagalabraga*. A Rémi le encantaba. Se había saltado enseguida las primeras etapas y no cesaba de repetir *cagalabraga*, adoptando voces disparatadas o canturreando, o bien se lo soltaba directamente a Jean-Lino a ser posible fuera de casa y a voz en grito. Yo misma serví de espectadora de ese sainete en el vestíbulo del edificio. Fingiendo reírse, Jean-Lino había dicho, cuando se repite demasiadas veces un juego de palabras deja de ser gracioso, sabes. Ya no sabía cómo detener el proceso. Cuanto más intentaba razonar con él, más repetía el niño la frase. En vez de decir está bien o no está bien, el pequeño decía está *teta* o no está *teta* (¿otra enseñanza de Jean-Lino?), de manera que podía contestar *¡no está tetá cagalabraga!* Lydie no ayudaba demasiado, atrincherada en la teoría de que se recoge lo que se siembra. Cuando advertía cierto desánimo en Jean-Lino, se limitaba a decir, pero deja en paz de una vez al crío. La última palabra pronunciada con tono de desolación. No se puede reprender a una víctima de la inconsecuencia adulta. Viéndolo con perspectiva, supongo que advirtió el peligro de ese apego unilateral. Tendría que decir unas palabras sobre el vestíbulo de ese edificio. Es un espacio alargado, iluminado de día por la puerta de entrada semiacristalada. El ascensor se presenta de frente en el centro. Se accede a la escalera por una puerta lateral situada en un entrante a la izquierda. El tramo de pasillo que queda a la derecha conduce al cuarto de las basuras. Cuando estaban los tres, Lydie tomaba el ascensor con su nieto mientras que Jean-Lino subía andando. Cuando Jean-Lino estaba solo con el niño, éste se emperraba en subir en ascensor. Para llevarlo al hueco de la escalera había que arrastrarlo en medio de berridos. Jean-Lino no podía tomar el ascensor. Con el paso del tiempo se había visto imposibilitado para tomar el avión, el ascensor, el metro y los nuevos trenes cuyas ventanillas ya no se abrían. Un día el niño se agarró como un mono a la puerta de la escalera para no entrar, Jean-Lino acabó sentándose en los primeros escalones con lágrimas en los ojos. Rémi se puso a su lado y le preguntó, ¿por qué no quieres coger el ascensor?

—Porque me da miedo —contestó Jean-Lino.

–A mí no me da miedo, yo puedo cogerlo.

–Eres demasiado joven.

Pasado un rato, Rémi subió la escalera asiéndose a la barandilla. Jean-Lino lo siguió.

Si tuviera que escoger una sola imagen, entre cuantas persisten en mi cabeza, ésta sería la de Jean-Lino sentado casi a oscuras en la silla marroquí, aferrado a los reposabrazos en medio de un montón de sillas que ya no tenían razón de ser. Jean-Lino Manoscritti petrificado en la incómoda silla, en el salón donde aún permanecían, alineadas sobre el baúl, las copas compradas frenéticamente por mí para la ocasión, las fuentes de apio, patatas fritas light, todas las sobras de la fiesta organizada en un momento de optimismo. ¿Quién puede determinar el punto de partida de las cosas? ¿Quién sabe qué amalgama oscura y tal vez lejana gobernó el asunto? Jean-Lino había conocido a Lydie Gumbiner en un bar donde ella cantaba. Dicho así, uno se imagina a una chica contoneante emitiendo una voz cálida por un micro. En realidad era una mujer esmirriada sin demasiado pecho, vestida de gitana y cubierta de colgantes, que había apostado a las claras por su cabellera, rizada y anaranjada, voluminosa, domesticada con pasadores decorativos (lucía también una pulsera de tobillo con colgantes...). Tomaba clases de jazz con un profesor de canto y de cuando en cuando se exhibía en distintos bares (fuimos a escucharla en una ocasión). Había cantado *Syracuse* mirando a Jean-Lino, sentado allí aquella noche por esos azares de la vida, junto al estrado, y cuyos labios acabaron murmurando *Avant que ma jeunesse s'use et que mes printemps soient partis...* Jean-Lino era fan de Henri Salvador. Ambos se gustaron. A él le había gustado su voz, sus faldas largas y vaporosas, su propensión a lo abigarrado. Le atraía que a una mujer de su edad le importaran un pito las convenciones urbanas. De hecho, Lydie era en muchos aspectos una mujer inclasificable que vivía como si poseyera facultades sobrenaturales. ¿Por qué se habían juntado aquellos dos seres? Yo tenía una amiga en el CEIPI¹ en Estrasburgo, una chica un poco retraída. Un día se casó con un tipo ingrato y taciturno. Me dijo, está solo, yo estoy sola. Treinta años después, me la encontré en el Thalys, construía globos aerostáticos para parques de atracciones, seguía con él y habían tenido tres hijos. El final no es tan risueño para la pareja Gumbiner-Manoscritti, pero, con variaciones infinitamente diversas, ¿acaso no es el motivo siempre el

mismo? Tomé unas fotos durante nuestra pequeña fiesta (la había llamado *fiesta de primavera*). En una de ellas se ve a Jean-Lino de pie, detrás de Lydie sentada en el canapé con uno de sus recargados disfraces, riéndose ambos, los rostros vueltos hacia la izquierda. Aparentan estar bien. Jean-Lino parece contento y colorado. Está apoyado en el respaldo del canapé, el cuerpo inclinado por encima de los rizos rojizos. Recuerdo con exactitud lo que les había hecho reír. La foto se utilizó en el dossier. Capta lo que capta cualquier foto, un instante petrificado que no se repetirá nunca más, y que acaso ni siquiera sucedió como tal. Pero dado que no habrá ya imágenes posteriores de Lydie Gumbiner, esa foto parece albergar un contenido secreto y aparece nimbada de una aureola venenosa. Recientemente he visto en una revista una foto de Joseph Mengele en los años setenta en Argentina. Está sentado en algún lugar en el exterior, en camiseta, ante los restos de un pícnic, en medio de una pandilla de chicos y chicas claramente más jóvenes. Una de las chicas se le cuelga del brazo. Se ríe. El médico nazi se ríe. Se los ve a todos risueños y relajados, como testimonio del sol y la ligereza de la vida. La foto no ofrecería el menor interés de no ser por la fecha y el nombre del personaje central. El pie de foto trastoca la lectura. ¿Sucede lo mismo con cualquier foto?

No sé cómo germinó en mi cabeza esa idea de una fiesta de primavera. Nunca habíamos hecho ese tipo de cosas en casa, ni copas, ni fiesta, y menos aún de primavera. Cuando recibimos a amigos nunca nos juntamos más de seis personas en torno a la mesa. En un principio me apetecía montar algo con compañeras del Pasteur, a quienes se sumarían algunos colegas de Pierre. Luego rescaté nombres, comencé a discurrir combinaciones más o menos imaginativas, enseguida se planteó el problema de las sillas. Pierre me dijo, pídeles unas sillas a los Manoscriveri.

—¿Sin invitarlos?

—Invitándolos. ¡Ella incluso podría cantar!

El matrimonio Manoscriveri no interesaba a Pierre, pero, ya puestos, Lydie le parecía más divertida que Jean-Lino. Envié unas cuarenta invitaciones. Me arrepentí en el acto. La noche siguiente no pegué ojo. ¿Cómo sentar a toda aquella gente? Teníamos siete sillas contando la silla marroquí. Los Manoscriveri tendrían a buen seguro la misma cantidad. La silla marroquí ocupaba mucho sitio pero ¿cómo prescindir de ella? Aparte de las sillas, el

puf blando y el canapé permitían, de producirse una sinergia ideal, sentar a siete personas. Tres por siete, veintiuno. A ello había que añadir un taburete del sótano, o sea, veintidós (también había pensado en el baúl pero el baúl debía servir de mesa auxiliar de la mesa de centro). Harían falta diez sillas más pero plegables. Tenían que ser plegables, que pudiesen desplegarse en caso de necesidad y no quedarse allí plantadas como a la espera de espectadores, pero ¿dónde encontrar sillas plegables? Las dimensiones del piso no permitían un añadido de treinta sillas desplegadas, por no hablar de la uniformidad glacial de las sillas suplementarias, ¿y qué necesidad había de tanta silla? Cuando se organiza ese tipo de merienda-cena informal –¡pues claro, informal!–, no todo el mundo se sienta, la gente habla de pie, se pasea, hay que contar con una especie de vaivén, de libertad a la hora de sentarse, la gente se sienta en los reposabrazos o en el suelo relajada apoyada en la pared, ¡pues claro...! En cuanto a las copas... Me levanté por la noche para contar las copas. Treinta y cinco, más o menos heterogéneas. Más seis copas de champán en otro armario. Al despertarme le dije a Pierre, no tenemos vasos. Hay que comprar una veintena de copas de champán y copas de vino. Pierre me dijo que existían copas de champán de plástico. Dije, ah no, eso sí que no, bastante me deprimen ya los platos de plástico, las copas tienen que ser de cristal. Pierre me dijo, es una tontería comprar copas que no volveremos a utilizar. ¡No vamos a beber champán en plástico como para una fiesta de jubilación! Pierre me dijo que existían flautas superrígidas imitación cristal totalmente aceptables. Lo busqué en internet y encargué tres cajas de diez flautas de champán Elegancia y tres cajas de cincuenta cuchillos, tenedores y cucharas desechables de plástico metalizado, con aspecto de acero inoxidable. Eso me tranquilizó hasta el sábado de la fiesta en que, por la tarde, tuve una nueva crisis con respecto a las copas. Teníamos flautas de champán pero no copas para el vino. Tras dar una vuelta por Deuill'Alouette, volví con treinta copas balón de cristal y una caja de seis copas de champán de cristal. Desempolvé un mantel que jamás había utilizado, lo puse sobre el baúl y dispuse todos los vasos, las copas, las balón, los híbridos, e incluso cuatro vasitos de vodka por si alguien quería tomar vodka. Había más de cien vasos y copas contando los de la cocina. Lydie llamó a eso de las seis. Ya medio emperifollada, con una silla en cada brazo. Subimos a buscar las demás. Había una butaca de terciopelo amarillo en la habitación. Nunca había visto su habitación. La misma estancia que la nuestra diez veces más

colorida, diez veces más caótica, iconos en la pared, un póster de Nina Simone medio desnuda con un vestido de rejilla blanco, y una disposición distinta de la cama. En medio de unos cojines, Eduardo, receloso y lánguido. ¡Pero tú qué haces aquí!, exclamó Lydie. Dio una palmada y el gato se esfumó. No le dejó estar en la habitación, dijo. Me pareció ver un orinal con una tapadera de madera. Me bastó una ojeada para comprender que Jean-Lino no había puesto nunca su granito de arena en la decoración, no porque se hubiera podido detectar su toque personal en otro lugar, pues el resto del piso respondía más al compromiso azaroso de las vidas. La ventana estaba entreabierta, enmarcada por sedosas telas estilo bombonera inglesa, suavemente ondeantes, y a lo lejos se divisaba por encima de los edificios un fragmento de la torre Eiffel que nosotros no veíamos. Su habitación me pareció más alegre, más juvenil que la nuestra. Mientras levantaba la butaca demasiado pesada, envidié su habitación. A lo largo de mi vida me he sentido enclaustrada en muchas habitaciones. Habitación de infancia. Habitaciones de hospital. Habitaciones de hotel con pocas vistas. La habitación la hace la ventana. El espacio que recorta, la luz que introduce. Sus cortinas también. ¡Los visillos! A lo largo de mi vida he estado tres veces en un hospital, contando la del parto. En todas las ocasiones, me sentí enclaustrada en la habitación de hospital con sus grandes cristales vagamente opacos, que mostraban una franja de edificio simétrica, ramas de árboles o un cielo desmesurado. La habitación de hospital me arrebató toda esperanza cada vez. Incluso con el bebé a mi lado en su cuna transparente.

Una de las fotos más conocidas de Robert Frank es la vista de Butte, una ciudad minera de Montana, tomada desde la ventana de una habitación de hotel. Tejados, almacenes. Humo en lontananza. La mitad del paisaje aparece velado a ambos lados por visillos de tul. La habitación de infancia de mi hermana Jeanne y mía daba en parte a la pared de un gimnasio. El enlucido se desconchaba a retazos. Si me inclinaba hacia la izquierda, veía una calle sin transeúntes con una parada de autobús. Vivíamos en un edificio de ladrillos en Puteaux, actualmente demolido (he pasado por allí y ya no reconozco nada). Teníamos exactamente las mismas cortinas de tul, la misma malla, el mismo friso vertical espeso y un poco arrugado. Ofrecía la misma imagen mortecina del mundo. El antepecho de la ventana también era el mismo. Un antepecho de piedra sucia, demasiado estrecho, donde no cabe nada. La

habitación del hotel de Butte se alza sobre barracas oscuras y una carretera vacía. La de Puteaux daba a un muro trasero sin abertura. Nunca se habría puesto semejante tela ante algo resplandeciente. Le dije a Lydie, me temo que esa butaca abulta demasiado.

—Sí, sí, la llevamos luego si hace falta.

Me arrastró al salón. Había creado una pequeña jungla en el balcón, esa clase de balcón-caja de los edificios modernos que nadie suele pisar. Había una gran mimosa que desplegaba sus ramas y que se veía desde abajo. Brotaban arbustos en macetas. De vez en cuando, el agua que echaba nos rebotaba a nosotros. Dije, es maravilloso su balcón. Me mostró los tulipanes nacientes y los crocus que habían brotado esa misma mañana. ¿Necesita algo? ¿Fuentes, vasos?

—Creo que tengo suficientes.

—Ahora que está usted aquí, ¿podría firmar una petición de que se prohíba triturar a los polluelos?

—¿Se tritura a los polluelos?

—A los machos. No pueden llegar a pollos y los despedazan vivos en trituradoras.

—¡Qué horror! —dije añadiendo mi nombre y mi firma a una lista.

—¿Servilletas? Tengo unas servilletas de lino arrugado que no necesitan plancha.

—Tengo de todo.

—Jean-Lino ha bajado a comprar champán. Y a fumarse su Chesterfield.

—No tenía que haberse molestado.

—¡Faltaría más!

Estaba bastante más excitada que yo. Mis ataques de ansiedad me habían dejado agotada y veía acercarse la fiesta como un castigo. Su alegría me avergonzaba. Me pareció entrañable y simpática. No se esperaba esa invitación de unos vecinos que le habían parecido condescendientes. Salimos con tres sillas más. Abajo, dije, es perfecto, muchísimas gracias, Lydie, ¡ahora vamos a ponernos guapas! Me apretó la muñeca en señal de complicidad.

—Un día de éstos tengo que reinicializarla.

—¿Y eso qué quiere decir?

—La evaluaré con mi péndulo. Quitar todo lo que está sucio, purgar los órganos. Le devolveré la fluidez.

—¡Eso le llevará años!

Se rió y escapó por la escalera agitando su cabellera anaranjada.

Volvamos a los visillos: mi amiga de la primera adolescencia (antes de mis años Denner) se llamaba Joelle. Era guapa y divertida. No nos separábamos ni a sol ni a sombra ni siquiera de noche. Su familia estaba todavía más chalada que la mía. Entre un montón de gilipollices pintábamos cuadros al óleo —conservo algunos, sobrecargados de pintura—, escribíamos canciones, historias, siempre llevábamos Pataugas y jerséis de tíos, era la época beatnik. Yo nunca pasé de los porros, y de un poco de alcohol. A Joelle le dio por el ácido y otros alucinógenos, y nuestra amistad empezó a resentirse. Un año, volvió de Asia en un avión sanitario, se había tomado un hongo alucinógeno que le había descompuesto el cerebro. Acababa de cumplir dieciocho años. Veinte años después, me telefoneó. Había dado conmigo a través de mi hermana en Facebook. Fui a verla a Aubervilliers, a una vivienda que daba a un patio. Joelle regresaba de las Antillas con el hijo de un martiniqués que había desaparecido sin dejar rastro. Se había sacado un diploma de enfermera y buscaba trabajo. Vivían en un piso con dos cuartos alineados, una entrada con una mesa y una habitación. Cuartos oscuros, más oscurecidos aún por unos visillos ajados. Aunque aún era vagamente de día, Joelle encendió una lámpara. Nos hablábamos en esa mezcla de luz de día y de luz eléctrica que evoca el presentimiento agobiante de los domingos. Era el único día en casa en que bajábamos la guardia respecto al ahorro de electricidad, habitualmente teníamos que apagar la luz de las habitaciones aun antes de salir de ellas. Jeanne y yo nos habíamos acostumbrado a vivir a oscuras, yo prefería con mucho la oscuridad que no era triste a aquella lúgubre combinación. Joelle me hizo un té, la veía sentada con su hijito amedrentado sobre el fondo amarillo. Pensé, no puedo con esto. Me marché al caer la tarde, abandonándola por segunda vez en mi vida.

A una hora de la fiesta, todo estaba más o menos bajo control, las fuentes llenas, las tortillas de maíz listas para meterlas en el horno. Pierre debía ocuparse de las ensaladas. Por lo que respecta a la indumentaria, tenía preparados dos atuendos desde hacía varios días a sabiendas de que acabaría poniéndome ese vestido negro libre de riesgos y de problemas. Me tomé un Xanax y fui a ponerme guapa con un nuevo tratamiento antiedad

recomendado por Gwyneth Paltrow. Desapruebo intelectualmente el término antiedad, que se me antoja culpabilizador y estúpido, pero otra zona de mi cerebro hace suya la palabrería medicamentosa. Recientemente, pedí en internet el bálsamo favorito de Cate Blanchett, so pretexto de que todas las australianas estilosas lo llevaban en el bolso. Algo no parece marchar muy bien en mi cabeza. En la radio hablaban de la fatiga psíquica de los franceses. Al margen de la vaguedad del concepto, me gustó saber que los franceses se encontraban en el mismo estado que yo. Los franceses habían perdido definitivamente la sensación de seguridad. La vieja monserga. ¿Quién puede afirmar que está seguro? Todo es incierto. Es la condición misma de la existencia. En la radio, además, se alarmaban del debilitamiento de los vínculos sociales. Neoliberalismo y globalización, esas dos calamidades, impedían crear vínculo. Yo me dije, tú creas *vínculo* esta noche en tu piso de Deuil-l'Alouette. Pones velas, arreglas los cojines para tus invitados, has metido en la nevera las tortillas de maíz con cebolla y te aplicas la crema mediante movimientos circulares ascendentes como indica el prospecto. Das un toquecillo joven a la existencia. La mujer debe estar alegre. Contrariamente al hombre, que puede sentir esplín y melancolía. A partir de cierta edad una mujer está condenada al buen humor. Cuando estás de morros a los veinte años resulta sexy, cuando lo haces a los sesenta es un coñazo. No se decía crear *vínculo* cuando yo era joven, no sé cuándo aparece ese singular. Ni lo que quiere decir; el vínculo reducido a su abstracción no conduce a nada. Otra de esas expresiones vacías.

Mi madre murió hace diez días. No la veía mucho, por lo que mi vida no cambia gran cosa, salvo en que en algún lugar de la tierra estaba *mi madre*. Ayer vino a casa la cuidadora que se ocupaba de ella en los últimos tiempos y a quien yo le debía dinero. Una mujer enorme que siempre me ha asustado y que habla resoplando. Había oído hablar del drama del edificio y se mostró ávida de conocer los pormenores. Decepcionada por mi reserva, y mientras mordisqueaba una galleta Saint-Michel, enlazó con la historia de una panadera de Vitrolles que había matado a sus hijos la víspera de Navidad. Aquella noche la panadera había empaquetado los regalos, los había colocado bajo el abeto y luego había ido a la habitación de su hijo y le había puesto la almohada sobre la cara hasta ahogarlo. A continuación había ido a la habitación de su hija y había hecho exactamente lo mismo. Según la

cuidadora, empaquetó los regalos, los colocó bajo el árbol y a renglón seguido subió a acabar con los chiquillos. Yo lo que no soporto, siguió diciendo la cuidadora, es que te informen de todo eso y luego un silencio de muerte. Oyes la historia en todas las cadenas y luego nada, mutis. Te engatusan y te dan el portazo. Las guerras, las matanzas son algo demasiado global, dijo cogiendo otra galleta, eso a mí me deja bastante fría. No me afecta personalmente. Los dramas de la vida corriente sí. Te llenan el día. Hablas de ello. Dejas de pensar en tus miserias. No digo que te consuele pero de alguna manera sí. ¿Por qué puso los regalos debajo del árbol según usted? Su madre y yo nos llevábamos muy bien, ¡qué amable era esa mujer!

—Ya, ya.

—Una mujer amable. Y amable con todo el mundo.

—He de dejarla, señora Anicé. Tengo que acabar un trabajo...

Se ajustó a la cintura la camiseta, cuyo estampado me recordó la formica de los años sesenta, y se incorporó lentamente.

—Yo tengo una teoría sobre los regalos de Navidad...

En el aspecto físico de Ginette Anicé, tan sólo dos elementos revelan un intento de aparentar. Unos pendientes, dos bolas doradas de las que se ponen para tapar el agujero, y los caracoles de la frente. Lleva el pelo uniformemente corto salvo por una extensión en la frente, dos pequeños centímetros que permiten la formación manual de sortijillas en forma de corola. Son casi invisibles, sólo alguien como yo, sensible a los peinados, puede notarlas. Cubren la parte superior de la frente a intervalos regulares, pero cuidado, no se trata de un ribete natural y rizado, se trata de un flequillo trabajado en mechas separadas, con ánimo decorativo; son caracoles.

—Mi teoría —dijo Ginette— es que todo se le vino encima mientras preparaba los regalos. Se le vino encima el cansancio de la vida.

—Es posible...

Recogió su abrigo de fieltro..

—Señora Anicé, ¿le gustaría que le diera una funda de cojín de ganchillo?

—Ah, de esas fundas que hacía su mamá... Muy amable pero no tengo cojines en casa.

—¿O un tapete reposacabezas?

—¡El tapete de recuerdo, venga...! ¡Y ésta es la foto que tenía su mamá en la habitación!

Me exasperó que dijera su *mamá*. No me gustan las infantilizaciones

soporíferas. La mujer hablaba de una foto de Emmanuel en La Seyne-sur-Mer. Mi madre tenía la foto en un marco sobre la mesita de noche. Una foto de su nieto a los doce años más o menos, en traje de baño con sombrero. Tenía también una antigua foto de cumpleaños de los hijos de Jeanne. Siempre me he preguntado qué significaban esas imágenes para ella, quiero decir emocionalmente. Creo que no las veía, que tenía esos marcos al lado de la cama por pura convención. Vivimos sometidos a las pautas de la convención. Nos movemos sobre raíles. Antes de irse, Ginette Anicé me anunció que había dejado el dispensario y sólo quería dedicarse ya a domicilios. De hecho estaba en el paro. Le dije que preguntaría entre mis conocidos, aunque nunca se la recomendaría a nadie. Cerré la puerta y miré la foto. Miré el cuerpecillo de Emmanuel. Sus brazos delgaduchos. Era el niño más ajetreado de la playa. Siempre con un cubo en la mano, transportándolo vacío o lleno, yendo del agua a los matorrales que bordeaban la arena para construir no se sabe qué mundo en miniatura, volviendo decenas de veces, buscando piedras, trozos de madera, conchas, animales diversos entre la espuma. Cuando se bañaba, nunca era para nadar. De pie con el agua hasta la cintura, me decía, mamá, dime a quién quieres ver morir. Yo decía el nombre de uno de sus profes del colegio (ése era el juego).

—¡Al señor Vivaret!

—¡Al señor Vivaret, vale...! Pero ¿¡qué hace usted, Emmanuel...!? ¡Pch!
¡Pch! ¡Pch!

Estallaba en medio de las olas dando espantosos brincos.

—¡A la señora Pellouze!

—¡¡¡Emmanuel, haga el favor de soltar ese kaláshnikov...!!! ¡Pchh!
¡¡¡Pch!!! ¡¡Pchhhh!!

—¡A la señora Farrugia!

Los matábamos a todos uno tras otro.

Ahora eres *Content Champion* para una agencia de comunicación. Cuando te preguntan a qué te dedicas, dices jefe de proyecto-consultor editorial (¡el título inglés suena mucho mejor!). La foto me devuelve tu cuerpo de antes. Lo tenía olvidado. No abro nunca los álbumes que hacía en otro tiempo. Me gustaría volver a sentir esos brazos flacuchos alrededor de mi cuello. A mí también me importa un pito lo global, tiene razón esa Anicé.

Un día, de buenas a primeras, Rémi se había abrazado al cuello de Jean-

Lino Manoscrivi. Sucedió un domingo en el Hippopotamus. Estaban comiendo los tres con una pareja de amigos del taller de jazz de Lydie. A Rémi, que como todos los niños se aburría en la mesa, le habían dado permiso para ir a hacer burbujas a la veranda abierta. Jean-Lino lo vigilaba de reojo cuando de repente ni rastro de Rémi. Jean-Lino se levanta a echar un vistazo. Ni rastro de Rémi. Baja los escalones, mira a uno y otro lado de la avenue du Général-Leclerc. Nada. Vuelve adentro, sube al piso de arriba. Nadie. A la abuela Lydie le entra el pánico. Jean-Lino y ella salen de nuevo. Buscan a derecha e izquierda, dan vueltas, regresan al Hippopotamus, preguntan a los camareros, vuelven a salir. Gritan el nombre del niño, el paisaje urbano está vacío, abierto a los cuatro vientos. Los amigos cantantes no se han movido de la mesa, petrificados, sin tocar sus platos. A escasa distancia una pareja, discretamente, les señala con la barbilla un mueble auxiliar al que está pegada una especie de palmera en una maceta. La amiga de Lydie acaba entendiendo las señales, se levanta y encuentra a Rémi agachado, satisfecho de su broma, escondido tras la jardinera. Los Manoscrivi vuelven, despavoridos. Lydie se abalanza para abrazar al niño. A punto está de felicitarlo por su reaparición. Todo vuelve a la normalidad. Jean-Lino no ha abierto la boca. Se ha sentado, lívido y sombrío. Rémi ha vuelto también a su sitio. Le ofrecen una isla flotante. Rémi se balancea en la silla con cara de satisfacción y luego no se sabe por qué se levanta, rodea a Jean-Lino con los brazos y apoya la cabeza en sus hombros. A Jean-Lino se le ha henchido el corazón de forma desmesurada. Ha creído en la victoria secreta del amor, como todos los enamorados desairados a quienes el menor gesto inopinado basta para enardecer. Los mismos gestos no valen un pimiento efectuados por personas entregadas. Podría escribir al respecto. El tipo que pasa de todo y que una mañana, por inadvertencia o perversidad, te envía una señal imprevista, sé el efecto que provoca.

Tengo que saber qué ha sido de la tía de Jean-Lino. Me ha hecho pensar en ella la visita de Ginette Anicé. Jean-Lino había traído a Francia a la hermana de su padre y le había encontrado una plaza en una residencia judía. Una tarde lo acompañé a verla. Habíamos ido en la cafetería, un gran vestíbulo redistribuido enteramente funcional, suelo de mármol jaspeado, paredes lisas, mesas a las que se sentaban gente en sillas de ruedas y visitantes. Daba la impresión de que todos los materiales se habían escogido en función de su

capacidad de eco y de resonancia. La tía se desplazaba deprisa con su andador. Espíritu vivo. Piernas vivaces. El cuerpo y la cabeza, sobre todo, agitados por constantes movimientos incontrolados que no parecían incomodarla pero que hacían que hablase de una manera sorda y entrecortada. Hablaba, al mismo tiempo, tres lenguas, un francés de otro tiempo pulido y medio olvidado, italiano y ladino, un dialecto de las Dolomitas. Jean-Lino nos había instalado en la mesa del fondo, ante una tele mural, con el sonido al máximo, sintonizada a una cadena de videoclips. Durante la conversación (por así llamarla), Jean-Lino, intermitentemente, iba arrancándole pelos de la cara con los dedos. ¿Sabe la tía lo que le ha pasado a su sobrino? ¿A quién habla, con su cabeza temblequeante, en el desierto del vestíbulo? Una menudencia puede hacerme dudar de la coherencia del mundo. Las leyes parecen independientes entre sí y chocan. En el reducto de mi despacho, en el Pasteur, me exaspera una mosca. No me gustan las moscas que dan el coñazo. Abro la ventana de par en par y en vez de escapar hacia los árboles que jalonan nuestro pabellón, la mosca retorna a la habitación zigzagueando hacia la pared del fondo. Dos segundos antes se topaba contra el cristal, chocaba a derecha e izquierda, en todas direcciones, y ahora que entra el aire, que el cielo le tiende los brazos, vaga absurdamente por la sombra. Se merece que la encierre y no le haga ni puñetero caso. Pero dispone de su odioso zumbido. Incluso me pregunto si ese zumbido no fue creado para sortear el encierro. De no ser por esa exhibición no tendría la menor piedad. Cojo mi libro de patentes² y ahuyento la mosca hacia la ventana, bueno, lo intento, porque, en vez de abandonarse a la raqueta caritativa, la esquiva, se sitúa fuera de mi alcance y se pega al borde del techo. ¿Por qué hay que soportar semejante pérdida de tiempo? La tía vivía en la montaña. Seguía hablando de sus gallinas, las gallinas le entraban en casa y se metían por todas partes. Quería volver a su pueblo para ver la trashumancia de las vacas, quería volver a oír el estrépito de los cencerros. Llamaré a la residencia.

Cuando el abogado me preguntó qué relación tenía Jean-Lino conmigo, le dije que era un amigo. Fingió no comprender la palabra. Quería saber qué entendía yo por eso. Una noche, al principio de nuestra amistad –la palabra es de una exactitud perfecta– yo regresaba del despacho un poco tarde. Él estaba fuera con su Chesterfield, cuello desnudo al viento. Y cada vez aquella sonrisa cuando me veía, con los dientes amarillentos, completamente

superpuestos, resplandeciente a su manera. Estaba embutido en una cazadora de cuero artificial de aire juvenil que no le había visto. Dije, ¿es nueva? ¿Y dónde está la Harley?

–Zara. De rebajas.

–Bravo.

–¿Le gusta? ¿No me hace muy gordo?

Le di un besito entre risas y le dije, ¡me encanta que la haya comprado! Él se rió también. Me dijo que la vendedora lo había felicitado. Se moría de calor en esos probadores, no podía pasar allí más de diez segundos. Le dije que pocas veces una prenda se adaptaba tan poco a su dueño como aquélla.

–¡Ah, vaya! ¡Mierda!

Nos reímos a gusto los dos bajo la farola, él dejándose los pulmones. Se enjugaba los ojos bajo las gafas de montura gruesa. La cara picada de viruelas le relucía un poco, nunca me había atrevido a preguntarle la causa. Yo volví antes a casa. Él quería tomar un rato más el aire, léase fumarse el último. Me volví en la entrada y lo vi tras los cristales dar unos pasos por el parking, encorvado en su cazadora nueva, echándose hacia un lado el mechón de pelo con la mano, que iba eclipsado totalmente el semblante jovial, como debía de estar antes de que yo apareciera. Así somos, me dije. Tú también vas haciéndote mayor como todos tus conocidos, y sentí que formaba parte de esa multitud en marcha, cogida de la mano, haciéndose mayor hacia algo desconocido.

Lo importante cuando se mira una foto es el fotógrafo que está detrás. No tanto el que ha apretado el disparador cuanto el que ha elegido la foto, que ha dicho ésta la guardo, la muestro. La foto del testigo de Jehová no tiene nada especial para el ojo apresurado. Ni tema, ni luz. Un tipo cansado con traje y corbata que vende una revista. El tipo clásico de figurante a quien se coloca en segundo plano en una acera en una película de los años cincuenta. De entre los cientos de fotos que Frank debió de tomar durante su recorrido por Estados Unidos, y de entre las que acabó escogiendo, una de ellas es ésta. En el centro, aparece una mancha blanca, la revista aferrada, la muñeca invertida, con su título *Awake*, una palabra que no cuadra nada con el aspecto fúnebre del portador. Pero no cabe pensar que la foto fuera seleccionada por su dimensión irónica. Yo no recordaba el título, recordaba la inquietud de la boca, o de los ojos, recordaba algo que ya no existe: la impresión de un día de

sol tenue. El tipo podría vender fresas o junquillos con la misma obstinación, frágil con su traje, devorado por ese muro edificado para una humanidad conquistadora. Nos preguntamos adónde vuelve por las noches. Sabemos que, un día, debió de tomar un rumbo equivocado.

Hace diez días perdí a mi madre. Yo me hallaba presente. Alzó un hombro, como si algo la incomodase, y después no pasó nada. La llamé. La llamé varias veces. Ya no había nada. Mi amigo Lambert me contó que su madre le había preguntado recientemente, ¿cuántos años tienes ahora?

—Setenta años, mamá.

—¡Setenta años —exclamó su madre—, te mereces ser huérfano, hijo mío!

Jeanne y yo vaciamos el apartamento este fin de semana. Dos habitaciones minúsculas en Boulogne-Billancourt. Un servicio de recogida gratuito acudió a buscar los muebles y el material de cocina. Y todos los objetos, cerdo de madera, gato de yeso, candelero, muñeca provenzal, pisapapeles de cristal, floreros para una sola flor, fueron a parar a bolsas de basura. De hecho, casi todo, salvo el contenido de algunos cajones y la ropa. Y el cascanueces en forma de seta que había confeccionado yo cincuenta años atrás en el taller de madera del instituto, aparecido entre otros cachivaches en una caja de zapatos André completamente reblandecida. Nunca pensé que pudiera existir todavía. Jeanne no lo recordaba, no quiso creer que fuera obra mía. De una funda guardada en el fondo de un ropero salieron los tapetes de ganchillo, las fundas de cojín de ganchillo, la colcha de patchwork de ganchillo que cubría en otro tiempo el lecho matrimonial, y que a saber por qué indescifrable motivo habían salvado del camión de la basura. Nuestra madre era la campeona del ganchillo. Después de jubilarse, ya no tenía otra cosa que hacer. La compra, la tele, las agujas delante de la tele. Incluso antes de saber andar, la hija de Jeanne iba a gatas con pañales y falda de ganchillo. ¿Qué hacemos con eso?, dijo Jeanne.

—Podemos dárselos a una organización.

—¿Quién los va a querer?

—Habríamos debido tirarlos con todo lo demás.

—Sí.

—Y la ropa también.

—Sí.

Las prendas estaban cuidadosamente ordenadas, apretadas en un estrecho

ropero. Hasta el final, incluso postrada definitivamente en la cama, quería estar *presentable*. Decía, me da miedo que me encuentren muerta y sucia. Ser una viejales sucia es algo que me obsesiona. Sacamos las blusas, las rebecas, el abrigo de invierno. Los colocamos en una escalera baja de tres peldaños, única superviviente de la mudanza. Lo conocíamos todo al dedillo. Llevábamos años viendo aquello. Ropa pasada de moda, fuera de temporada. El guardarropa de una mujer corriente que vive sin alharacas, acude al trabajo, vuelve del trabajo, lleva correctamente la casa, que nunca ha pensado en ponerse nada atrevido ni mínimamente alocado, ni tal vez en nada, pero eso quién lo sabe. Jeanne y yo conocíamos todas las prendas del armario casi desde siempre, las llevaba ya en Puteaux, los mismos jerséis rugosos, los mismos conjuntos más o menos verde oscuro, burdeos o beige, la bata de poliéster menos antigua pero vista desde hacía años. Bien doblados en un rincón, estaban los fulares que le habíamos regalado. Cuando estaban de moda los fulares, se los regalábamos de agradables colores, sin caer en la cuenta de que no se ponía nunca los anteriores. Estaban envueltos en papel de seda para protegerlos del polvo. Jeanne cogió uno y se lo enrolló en la cabeza, queriendo imitar así a Audrey Hepburn, yo dije, ¿cuándo empieza el ramadán? Nos reímos y un irracional ataque de pena me subió a la garganta en el minúsculo apartamento vacío donde no quedaba prácticamente nada de toda una vida. La gorda Anicé se sintió obligada a llevarse el tapete. Dijo «de recuerdo, venga» como haciendo un favor. Hubiera podido fingir que estaba emocionada o admirar la labor, pero no, lo metió en el fondo del bolso como si fuera una fruslería. Me arrepiento de habérselo regalado. Una mujer se pasa la vida haciendo ganchillo y deja esas pequeñas piezas de tela que no sirven de nada ni a nadie. Inventaba motivos pero a todo el mundo le importan un pito. ¿A quién le interesan los motivos de ganchillo? La muerte se lo lleva todo y está bien así. Hay que dejar espacio a los recién llegados. En nuestra familia lo hemos hecho de modo radical. El modelo bíblico, tal, padre de tal, que ha engendrado a tal, no existe entre nosotros. En ninguna rama. Yo no he conocido a ninguno de mis abuelos, aparte de la abuela paterna, viuda de ferroviario, una mujer a quien sólo le gustaban los herrerillos, a los que cebaba en el alféizar de sus ventanas.

El piso de arriba sigue cerrado. La etiqueta amarilla y los dos precintos de cera siguen en la puerta. De cuando en cuando subo expresamente para echar

una ojeada. Lo que sucedió aquí ha ido esfumándose lentamente, el aspecto es el de antes, me asomo a la barandilla del balcón y veo lo de siempre, los aligustres, los matorrales en su macetón, los coches bien aparcados en sus líneas recién pintadas. Veía pasar a los Manoscrivi por ese aparcamiento, los veía subir a la ranchera Laguna, ella siempre al volante cuando iban juntos. Él apuraba el pitillo antes de subir, ella tenía tiempo de dar marcha atrás. Se presentaron dieciocho personas. Yo lo tenía todo previsto para el doble. Amigos de siempre, compañeros de Pierre, Jeanne y su ex marido, mi sobrina, los Manoscrivi, mis compañeras del Pasteur o de Font-Pouvreau con o sin maromo, y también, aunque no se quedó mucho tiempo, Emmanuel. Nada más llegar, con un bizcocho de naranja casero, como si trajera una barra de caviar, Jeanne se precipitó a la cocina para envolver el pastel con un paño y meterlo a la fuerza en la nevera. Advertí enseguida que venía con uno de esos humores joviales suyos que me agotan. Mi hermana tiene un humor totalmente inestable. La cosa puede variar de una hora a otra, y aun menos. El malhumor es radical, un ánimo mortecino, casi silencioso y medianamente simpático. Pero el buen humor es peor. Empieza a canturrear, exhibe una alegría amanerada con gestos de chiquilla e inflexiones deliberadamente tontorronas. Había iniciado una aventura clandestina con un montador de marcos. En la euforia de los comienzos, acababa de comprarse una correa y un collar de sumisión. Se sintió obligada a llevarme aparte para enseñarme el kit en su móvil. Quería también un látigo, había visto uno muy bonito en internet, un knut de cuatro tiras montadas en un mango de piel de cocodrilo. Pero costaba cincuenta y cuatro euros y tenía escrito: cuidado, objeto MUY hiriente. Quise verle la cara al montador de marcos, pero Jeanne no tenía fotos. Tenía sesenta y cuatro años, cinco más que ella, casado, con brazos robustos porque practicaba el remo, me dijo, y tatuados. Pensé, ¿por qué no aparecerá en mi vida un tío tatuado y con látigo? Me sentí acabada, fuera de juego, sólo apta para animar fiestas en la periferia con familiares y gente supertrivial. Me avergüenza sentir eso. Estoy bien con mi marido. Pierre es alegre, de fácil convivencia. Nada charlatán, no me gustan los hombres charlatanes. Siempre a mi disposición, sin ser un blandengue ni un calzonazos. Es tierno. Me gusta su piel. Nos conocemos al dedillo. Le reprocho su amor demasiado incondicional. No me pone en peligro. No me magnifica. Le gusto incluso fea, lo cual no resulta nada tranquilizador. No existe electricidad entre nosotros, ¿ha existido alguna vez? ¡Deplorable

balance! Soy el abeto del cuento de Andersen. ¡Que suceda algo más excitante, más embriagador! Qué importan el bosque, la nieve, los pájaros, la liebre, el abeto no goza con nada porque sólo piensa en crecer, en ser más alto para contemplar el mundo. Cuando ya ha crecido, sueña con que los leñadores lo talen y se lo lleven para convertirse en un mástil y cruzar los mares, cuando sus ramas están bastante tupidas sueña con que lo talen y se lo lleven para convertirse en árbol de Navidad. El abeto languidece, lo mata el deseo. En el cálido salón, mientras lo cubren de cosas, lo decoran, le cuelgan bolsitas de caramelos, le ponen una estrella en la cabeza, sueña con la noche y con las velas en sus ramas, sueña que el bosque entero se pega a cristales de la ventana, envidiándolo. Cuando está solo en el desván, desnudo, sin agujas en medio del frío del invierno, se tranquiliza esperando el retorno de la primavera y del mundo exterior. Cuando está en el patio, yaciendo marchito junto a las flamantes flores, añora su rincón lóbrego en el desván. Cuando llegan el hacha y la cerilla, piensa en los antiguos días de verano, allá, en el bosque.

Los Manoscrivi fueron los primeros en llegar, al mismo tiempo que Nasser y Claudette El Ouardi. Una pareja brillante y austera. Conocí a Nasser en Font-Pouvreau, donde trabajaba como mandatario europeo. Posteriormente abrió su propia empresa de consultoría de propiedad industrial. Claudette es investigadora de bioinformática. Lydie y Jean-Lino se habían presentado, ya en el rellano, afirmando que se las habían visto negras para llegar a nuestra casa. Los El Ouardi se reían cortésmente de la broma. Los Manoscrivi traían una botella de champán y Jean-Lino sostenía un ramillete de rositas malvas, con los tallos demasiado cortos. Antes de que llegaran Jeanne y su marido, estuvimos un rato solos los seis. Un lapso de tiempo demasiado vacío, de intensa fluctuación, las dos parejas apretadas en los dos extremos del canapé, mientras Pierre y yo, medio de pie, nos afanábamos manipulando bebidas o platillos con ensaladas. Jean-Lino estaba sentado al borde del cojín, el mechón bien pegado a la cabeza, las manos cruzadas entre las piernas abiertas, en una postura de espera confiada. Lucía una camisa color malva que me pareció muy elegante, con sisa americana, y unas gafas que no le conocía. Un modelo semirredondo de color arena. Lydie iba pasando los tallos de apio. Ninguna palabra acababa de despegar. Ninguna conversación tomaba vuelo. El silencio acechaba cada final de frase. En un momento dado,

Nasser pronunció las palabras boulevard Brune y Lydie exclamó, ah, el boulevard Brune. ¡Allí haremos nuestra próxima jam! ¿Jam?, dijo Nasser, ¿qué significa eso? Sesiones de jazz, en público, contestó Lydie con una amplia sonrisa.

–Ah, muy bien...

–¡Una *improvisación*, si lo prefiere! Amigos o desconocidos vienen a improvisar.

–Ah, improvisar. Sí, sí, muy bien. ¿Toca usted algún instrumento?

–Canto.

–Canta usted. Estupendo.

Jean-Lino asentía orgulloso. Yo añadí, canta muy bien, y todos convinieron en ello con gestos amables. Cabía esperar una pequeña apostilla, una mínima curiosidad, pero no, la conversación volvió a caer en el enorme agujero de donde había surgido. Eché una ojeada fuera y vi copos. ¡Nevaba! El primer día de primavera. Grité, ¡está nevando! Abrí las ventanas, entró el aire frío. Nevaba. Y no pequeños copos, sino hermosos copos pesados y planos. Todo el mundo se abalanzó al balcón. Claudette y Lydie se asomaron a la barandilla de barrotes para comprobar si se fundían al tocar el suelo. Los hombres dijeron, no va a cuajar, las mujeres dijeron, va a cuajar. Empezamos a hablar del clima, de las estaciones, de qué sé yo, Pierre abrió una botella de champán y el tapón salió disparado hacia los copos. ¡Contaminador!, gritó Lydie. Nos reímos y brindamos. Pierre refirió una anécdota de cuando Emmanuel era pequeño. Habían ido a pasar una semana los dos, padre e hijo, a las pistas de esquí de Morzine. Compartían una habitación en un hotel en cuyo sótano había una sauna. Al volver a la habitación, una noche, relajado, en albornoz, Pierre encontró a Emmanuel llorando a lágrima viva ante el televisor. ¿Qué te pasa? –¡Está nevando en París! –Aquí también, cariño, mira qué bonito está todo ahí fuera, dijo Pierre, la puesta de sol en las cimas. ¡Yo quiero volver a Deuil-l’Alouette!, berreó el niño. Se revolcaba en la cama, gimoteando, arrojando al suelo cuanto tenía al alcance de la mano, inconsolable por haberse perdido la nieve en Deuil-l’Alouette. Al final, Pierre le tiró el mando a la cara, que fue a estrellarse contra la pared. Después Emmanuel sostuvo que lo había esquivado por poco, mientras que Pierre afirmó siempre que había apuntado a un lado. «*Nieve*», *es decir, mi infancia, es decir, la felicidad*, siempre tengo presente la frase de Cioran, aunque en mi caso sea falsa. Precipitándose a la cocina con su bizcocho, Jeanne dijo, a

punto he estado de partirme la crisma en el sendero del jardín, como si fuésemos los responsables de la molestia. Calzaba extrañas sandalias de plataforma con tiras de cuero cuya compra entendí diez minutos después al ver las fotos del kit masoquista. La fiesta arrancó gracias a la nieve. La gente llegó mojada y efervescente, unos tras otros. El ex marido de Jeanne (se habían separado ocho años atrás, en buenos términos, y todos hemos mantenido la amistad), Serge, quiso aparentar que se involucraba en la recepción, contestando al interfono, cogiendo los abrigos e improvisando presentaciones. Mi amiga Danielle, que es documentalista en el Pasteur, llegó también muy agitada. Había enterrado a su padrastro ese mismo día. En el hospital, cuando su madre vio al difunto en su ataúd, exclamó, ¡pero si Jean-Pierre no llevaba bigote! La encargada de acicalar al difunto lo había afeitado mal y la sombra consistente que prolongaba las ventanas de la nariz le confería un aire hitleriano. Cuando Danielle lo contó, recordé el peinado superplano, con una raya feroz, que le hicieron a mi tía para su despedida de este mundo, a ella que no había cesado, a lo largo de su vida, de hacerse distintos cardados y ahuecados de cabello. Cuando se pudría en una residencia de ancianos, su marido, aficionado a irse de picos pardos, según expresión de mi madre, había dado todas sus cosas a las Hermanitas de los Pobres menos el vestido que necesitaría cuando la metieran en el ataúd. Jean-Pierre no llevaba bigote, repitió varias veces la madre de Danielle con voz aterrada (Danielle la imitaba a la perfección). Al parecer revoloteó por la habitación y se dio varios golpes contra una pared. Danielle dijo con voz muy ponderada, mamá, cálmate, solucionaremos el problema. Apareció un hombre, le señaló el problema del afeitado, su madre insistió: ¡mi marido no llevaba bigote! El hombre regresó silenciosamente con un neceser. El Jean-Pierre lustroso y empolvado que resultó de aquello no se asemejaba tampoco al Jean-Pierre conocido, pero su madre se inclinó sobre el yacente y dijo, estás guapísimo, Pilou mío. Más adelante, al enfrentarse al pasillo abatida y claudicante, dijo, Danielle, cariño, vas a tener que cuidarme muchísimo, ¿qué piensas hacer esta noche? ¿Y si hago un poco de ternera asada con champiñones? Bonita, se dijo Danielle, se acabaron las fiestas en casa de tus amigos, no puedes dejar sola a tu madre esta noche... Yo le comenté que personalmente no había tenido nunca un doble que me llamara bonita y me impidiera hacer gilipollices.

—A mí el doble me llama bonita —dijo Danielle—, pero no le hago caso.

—¿La has dejado sola?

—Se la he endosado a una vecina, ¡pero ahora necesito un latigazo!

—Tendría que haberla traído.

—¡Estás loca, por favor! —exclamó Danielle soplándose una copa.

A partir de ese momento, empezó a rondarla Mathieu Crosse, un colega de Pierre. Yo estaba en la cocina cortando una tortilla de maíz cuando apareció Emmanuel por sorpresa, esplendoroso como un chico a quien le esperan tres fiestas más. Me pareció sorprendentemente joven entre nosotros. Lo era. Llegaron los Lallemand con un pastel de pollo con especias y un libro para Pierre regalo de Lambert envuelto en papel de regalo. Pierre lo aceptó cortésmente y lo depositó en la mesa sin abrirlo. ¡Pero ábrelo!, le dije. Era *El breviario de ajedrez* de Tartakower en su primerísima edición. Una delicada atención ya que Pierre había deplorado la pérdida de su ejemplar de juventud. Yo dije, ya no desenvuelve nada, es una novedad. ¿Estaré siguiendo los pasos de mi padre?, observó Emmanuel, ya no desenvuelvo la ropa que compro y tardo unas dos semanas en ponérmela. Porque eres demasiado joven, dijo Pierre, con el tiempo verás como dejarás de ponértela. Marie-Jo Lallemand se sacudió el pelo mojado como embelesada. ¿Y a qué te dedicas ahora, Manu?, la oí inquirir con tono de compadreo. Marie-Jo es ortoptista y se siente cercana a los jóvenes. Marketing digital, dijo Emmanuel. —¡Ah, estupendo! Mientras buscaba una fuente para presentar el pastel de pollo, me llegaban retazos de frases tipo cremas contenidos para las páginas corporativas de empresas B2B, entreveía a Marie-Jo haciendo muecas de connivencia, lo digital es más guay que estar en sus planes de financiación, Marie-Jo estaba muy pero que muy conforme.

Los Lallemand acababan de regresar de Egipto. Lambert desplegó ante nosotros fotos de pirámides con uno o dos asiáticos que aparecían siempre en ellas, fotos de El Cairo, escaparates con maniqués, y en un momento dado apareció una imagen insólita. Yo dije, ¡déjame ver, déjame ver! No era nada; una mujer de espaldas caminando que lleva de la mano a una minúscula niña. La foto estaba hecha casi al azar, no era muy nítida. Ahora la puedo ver ampliada en el ordenador porque Lambert me la envió enseguida (por eso aparece, en el álbum digital, junto a la de los Manoscritti riéndose). En una calle de El Cairo una mujer camina de espaldas llevando de la mano a una niña minúscula con un vestido largo y blanco. El suelo está enlosado, parece

una explanada o una acera ancha. Es de noche. Alrededor se ven hombres, rótulos, escaparates muy iluminados. La mujer es voluminosa, lleva el pelo tapado con un pañuelo. No se entiende bien su indumentaria, por encima de un jersey de mangas negras, una túnica naranja desciende hasta las rodillas sobre un pantalón oscuro. La niña le llega apenas a la altura de la rodilla y va completamente de blanco salvo por los brazos desnudos. Un vestido túnica con volantes, muy largo, que roza el suelo y debe de molestarla al andar, cubre una blusa lisa de cuello ablusado. El vestido se acampana en el talle, como lo haría en un modelo adulto, con una considerable amplitud de tela. Encima, está la cabecita de la niña. Una nuca calva con una coleta en medio, orejas de soplillo, pelo moreno revuelto y estropajoso. ¿Qué edad tiene? No le pega en absoluto el vestido. La han acicalado y sacado por la noche. De inmediato me identifiqué con esa forma toda de blanco abocada a años de vergüenza. De niña me ponían *guapa*. Yo interpretaba que no lo estaba al natural. Pero no se debe endomingar a una niña poco atractiva. Se siente anormal. Los demás niños me parecían armoniosos. Yo me sentía ridícula vestida con ropa de vieja que me impedía trastear, el pelo constantemente corto (mi madre me prohibió durante toda mi infancia llevar el pelo largo), aplastado hacia atrás con un pasador para contrarrestar los rizos y despejar la frente. Recuerdo una época en que hacía los deberes con mechitas de pelo artificial prendidas al mío. Movía continuamente la cabeza para sentir cómo colgaban y se movían. Mi madre quería que tuviera buen aspecto. Eso significaba limpia, relamida, envarada y fea. A la mujer del pañuelo no le importa el bienestar de la chiquilla. Ella misma no experimenta ninguno en su propio cuerpo. Pero, sobre todo, no aparece representación alguna del bienestar. A nadie se le ocurría cosa semejante en casa. No puedo perdonarle a esa zorra de Anicé que despreciara el tapete. Me quita el sueño cuando lo pienso. *¡Qué amable era su mamá!* pensando complacerme. O culpabilizarme. Mi madre era todo menos amable. En cualquier caso no cabía referirse a ella en esos términos. Con el pretexto de la muerte se hace perder a la gente su naturaleza esencial. Lo que sí me hubiera complacido habría sido que esa zorra cogiera el tapete con ternura, se lo metiese prudentemente en el bolso y lo convirtiera, siquiera durante los segundos del adiós, en un objeto amado. Lo arrojó al primer contenedor de basura. Yo hubiera hecho lo mismo. Pero nadie se lo habría imaginado. Cuando no tenía que ofrecerme en representación social, mi madre me paseaba por ahí como la madre de El

Cairo. Atareada con las otras preocupaciones de la vida. Cuando tenía las manos ocupadas con el carrito de la compra, me encargaba yo de llevar el timón. Podía hacer kilómetros con los mocos colgándome y el pasamontañas se diera sin que se diera cuenta. Jeanne y yo íbamos siempre superabrigadas. Nos endosaron un pasamontañas seis meses al año hasta ya mayorcitas. ¿Qué detalle activó mi memoria cuando Lambert desplegó ante nosotros sus fotos inertes? Aquella pareja en el enlosado verdoso me dejó suspensa en el acto. Pese a la desproporción entre ambos personajes, la madre dominadora y la chiquilla con cabeza de alfiler, se capta toda la fuerza de una vida minúscula. Aunque la foto está tomada poco antes del anochecer en otro país, otro clima, me designa y me catapulta a tiempos muy lejanos. Mi madre y yo éramos feas e íbamos mal vestidas. Caminábamos solas por la calle del mismo modo y, pese a que mi madre no estaba gorda, yo me sentía diminuta a su lado. Mientras Jeanne y yo vaciábamos su piso, comprendí hasta qué punto había estado sola durante su existencia. Cuando a mi padre le daban ataques de locura y me pegaba, mi madre entraba en mi habitación para pedirme que dejara de llorar. Decía desde el umbral de la puerta, bueno, basta ya de hacerte la interesante. A continuación preparaba la cena, y hacía algo que me gustaba, una sopa de fideos por ejemplo. En los últimos meses de su vida, cuando íbamos a verla, experimentaba una inexplicable vitalidad. El cuello inclinado hacia delante, la cara tensa, pendiente de cualquier movimiento, no quería perderse la menor palabra pronunciada ante ella, y eso a pesar de su sordera. Ella, que se había especializado en el desinterés, que había buscado siempre el lado negativo de las cosas, a la hora de tirar la toalla se mostraba devorada por la curiosidad.

En todas partes hay un pelmazo. El pelmazo de la fiesta era Georges Verbot. Come, bebe, no ayuda y no habla con nadie. La nieve se había convertido enseguida en una suave lluvia. Georges Verbot erraba sin rumbo, plato y copa en la mano, se unía a los grupos y luego se pegaba al cristal de la ventana, como si bien mirado lo más divertido estuviera fuera. Me daba rabia que Pierre hubiera vuelto a invitarlo. Es una propensión habitual en bastantes hombres, lo tengo observado, cargar toda la vida con pelmazos que les hacen gracia únicamente a ellos sin que se sepa por qué. En sus inicios Georges había sido historiador, luego se dedicó a los cómics, ahora pintarrajea y malvive pimplando. Le queda una vaga buena facha que atrae a las mujeres

colgadas. Catherine Mussin, que sigue currando para Font-Pouvreau, se dirigió a la ventana e intentó un acercamiento sobre el tema de las variaciones atmosféricas. Georges dijo que le gustaba el tiempo asqueroso, la lluvia, sobre todo ese tipo de lluvia sucia que jode a todo el mundo. Catherine se rió, encantada por el aspecto pintoresco del asunto. Él le preguntó a qué se dedicaba, ella dijo que era ingeniera de patentes, él contestó, ¡la misma gilipollez que Élisabeth! Ella volvió a reírse y explicó que se dedicaba a defender los inventos de los investigadores.

–Ah, ya. ¿Y qué invento defiendes en este momento?

–Trabajo sobre la DI Opiomorfin. Una petición de patente sobre un nuevo analgésico, para entendernos.

–¿Y para qué va a servir tu petición? ¿Para que esos tíos se llenen los bolsillos?

Ella intentó matizar. Por entonces, ya debía de haber recibido los efluvios de aliento a vino. Georges dijo, ¡al verdadero investigador le importa un pito la pasta, hija mía, no necesita que lo defiendan! Catherine intentó en vano introducir el término «interés público». Ustedes son las manitas del mundo industrial, prosiguió Georges, a los tíos que descubrieron el virus del sida les importaba un pito la pasta, lo que les interesaba era la investigación fundamental, la investigación fundamental no las necesita a ustedes, queridas, todas esas monsergas de patentes son puro negocio, ustedes no defienden a nadie, ¡defienden la pasta! La había arrinconado entre la ventana y el baúl, le hablaba a dos centímetros de la cara. Ella estaba sofocada y comenzó a gritar, ¡no se ponga agresivo! La gente de al lado se volvió y Pierre intervino enseguida para calmar a su amigo. Los Manoscrivi se hicieron cargo de Catherine y le prepararon un plato de ensalada y pastel de pollo de los Lallemand. Ella repetía, ¿quién es ese tío, está chalado? Yo dije de pasada: a ese chico debería usted reinicializarlo, Lydie. No hay quien reinicialice a un alcohólico, me informó Lydie. Yo me pregunté a quién reinicializaba si los majaras eran irrecuperables.

En un momento dado se oyó decir a Lambert, todas las ideas de izquierdas me van abandonando poco a poco. A lo que Jeanne replicó, con una audacia que habría resultado suicida años atrás en el mismo cenáculo, ¡yo nunca he creído en ellas! ¡Ni yo!, rió sarcástica Lydie, muy a gusto estando en compañía. ¡Ni él!, dijo Pierre. Qué dices, toda la vida he votado a la izquierda

contra viento y marea, se defendió Lambert, si hasta me acusan de ser un viejo izquierdoso. Serge reivindicó ser el único con ese título en aquella habitación, y alguien preguntó si «izquierdista»³ era traducible a otra lengua. Todos aventuraron palabras, eliminando de común acuerdo la posibilidad de un equivalente anglosajón. Gil Teyo-Díaz, nuestro experto en el mundo hispánico, apuntó *progre*, citando de pasada al personaje de cómic barbudo *Quico, el progre*. Yo dije, ¿y en italiano cómo lo diría usted, Jean-Lino? Lo vi ruborizarse, confuso de que lo erigieran de pronto en protagonista, buscó una ayudita en su mujer, que no se estaba quieta, farfulló no se sabe qué y acabó profiriendo: *sinistroide*. ¡Sinistroide! La palabra suscitó risas y le preguntaron si podía decirse un *vecchio sinistroide*. Jean-Lino dijo que no veía inconveniente en tal formulación, pero que tampoco era italiano de Italia, que no estaba seguro de la palabra, vamos, que no se le ocurría nada en ese registro, al no hablar italiano, y nunca de política, más que con su gato. Se granjeó la simpatía general y se convirtió mal que le pesara en la estrella de la fiesta.

¡Nos deja la juventud!, gritó Serge cuando Emmanuel intentó escabullirse a hurtadillas. El pobre tuvo que volver al salón y hacer una ronda de despedida. Lo vi permanecer largo rato de pie, curiosamente inclinado delante de Lydie, hasta que advertí que ella le había cogido la mano y le hablaba sin soltarla como hace la gente que no duda de su magnetismo y cuya edad autoriza la familiaridad física. Catherine preguntó a Jean-Lino si tenía hijos. Se le iluminó el semblante, habló de una alegría que le había llegado del cielo y la palabra Rémi afloró a sus labios. Quizá cada cual se inventa su alegría. Quizá nada es real, ni la alegría ni la pena. Jean-Lino llamaba *alegría* al hecho inesperado de una presencia infantil a su lado. Llamaba alegría al hecho inesperado de ocuparse de otro ser, de cuidar de él. De esa pasta era Jean-Lino. El infernal Rémi era la *alegría* caída del cielo.

En el momento en que se marchaba Emmanuel, llegaron Étienne y Merle Dienesmann. Merle acababa de interpretar (era violinista) el *Réquiem* de Dvořák en Sainte-Barberine. Étienne es el más íntimo amigo de Pierre. Hace ya unos meses que se le empezó a alterar la vista. En su garaje, almacena lámparas que compra debido a su irreversible degeneración macular. Se niega rotundamente a hablar del asunto en público y finge que no le pasa nada

(ahora resulta cada vez más difícil). Como en el garaje no hay electricidad cuando entra en ese recinto para depositar o recoger lo que se supone que debe ayudarlo a ver, no ve nada, a no ser que lleve un reflector de mil vatios. Étienne era profesor de matemáticas como Pierre, ahora enseña ajedrez a niños en algunas asociaciones. No le he oído nunca quejarse de su estado. Sus ojos van perdiendo brillo, pero en su rostro ha surgido otra cosa que no sabría definir, perseverante y noble. Merle finge también que no pasa nada, pero la veo acercarse imperceptiblemente la copa al gollete cuando sirve Étienne u otros pequeños gestos ínfimos que me emocionan.

Jeanne pasó parte de la fiesta, sin soltar el móvil y las gafas, absorta en una correspondencia febril. Serge simulaba no ver nada. De temperamento guasón (encantadoramente pesado), camarero y maître a la vez, hablaba con todo el mundo, intentando incluso distraer a Claudette El Ouardi, y hacía que las cosas me resultarían livianas y fáciles. Aun cuando él ya no tiene celos de la vida actual de Jeanne, no entendí cómo ella se comportó con semejante grosería. Mi hermana me pareció monstruosa. Una mujer patética con sus zancos de chiquilla, indelicada y vulgar. Al pasar a su lado le dije, para de una vez, estate un poco con nosotros. Me miró como si yo fuera una quisquillosa y un coñazo, y apenas si se movió. Estuvo a punto de aguar-me la fiesta, pero al verla de espaldas, inclinada sobre el aparato, el pelo teñido que le caía en cascada sobre la joroba de búfalo, hundida desde hacía tantos años en la banalidad de la vida, me dije que hacía muy bien agarrando al vuelo el remero, el látigo, las palabras procaces, pasando del ex marido jovial y de las conveniencias sociales mientras pudiera disfrutarlos.

Gil Teyo-Diaz y Mimi Benetrof acababan de volver de África austral (todo el mundo viaja, menos nosotros). Gil explicó que se había topado de narices no con uno, ni con dos, sino con tres leones tumbados. Hombre y animales se estudiaron, dijo, ¡y no se movió nadie! No se movió nadie porque los leones estaban a cinco kilómetros y tú los observabas con los gemelos desde el jeep, dijo Mimi. Nos reímos. Danielle se reía, pegada a Mathieu Crosse. En el extremo sur de Angola, prosiguió Gil, navegamos por el Cunene infestado de cocodrilos. Según Mimi, habían visto una cría de cocodrilo sobre una roca – que también podía haber sido una rama–, y aquello era al norte de Namibia. Gil aseguró que tenía fotos de cocodrilos aterradores tomadas a menos de dos

metros. Claro, dijo Mimi, las tomó en el zoo de Johannesburgo. Dice tonterías, dijo Gil, y de todas formas, no volveremos a hacer ese tipo de viajes porque Mimi no gana ya ni un céntimo. Mi mujer curra en los reaseguros, en el departamento *acts of God*, el nombre del departamento de catástrofes naturales, lo que actualmente, habida cuenta del deterioro climático, significa, ¡adiós bonus! Todo el mundo se reía. Los Manoscritti se reían. Es la imagen de ellos que quedó. Jean-Lino en camisa color malva, con sus nuevas gafas amarillas semirredondas, de pie detrás del canapé, congestionado por el champán o por la excitación de hallarse en sociedad, enseñando todos los dientes. Lydie, sentada más abajo, la falda desplegada a uno y otro lado, la cara inclinada hacia la izquierda y riéndose a carcajadas. Riéndose sin duda con la última risa de su vida. Una risa que escruto hasta el infinito. Una risa carente de malicia, de coquetería, que todavía oigo resonar con su fondo tontorrón, una risa a la que nada amenaza, que no intuye nada, no sabe nada. No estamos prevenidos contra lo irremediable. Ninguna sombra furtiva pasa con su guadaña. De pequeña, me fascinaba el esqueleto encapuchado cuyos contornos negros se perfilaban sobre un aura lunar. He conservado la idea de un elemento anunciador, bajo cualquier forma. ¿Un frío, un oscurecimiento? ¿Un tintineo, quién sabe? Lydie Gumbiner no se percató de lo que se avecinaba, como tampoco ninguno de nosotros. Cuando los demás invitados se enteraron de lo que había ocurrido durante la noche, apenas tres horas después, se quedaron estupefactos y aterrados. Jean-Lino tampoco se percató de nada, ni del menor roce lúgubre, cuando comenzó, durante los minutos siguientes, a hablar de forma descabellada, contaminado sin advertirlo por el ejercicio conyugal que consiste en cobrar protagonismo y chingar al otro para divertir al auditorio. ¿Y cómo iba a hacerlo? Todo parecía familiar y sin importancia. Tonterías de sábado por la noche, hombres que rehacen el mundo, se desternillan, se irritan.

Lydie preguntó si el pollo del pastel de pollo con especias de los Lallemant provenía de una cadena ecológica. Marie-Jo contestó mosqueada: pues la verdad es que no lo sé. Lo compramos en Truffon.

—No lo conozco —dijo Lydie.

—Es succulento —dijo Catherine Mussin.

—Delicioso —confirmó Danielle, cortando con esmero un trozo para Mathieu Crosse.

–¿Lo ha probado, Lydie? –dije.

–No, no como pollo si no sé de dónde viene.

–¡De eso desde luego soy testigo! –exclamó Jean-Lino, el Jean-Lino del hipódromo.

–Sí, es verdad –se picó Lydie–. Podría decirse que he renunciado prácticamente a todo tipo de carne en mi plato.

–¡Pero siempre mete la cuchara en el que comen los demás! –se pitorreó Jean-Lino.

–Lydie tiene razón–dijo Claudette El Ouardi, una de las pocas frases que se le oyeron en la fiesta.

–Les contaré una cosa –arrancó el Jean-Lino del hipódromo–. La otra noche fuimos a cenar a Les Carreaux Bleus, con nuestro nieto Rémi. Yo dudaba en pedir pollo a la vasca y Rémi quería pollo con patatas fritas. Lydie, antes de pedir, preguntó si los pollos estaban alimentados con grano ecológico.

Lydie asentía confirmándolo.

–Cuando le aseguraron que estaban alimentados con grano ecológico –prosiguió Jean-Lino, feliz de su manejo de la lengua–, preguntó si el pollo se había paseado por el corral, si había revoloteado y se había encaramado a los árboles. El camarero se volvió hacia mí y repitió *¿encaramarse a los árboles?* con cara de quien se las ve con una majareta. Yo hice un pequeño gesto de simpatía, la clase de gesto imprudente que ponemos tontamente los hombres –bromeó Jean-Lino–, y Lydie repitió con voz muy seria que sí, que el pollo se encaramaba.

–Sí, los pollos se encaraman a los árboles –confirmó Lydie.

–¡Ahí lo tienen! –se rió Jean-Lino, poniéndonos por testigos–. Cuando se fue el camarero le dije a Rémi, ¡para que la abuela Lydie nos autorice a pedir pollo ahora el pollo tiene que haberse encaramado! ¿Y por qué el pollo tiene que haberse encaramado?, preguntó el niño. Ella lo dice porque es importante que el pollo lleve una vida normal de pollo.

–Exacto –dijo Lydie.

–Nosotros dijimos, ¡sí, sí, eso lo sabemos, lo que no sabíamos es que el pollo además tiene que encaramarse a los árboles!

–También tiene que tomar baños de polvo –añadió Lydie adoptando una postura del cuello y un tono de voz que hubieran debido frenar a Jean-Lino de haber estado más sobrio.

–¡Ja ja ja!

–Para mantener sano su plumaje. Personalmente, no me basta que nos hagan creer como tu amigo, ese camarero negado que no sabe lo que está sirviendo, que el pollo ha comido grano ecológico. Quiero saber si ha llevado una vida al aire libre y conforme a su especie.

–Tiene razón –repitió Claudette El Ouardi.

–Y no me hizo ninguna gracia, como sabes, esa complicidad con el camarero y el niño.

–¡Uno tiene derecho a reírse, tampoco es tan grave, cariñito! Ahora Rémi y yo tenemos un juego nuevo. Cuando vemos escrito pollo o cuando oímos la palabra, ¡revoloteamos! –añadió Jean-Lino, y comenzó, entornando los ojos y doblando los brazos, a agitar las manos a la altura de los hombros, de una forma tan ridícula que Georges Verbot soltó una carcajada. Una risa ronca y aguardentosa que incomodó a todo el mundo menos a Jean-Lino, que, encantado, mejoró su número de revoloteo, estirando el cuello y emitiendo, según me pareció, unos cloqueos completados con movimientos rotatorios de hombros y omóplatos. Nos acercábamos a una suerte de encarnación. Georges declaró que iba a crear el personaje del pollo ecológico. Un terrorista de nueva generación, que propagaría –¿podrían llamarse *acts of devil*?- virus bacteriológicos. Ya lo estaba viendo, y le pondría una bufanda de merino alrededor del cuello. E inclinándose hacia Catherine Mussin, que lo miraba de reojo aterrorizada, le susurró, el merino, ya sabes, esas ovejas atrocemente esquiladas y mutiladas en Australia.

Parándome a pensarlo, creo recordar que Lydie no volvió a abrir la boca en toda la noche. Pierre, si bien menos dado a observar a la gente, comparte mi sensación. En ese momento, nadie reparó en ello, por supuesto. Aun así fue una fiesta estupenda, mi fiesta de primavera. Lo pensé viendo a nuestros amigos en el saloncito, tumbados a la bartola desinhibidos, hablando todos más o menos alto, fumando, comiendo, mezclándose entre ellos. Danielle y Mathieu Crosse coqueteaban apartados en el pasillo. Jeanne y Mimi estaban repantigadas como adolescentes en el puf y soltaban risitas por lo bajo. Me volvió a la cabeza la expresión *crear vínculo*, y aventuré el tema de los conceptos vacíos. Encontramos un montón y entre ellos apareció curiosamente el de *tolerancia*. Fue Nasser El Ouardi quien lo sacó, defendiendo la idea de que era un concepto estúpido ya de entrada, ya que la

tolerancia no podía ejercerse de no mediar la indiferencia. Desde el momento en que ya no se asocia a la indiferencia, dijo, el concepto se viene abajo. Lambert y algunos más defendieron la palabra, pero Nasser, desde lo alto de la silla marroquí, mantuvo su punto de vista remitiendo la noción tan sólo al verbo amar, con una brillantez que nos apabulló. A eso de las once, llegó Bernard, el hermano de Pierre, con un salchichón de la Selva Negra que no había modo de cortar. De todas formas, hacía rato que estábamos con los postres. Bernard trabaja de ingeniero para una empresa alemana que está construyendo un ascensor que se mueve sin cable y horizontalmente. Mi cuñado es un gran seductor, un enamorado de las primeras horas, de quien toda mujer debería huir al instante. Catherine Mussin, que carece de señales de alarma, quedó embobada de inmediato por la levitación magnética. Los primeros en llegar fueron también los primeros en marcharse. En cuanto se levantaron los El Ouardi, Lydie tiró de la manga a Jean-Lino. Ahora caigo en que Jean-Lino se iba a regañadientes. Los El Ouardi y los Manoscritti se despidieron besándose en el rellano donde se habían conocido. Incluso se habló de ir, cualquier día, a aplaudir a Lydie a una *jam session*.

Al final sólo quedábamos los Dienesmann, Bernard y nosotros. Bernard se puso enseguida a despotricar sobre Catherine Mussin, abroncándonos por no haber acudido a librarlo de ella. Al parecer Catherine le había dicho que estaba en su tercera estación. ¡Una mujer que te dice estoy en mi tercera estación te encoge la polla por siempre jamás! Le contaron el incidente con Georges, que se ganó su simpatía. Y volvimos a hablar de la nieve. Y de los ciclos, de lo absurdo de creer en un tiempo lineal, del pasado que ya no existe, del presente que no existe. Étienne contó que tiempo atrás, cuando salía a pasear por el monte con su padre, estando ya con Merle, caminaban muy por delante de él, cruzando caminos, bajando pendientes, eran *los jóvenes*. Después, con sus propios hijos, siguieron yendo delante durante mucho tiempo. Nos volvíamos y decíamos, ¡arreando, chicos, que nos tenéis aburridos!, dijo Étienne. Ahora, al cabo de tres pasos los perdemos de vista. Inalcanzables, sin que nos demos cuenta, como debíamos de serlo nosotros. Esperábamos a mi padre al pie de las cuestas. Cuando aparecía a la vuelta del camino, fingía haberse entretenido expresamente, para recrearse con el paisaje. Decía, ¿habéis visto el arriate de gencianas? ¿Y los nomeolvides...? Ahora somos nosotros los que ralentizamos el ritmo, dijo Étienne. Los

primores de la naturaleza nos frenan también a nosotros. Qué rápido pasa todo, joder. ¡Bueno, pronto tendré una buena excusa con mis ojos...! Estábamos a gusto los cinco en la noche, con las piernas estiradas sobre la mesa de centro, sosegados y un poco viejos en medio del zafarrancho de la casa. Estábamos a gusto en nuestro mundo de nostalgias y de comidillas, trasegando aguardiente de pera. Pensé que Étienne había tenido suerte de pasear por la montaña con su padre. Mi padre no era desde luego la clase de tipo con el que se podía caminar por el monte. Bueno, ni caminar ni lo que fuera. ¡En cuanto a los nomeolvides...!

Al irse, Bernard preguntó quiénes eran la mujer de pelo rojo y el tipo con el mechón estilo Giscard d'Estaing. Nuestros vecinos de arriba, dijimos. Son cachondos, dijo Bernard, me gusta él. Nos asomamos al balcón para verlos marcharse. Bernard con su moto y su voluminoso casco. Los Dienesmann rodeando el edificio cogidos de la cintura. Ni rastro de nieve, el cielo estaba estrellado y el aire era casi suave.

Le dije a Pierre, ¿me encuentras guapa?

—Muy guapa.

—¿No te ha parecido que Jeanne estaba esplendorosa?

—Estaba bien.

—¿Mejor que yo?

—No, estabais bien las dos.

—¿Ella parece más joven?

—No, en absoluto.

—Pero ¿no te parezco yo más joven?

—Me parecéis las dos igual.

—Supón que no me conocieras y nos vieras a las dos, ¿cuál te parecería más guapa?

—¿Y si ordenamos todo mañana?

—¿A cuál te acercarías sin pensártelo?

—A ti.

—Serge le habrá dicho lo mismo en el ascensor,

—Seguro.

—No tenéis la menor credibilidad. ¿Te han gustado sus zapatos? ¿No te parecen espantosas esas tiras? ¿No te parece demencial ponerse eso a su edad?

–Queda una tortilla de maíz... La mayor parte del pastel de pollo asqueroso.

–Es verdad, estaba asqueroso.

–Incomible. Lo tiro... Una enorme ensalada de arroz... Queso para diez años... Nadie ha tocado el paté de hígado...

–¡Se me ha olvidado sacarlo!

–Con la salchicha de la Selva Negra puedes asesinar a alguien.

–Tírala. Muy amable el detalle de Tartakower.

–Mi edición era anterior.

–Aun así muy amable.

–Sí.

–Georges ha llegado ya cocido.

–A las ocho de la mañana está ya cocido.

–¿Por qué lo invitas?

–Está solo.

–Crea un ambiente horroroso.

–Vamos a la cama.

Seguimos recapitulando en el cuarto de baño.

–¿Lo de Danielle y Mathieu Crosso lo ves viable? –aventuré.

–Él parece más entusiasmado, ella no lo sé.

–Yo hubiera dicho lo contrario. La llamaré mañana por la mañana.

–En cuanto a tu amiga de arriba, Lydie, recorre a fondo el espacio intersidereal.

–¡Ah, tú crees! –me reí–. En una isla desierta: ¿Claudette El Ouardi o Lydie Gumbiner?

–¡Lydie! ¡Mil veces Lydie!

–¿Claudette El Ouardi o Catherine Mussin?

–Claudette. Al menos se puede hablar con ella.

–¿Catherine Mussin o Marie-Jo?

–Difícil... Mussin, con una mordaza. Te toca a ti: ¿Georges Verbot o Lambert?

–No. Imposible.

–Estás obligada.

–Bueno, pues lavándolo y restregándole los dientes: Georges Verbot.

–Cabrona.

Ya en la cama, pregunté a Pierre por qué nosotros no habíamos utilizado

nunca látigo, esposas y demás parafernalia. Su reacción fue espantosa, se rió. Claro que entre nosotros eso no tendría ningún sentido. Me dijo, ¿Georges o Bernard? Contesté Bernard sin vacilar. Dijo, ¡conque te gusta ese gilipollas! Y eso bastó para excitarnos.

Estaba casi dormida cuando oí un ruido parecido a un timbre. Pierre llevaba puesta su linterna frontal para releer una vieja novela de espionaje de la serie SAS (desde la muerte de Gérard de Villiers, sufre por no poder leer ninguno nuevo suyo). Sentí que se crispaba pero reinaba el silencio. A los pocos minutos volvió a oírse el mismo tintineo. Pierre se incorporó para escuchar con más atención, me golpeó con el dedo y me susurró, han llamado. Eran las dos y cinco. Aguardamos los dos, ligeramente inclinados hacia delante, él con su linterna frontal puesta. Alguien llamaba. Pierre salió de la cama, se embutió una camiseta y unos calzoncillos y salió a ver. Reconoció por la mirilla a Jean-Lino. Enseguida pensó en un escape de agua o algo similar. Abrió. Jean-Lino miró fijamente a Pierre, hizo un movimiento extraño con la boca, y manteniendo el labio inferior en forma de balde dijo, he matado a Lydie. De entrada, Pierre no asimiló la frase. Se hizo a un lado para dejar entrar a Jean-Lino. Jean-Lino entró y permaneció de pie con los brazos colgando junto a la puerta. Pierre también. Ambos permanecieron a la espera en el vestíbulo. Llegué en pijama, un picardías Hello Kitty y un pantalón de pijama de franela de cuadros. Dije, ¿qué sucede, Jean-Lino? No decía nada, miraba a Pierre. ¿Qué sucede, Pierre? No lo sé, vamos al salón, dijo Pierre. Pasamos al salón. Pierre encendió una lámpara y dijo, siéntese, Jean-Lino. Le señaló el canapé en el que ya había pasado la mayor parte de la velada, pero Jean-Lino se sentó en la silla marroquí incómoda. Pierre se acomodó en el canapé y me indicó que me sentase a su lado. Me avergonzaba el salón. Nos había dado pereza recoger. Nos habíamos dicho lo haremos mañana. Habíamos vaciado los ceniceros pero olía a tabaco. Había servilletas arrugadas, cubiertos diseminados, boles de patatas fritas... Sobre el baúl quedaba una hilera de copas sin tocar. Quería poner un poco de orden pero sentí que debía sentarme. Jean-Lino estaba más alto que nosotros en la silla marroquí. El mechón le colgaba a medias hacia el lado derecho, la otra parte flotaba hacia atrás, era la primera vez que le veía el cráneo desnudo. Se hizo una suerte de silencio y yo dije en voz baja, ¿qué sucede, Jean-Lino?

Observábamos su boca. Una boca en busca de formas diversas. Tráenos un coñac, Élisabeth, dijo Pierre.

—¿Para ti también?

—Sí.

Cogí tres vasos de vodka y los llené de coñac. Jean-Lino apuró la copa de un trago. Había otra cosa rara en su cara. Pierre le sirvió otra copa y nosotros sorbimos la nuestra. Yo no entendía qué hacíamos los tres en plena noche en el salón hecho un asco apenas iluminado volviendo a beber. Al cabo de un rato, Pierre dijo, con voz normal, como si hiciera una pregunta amable, ¿ha matado usted a Lydie? Yo lo miré, miré a Jean-Lino y dije en tono de broma, ¿ha matado usted a Lydie? Jean-Lino se apoyó en los reposabrazos pero esa silla no sirve para eso y por un segundo me pareció amarrado a una silla eléctrica. Me di cuenta de que no llevaba gafas. Nunca lo había visto sin gafas. Dónde está Lydie, dije.

—La he estrangulado.

—¿Que ha estrangulado a Lydie?

Asintió con la cabeza.

—No entiendo lo que quiere decir.

—¿Qué es lo que no entiendes? Ha estrangulado a Lydie —dijo Pierre.

—¿Y dónde está?

Jean-Lino señaló hacia arriba.

—¿Está muerta? —preguntó Pierre.

Asintió y cerró los ojos.

—Quizá no —dijo Pierre—, comprobémoslo.

Pierre y yo nos levantamos. Yo corrí a la habitación para coger un jersey y ponerme las zapatillas. Cuando volví al salón, Jean-Lino no se había movido un ápice. Vayamos a ver, Jean-Lino, lo alentaba Pierre, quizá aún está viva. Estrangular a alguien no es tan fácil, sabe.

—Está muerta —dijo Jean-Lino con voz cavernosa.

—¡Que no es seguro, subamos!

Pierre comenzaba a irritarse. Me incitaba con gestos a intervenir. Así del brazo a Jean-Lino. Estaba increíblemente rígido y permanecía aferrado a la silla marroquí. Intenté tranquilizarlo murmurándole palabras amables. Dije, Jean-Lino, no puede quedarse toda la noche sentado en esa silla.

—Además es usted el único empeñado en sentarse ahí —quiso desdramatizar Pierre.

—Es verdad —confirmé.

—¡Cada segundo es vital! ¡Estamos perdiendo el tiempo!

—Tiene razón Pierre...

—¡Reaccione, Jean-Lino!

—¡Les digo que está muerta!

Pierre se dejó caer en el canapé; se le enredó el pie en el cable de la lámpara, que cayó al suelo y nos dejó casi a oscuras.

—¡Joder, lo que me faltaba!

Encendí la luz del techo, que no encendemos nunca. ¡La luz del techo no, la luz del techo no, por favor!, gimió Pierre. Encendí una lámpara. Jean-Lino hizo frente a las sucesivas iluminaciones conservando su postura marmórea. Yo no sabía ya qué hacer entre un marido en la posición de quien ha decidido tirar la toalla y un Jean-Lino fosilizado e irreconocible. Todos habíamos bebido mucho. Me puse a ordenar el salón. Recogí las copas, las botellas, todo lo que había por allí. Sacudí el mantel del baúl en el balcón. Coloqué en hilera, junto a la puerta, las sillas que me había prestado Lydie. Traje el aspirador de mano, mi adorado Rowenta, para quitar las migas. Comencé a aspirar la mesa de centro y la alfombra de debajo. Pierre salió de su sopor y me lo arrancó de las manos. ¡Menudo momento para hacer esto! ¿Tú crees que es el momento de ponerte a limpiar? Se levantó, sosteniendo el Rowenta como un fusil ametrallador, y le dijo a Jean-Lino, bueno, amigo, ahora vamos a subir, ¡venga, vamos! Jean-Lino esbozó un movimiento pero parecía clavado a su silla marroquí, incapaz de despegarse de ella. Pierre puso en marcha el aspirador manual apuntando al pecho de Jean-Lino, succionando un faldón de su camisa con un ruido inusitado. Yo grité, ¿qué estás haciendo? Jean-Lino se quedó aterrorizado por esta aspiración y se puso en pie en actitud de defensa. En ese instante supe que de verdad íbamos a subir al piso de arriba. Jean-Lino se recompuso el mechón alisándolo varias veces de forma compulsiva, lo llevé suavemente hacia la entrada. Pierre se calzó unos zapatos y abandonamos el piso. Subimos andando, en la luz amarillenta del hueco de la escalera. Pierre delante, con sus calzoncillos rosa pálido, las piernas al aire y mocasines, Jean-Lino con ropa de fiesta arrugada y yo detrás en pijama y zapatillas de piel artificial. Al llegar a su rellano, Jean-Lino se hurgó en los bolsillos hasta encontrar la llave. Al otro lado de la puerta se oía rascar y maullar a Eduardo, Jean-Lino le susurraba palabras cariñosas, *sono io gioia mia, sta' tranquillo cucciolino*. Cogí de la mano a Pierre, me sentía

un poco angustiada pero al mismo tiempo tenía unas ganas terribles de avanzar en el espesor de la noche.

Entramos. No encendió la luz del vestíbulo. Eduardo se deslizaba entre nuestras piernas con una giba de dromedario. En el extremo del pasillo estaban encendidas las luces del baño y del dormitorio. Jean-Lino recobró su postura de espera, hombros erguidos, brazos colgantes como en casa en el mismo sitio. ¿Dónde está?, susurró Pierre. Se me hizo extraño ese susurro y al mismo tiempo entendía que no había modo de hablar con un tono normal. Jean-Lino señaló con la cabeza hacia el dormitorio. Pierre se internó en el pasillo. Conmigo detrás. Desde el pasillo ya se la veía. Pies en la cabecera de la cama, ropa arrugada, vestida aún como en casa. Pierre empujó la puerta, Lydie yacía con la mandíbula colgante, los ojos abiertos de par en par y exorbitados bajo el póster de Nina Simone con su vestido de rejilla y sus pendientes sin fin. Saltaba a la vista que la cosa era muy grave. En un arranque de profesionalismo (¿series?, ¿novelas policiacas?), Pierre le palpó la muñeca para comprobar el pulso. Jean-Lino apareció en el umbral de la puerta moviendo la cabeza como un testigo lúgubrementemente aliviado de ver confirmada su primera impresión. Había vuelto a ponerse las gafas de color arena. Pierre miró a Jean-Lino, espantado. Dijo, de verdad la... Está muerta. Jean-Lino asintió. Nadie se movió ya. Hasta que Pierre dijo, quizá habría que... quizá habría que cerrarle los ojos.

–Sí...

–Le dejo hacerlo...

Jean-Lino se acercó a Lydie y le pasó la mano por los párpados, un gesto de índole religiosa. Pero seguía colgándole la barbilla. Yo dije, ¿no podríamos arreglarla un poco...? Jean-Lino abrió un cajón donde había toda clase de pañuelos, cogí el primero que apareció, un velo transparente con un motivo de flores pálidas, Jean-Lino le cerró la boca haciendo presión, yo envolví la cabeza y apreté con fuerza el nudo bajo la barbilla. Tenía un aspecto mucho más agradable a la vista. Parecía estar echándose una siestecita fuera bajo un árbol. Y no se sabe por qué, Jean-Lino le calzó también los zapatos, unos escaarpines de tiras rojas con un nudo plano. Yo veía aquellas extremidades sobre la colcha de bordado boutí, resultaba impensable que aquellos pies y la pulsera del tobillo con colgantes no perteneciesen ya a nadie. Me sorprendí encuadrando la imagen en mi cabeza:

desde el borde del vestido hasta el de la cama dejando unos centímetros de pared, las piernas finas, los pies cubiertos de raso, ofrecidos a la vista sobre una tela acolchada como tras un amor brutal. La imagen ya pretérita de Lydie Gumbiner. Un colgante era más largo que los otros, no llevaba las gafas pero me pareció reconocer un búho o una lechuza. ¿Qué había significado aquella ave que colgaba a lo largo de la piel? Sobre la cómoda había también una lechuza de estaño. Para soportar la vida en la tierra nos acompañamos de elementos fabulosos. Son los que me cautivan cuando contemplo el mundo en suspenso de las fotografías, todos esos detalles como elegías. Ropa, objetos, talismanes, todos los fragmentos heterogéneos elegantes o cochambrosos amparan a los hombres en silencio. Pierre dijo, ahora habrá que llamar a la policía, Jean-Lino.

—La policía. No, no, eso no.

Pierre me miró de reojo.

—Pero ¿qué piensa hacer entonces?

—No, la policía no.

—Jean-Lino, usted ha... Le ha sucedido este drama... Ha venido a vernos... ¿Qué podemos hacer por usted?

Pierre estaba de pie junto a una cómoda, la gravedad del tono y la expresión gazmoña de las manos quedaban un poco atenuadas por los calzoncillos rosa. Jean-Lino, cabizbajo, seguía los movimientos de Eduardo alrededor de la cama.

—¿Quiere que llamemos a alguien...? ¿A un abogado? Conozco a un abogado.

Eduardo se subió al orinal. Un orinal de loza con una bandeja de madera redonda encima (¿bandeja de quesos?), y pensé que no era mala idea ese orinal al pie de la cama, yo que me levanto tres veces a hacer pis por las noches. Jean-Lino dijo, *non sul vaso da notte micino*, haciéndole una caricia supuestamente destinada a que se bajara. Eduardo no le hizo ni puñetero caso, ocupado en examinar, a la altura exacta de su vista, el cuerpo de Lydie.

—*Ti ha fatto male, eh, piccolino mio...*

—Jean-Lino, va a tener que cooperar un poco —añadió Pierre.

—¿Por qué no vamos al salón? —dijo

—*Povero patatino...*

Pierre echó una ojeada por la ventana. Corrió las cortinas. Las puntas de los pies, calzados con mocasines, mirando hacia fuera y calzoncillos

vaporosos, declaró, bueno, pues le tengo que decir, Jean-Lino, que si no llama a la policía, llegado el momento tendremos que hacerlo nosotros.

–¡Eso no debemos hacerlo nosotros! –protesté.

–No debemos hacerlo nosotros. Pero alguien ha de hacerlo.

–Salgamos de esta habitación, vamos a pensarlo con calma.

–¿Pensar con calma qué, Élisabeth? A esta mujer la ha estrangulado su marido, un arrebató pasional, nadie pide detalles, hay que llamar a la policía. Y usted, Jean-Lino, baje de las nubes. Y diga algo, en una lengua que podamos comprender, porque esas ñoñerías con el puto gato italiano están empezando a tocarme las narices.

–Está conmocionado.

–Sí, está conmocionado. Todos estamos conmocionados.

–Procuremos no alterarnos, Pierre... Jean-Lino, ¿qué propone usted...? ¿Jean-Lino?

Pierre se sentó en el sillón de terciopelo amarillo. Jean-Lino sacó del bolsillo el paquete de Chesterfield y encendió uno. El humo se desperdigó sobre Lydie. Inmediatamente intentó dispersarlo con la mano. Acto seguido, mirando a su mujer con tristeza, me pareció, dijo, ¿podría hablar a solas dos segundos con usted, Élisabeth?

–¿Qué quiere decirle?

–Dos segundos, Pierre.

Le hice un gesto con la mano tipo la situación está bajo control, y tomé del brazo a Jean-Lino para conducirlo fuera de la habitación. Jean-Lino se metió en el cuarto de baño y cerró la puerta tras de mí. Con voz bajísima y sin encender nada, dijo:

–¿Podría ayudarme a meterla en el ascensor...?

–Pero... ¿cómo?

–En una maleta...

–¿En una maleta?

–Es menuda, no pesa mucho... Habría que acompañarla hasta abajo... Yo no puedo tomar el ascensor.

–¿Por qué acompañarla?

–Para controlar que llegue. En caso de que llamara alguien desde abajo.

Eso me pareció lógico.

–¿Qué quiere hacer con ella?

–Sé dónde dejarla...

—¿Va a llevársela en coche?

—Está delante mismo. Sólo ayúdeme a bajarla, Élisabeth. De lo demás me encargo yo...

Había un olor a colada que yo conocía. Estábamos en la más total oscuridad. No lo veía. Notaba el apremio y la angustia de su voz. Me dije que habría que asegurarse también del aspecto desértico del parking... Se abrió brutalmente la puerta.

—¡¿Piensas ayudar a este chiflado a meter a su mujer en el ascensor, Élisabeth...?!

Pierre me agarró el brazo con sus dedos de acero (tiene las manos bonitas y fuertes).

—Bajamos y llamo a la poli.

Tiraba de mí, yo me resistía asiéndome a unos albornoces colgados en un gancho; vamos, que ni siquiera duró ni tres segundos. Alguien debió de accionar un interruptor porque se encendió un fluorescente mural. Todo se volvió amarillo, de ese amarillo de otro tiempo como el que teníamos en Puteaux. Vaya usted, vuelva a casa, querida Élisabeth, estoy loco, tiene que dejarme, imploró Jean-Lino, los brazos extendidos hacia delante.

—Pero ¿qué va a hacer usted, Jean-Lino? —dije.

Hundió la cabeza en los antebrazos y se sentó en el borde de la bañera. Con un leve balanceo y sin mirarnos, gimió, voy a reponerme, voy a reponerme. Me daba una pena tremenda, hecho un ovillo, el pelo alborotado, bajo el tendedero mural, en el cuarto de baño atestado.

Pierre volvía a tirar de mí. Dije, ¡deja de tirar de mí!

—¿Quieres ir al trullo? ¿Quieres que acabemos todos en el trullo?

—¿Qué ha sucedido, Jean-Lino? ¿Le ha dado un ataque de locura?

Jean-Lino farfulló algo. Pierre dijo, ¡no entendemos lo que dice! Sin mirarnos y esforzándose como un niño al que están riñendo, Jean-Lino dijo, le ha dado una patada a Eduardo.

—¡¿Lydie le ha dado una patada a Eduardo?! —repetí.

—Le ha dado una patada al gato, y él la ha estrangulado. Y nosotros nos largamos.

—¡Pero si a ella le encantan los animales! —dije.

Jean-Lino se encogió de hombros.

—¡Me hizo firmar una petición esta misma tarde!

—¿Qué petición has firmado?

–¡Una petición contra la trituración de los polluelos!

–Venga, venga, ya está bien –dijo Pierre exasperado, empujándome hacia la puerta de entrada.

Con el pelo erizado y enseñando los dientes amenazadores, Eduardo se había colado por el resquicio de la puerta del cuarto de baño.

–*Non aver paura tesoro...* El pobre tiene cálculos renales.

–¿Va a llamar a la policía, Jean-Lino? –pregunté–. Tiene que hacerlo usted.

–No hay más solución –dijo Pierre.

–Sí...

–Ninguna más, Jean-Lino.

–Sí.

Pierre abrió la puerta y me empujó al rellano. Antes de que la cerrase, grité, ¿quiere que nos quedemos con usted?

–¡Eso, despierta a todo el vecindario! –susurró Pierre cerrando cautelosamente la puerta. Luego me arrastró a la escalera, sujetándome con mano férrea. Ya en casa, me condujo de nuevo hasta el salón, como para evitar que nos oyeran. Quiso correr las cortinas, que son puramente decorativas, y arrancó una esquina.

–¿Se puede saber qué haces?!

–¡Valiente gilipollez estas telas!

Se sopló de un trago una copa de coñac.

–¿Estabas dispuesta a ayudarlo a deshacerse del cuerpo, Élisabeth?

–Es ofensivo que te hayas rebajado a escuchar detrás de la puerta.

–¿Estabas dispuesta a coger el ascensor con un cadáver...? ¿Te veías bajando sola cuatro pisos con un fiambre...? Contesta, por favor.

–Dentro de una maleta.

–¡Oh, disculpa!

–Lo sabrías si hubieras esperado un poco.

–¿Te haces cargo de todo esto? Es realmente grave, Élisabeth.

Me entró frío de pronto, y dolor de cabeza. Me eché un chal y fui a calentarme agua en la cocina. Volví con mi infusión y me acurruqué en un rincón del canapé, en el lado opuesto de donde se habían sentado los Manoscritti. Pierre deambulaba de un lado para otro. Dije, me parece horrible haberlo abandonado. Pierre se sentó a mi lado y me frotó el hombro, un gesto del que era difícil calibrar si se proponía calentarme o atemperar una mente

perturbada. Al otro lado del parking, el edificio se hallaba totalmente a oscuras. Debíamos de ser los únicos que no habíamos claudicado a la noche. Nosotros y los vecinos de arriba. Lydie, velada por el gato negro, yacente con su vestido de baile; Jean-Lino, abandonado bajo la ropa tendida. En un libro de cuentos que tuve en otro tiempo, la princesa, tras pincharse con el huso, caía en un profundo sueño. La echaban en una cama bordada de oro y plata, tenía el mismo cabello de coral y los labios eran carmesíes. Entró un mensaje en mi móvil. Pierre dijo, ¡no contestes!

—¡Si es tu hijo!

Emmanuel había escrito, «¡Genial tu fiesta de primavera, mamá!» acompañado de un smiley y de un muñeco de nieve. Se me saltaron las lágrimas, sin saber por qué. Aquel mensaje en mitad de la noche. El muñeco de nieve. Esa cara que encarna la alegría y os remite de inmediato a lo que pasa, a la pérdida. Los niños van muy por delante, como los hijos de Étienne y Merle por el camino de montaña. Al igual que yo misma me había distanciado mucho, muchísimo, de mis padres. No son las grandes traiciones, sino la repetición de las pérdidas ínfimas lo que causa la melancolía. Emmanuel, de niño, tenía una tienda. Una mesita baja, en un rincón de su cuarto, donde estaba expuesta la mercancía y tras la que estaba sentado. Vendía cosas que confeccionaba él mismo, toda clase de rollos de cartón pintados con motivos decorativos, rollos de papel de cocina, de papel higiénico, objetos recogidos en la naturaleza, bellotas, ramitas, también pintados, personajes de plastilina. Había fabricado una moneda especial, el «pestos», únicamente en billetes, papeles desgarrados de cualquier manera. Cada día, anunciaba desde la habitación: «¡Se abre la tienda!» Pierre y yo, acostumbrados a esa frase, no reaccionábamos. Como no la repetía, sobrevenía un gran silencio. Llegaba un momento en que me acordaba de haberla oído y en que me lo imaginaba solo, pequeño comerciante tras su mostrador, esperando al cliente. Acudía llevando el monedero de pestos. Se alegraba de verme aparecer, pero al mismo tiempo adoptaba un tono profesional. Nos tratábamos de usted. Yo escogía, pagaba y me iba con mi bolsa de guijarros de torrente y de castañas pintadas, rostros pintados en la parte blanca, sonrientes o enfurruñados. En la lista de conceptos vacíos, ocupó un lugar principal el *deber de memoria*. ¡Qué expresión tan inepta! El tiempo pasado, para bien o para mal, es una brazada de hojas secas a las que habría que prender fuego. También habíamos destacado el *trabajo de duelo*.

Dos expresiones absolutamente vacías de sentido y, lo que es más, contradictorias. Le dije a Pierre, ¿qué contesto?

–Puedes decirle que el vecino se ha cargado a su mujer una hora después.

–De todas formas imaginará que estamos durmiendo.

Nos tapamos los dos con el chal como si fuéramos a pasar la noche en ese sofá. De repente se levantó y lo oí hurgar en la entrada. Volvió con la caja de herramientas y la escalerita, que desplegó ante la ventana. Lo vi subir los peldaños con sus calzoncillos-faldita y sus mocasines. Presa de una energía febril, se puso a reparar la barra de las cortinas. Las anillas se habían quedado atascadas en el riel y el dobladillo de tela estaba desgarrado. Intentó hacer un apaño. Me preguntó, revolviendo en la caja, si teníamos ganchos de recambio. Dije que no tenía ni idea. Se irritó, tiró del cordón, tiró de la tela de lino haciendo saltar todas las sujeciones para acabar arrancándolo todo, iracundo. Yo no reaccioné. Pierre se sentó en lo alto de la escalerita, encorvado, con la tripa hacia delante, las manos cruzadas, los antebrazos sobre los muslos. Permanecimos un curioso momento así, sin hablar. De repente me entró un ataque de risa, una cosa gutural que ahogué como pude con un cojín. Él bajó, plegó la escalerilla y la llevó a la entrada con la caja de herramientas. Al volver, dijo, me voy a la cama.

–Sí.

–Vámonos a la cama.

–Sí...

El ramito de rosas malvas de Jean-Lino estaba metido en un vaso de agua sobre un reborde de la biblioteca. Ni siquiera me había preocupado de quitarle el cordel. Busqué otro recipiente y al final las puse en un frasco de perfume. Cuando fuimos a ver a la tía a su asilo, Jean-Lino compró un ramo de anémonas. Me dijo, déselas usted. Yo sostenía el ramo en un pasillo esperando a la tía. Había barandillas de madera a ambos lados de las paredes, una mujer caminaba de espaldas, con un bastón y gruesas medias de compresión. La tía irrumpió con su andador y se dirigió directamente hacia la cafetería. Le di las flores torpemente, a la tía le traían al fresco las flores cortadas de París. Se quedaron en un vaso en la sala común. Dejé el frasco sobre la mesa baja. Las rosas parecían falsas. El conjunto en aquel cristal empañado parecía un adorno de una lápida sepulcral. O tal vez fuese la sensación de anomalía debida a la hora y a la situación. ¿Qué haría Jean-Lino

solo allí arriba? Pierre me llamó desde el dormitorio. Dije, ya voy... ¿Cómo habíamos podido dejarlo?

Nos había llevado a Pierre y a mí a la Courette du Temple, uno de esos cafés que se transforman en club de jazz tres veces por semana. Lo tenía todo organizado, es decir, una llegada media hora antes a un lugar casi vacío aparte de los músicos en la barra. Baffles murales difundían estándares delante de un entrante con mesitas redondas. Jean-Lino, vestido con ropa confortable, nos había instalado casi al borde de un minúsculo estrado donde esperaban piano, contrabajo y batería. Dijimos, ¿tan cerca? Pero quería que viéramos a Lydie sin que nos molestara un pilar u otros espectadores. Pensé que más bien ocupaba como cada vez *su* sitio, su sitio inaugural. Llamó enseguida al dueño, hizo las presentaciones en plan cliente íntimo y pidió tres ponches sin consultárnoslo. La gente había ido apareciendo, gente de todas las edades, con ropa pasada de moda. Recuerdo a un tipo de pelo plateado, acartonado por arriba, que iba y venía embutido en una cazadora forrada de borrego blanco sobre camisa roja. Algunos escribían su nombre en una pizarra colgada de un soporte de micro. Se inscribían para la jam, había comentado Jean-Lino. Lydie llegó radiante y efervescente, abalanzándose sobre la pizarra antes de dirigirse a nosotros. Al principio los músicos tocaron solos, luego el trompetista cantó «I Fall In Love Too Easily». Me dije que hacía tiempo que yo no me enamoraba *easily*, y tiempo también que ya no me sentaba con desconocidos en medio de ese calor caótico. Después se presentaron los cantantes partitura en mano. El público los ovacionaba amablemente hicieran lo que hicieran. Jean-Lino era el que más aplaudía. Una mujer con un vestido de lunares se había cargado de arriba abajo «Mack the Knife» en una versión alemana. El hombre del cuello de borrego (mi preferido, aún lo recuerdo), presentado por el trompetista con el nombre de Greg, se había lanzado a una composición personal. Movimiento de las manos en primer plano, adoración del micro, aprobación secreta de las notas de trompeta como complemento, se desplegaba solo en el mundo, la mata de pelo plateada y lustrosa, a cincuenta centímetros de nosotros. Jean-Lino batía palmas, Lydie se agitaba con empatía. Lo conocía, un asiduo, en la vida diaria era revisor de la compañía de ferrocarriles. Ella se estaba poniendo brillo en los labios cuando el trompetista anunció, y ahora vamos a escuchar a: ¡Lydie! Jean-Lino se volvió hacia Pierre, con quien no mantenía ningún

vínculo especial, y lo cogió del hombro. Estaba colorado, tal vez el ponche, los nervios o el sentimiento de orgullo que le hacía mirar de reojo las mesas para controlar el grado de concentración. Lydie había atacado «Les Moulins de mon cœur» en tono confidencial, con voz casi murmurada antes de llenarse los pulmones para el anillo de Saturno y el globo de carnaval. Bajo el foco central, el casco leonado y los aros de las orejas centelleaban. Tenía una voz delicada cuyo timbre me pareció muy joven, inflexiones un poco ingenuas que desentonaban con su físico y con la impresión de energía coriácea que traslucía. Cantaba «Les Moulins de mon cœur» sin arrastrar las palabras, como una canción infantil al borde de la carretera, para no ir a ningún sitio, para pasar el rato. Era una chica curiosa que hubiera podido hallarse perfectamente en otro lugar y en otra época. Había que ver a Jean-Lino. En el súmmum de la alegría, casi levitando en su silla. Lydie no lo miraba. Le importaba un pito quizá. Cantaba las palabras de abandono con desparpajo de niña, el pájaro que cae del nido, los pasos que se desvanecen, balanceándose hacia uno y otro pie, haciendo ondular los colgantes, viviendo a fondo el instante con una impermeabilidad soberana. Jean-Lino, inclinado hacia delante, velaba por el ídolo con su cuerpo en tensión y no esperaba nada a cambio. En un momento dado, al advertir que yo lo observaba, se irguió como pillado en falta, sonriéndome feliz y azorado. Para mantener la compostura, tomó una foto de Lydie con el teléfono que había dejado encima de la mesa, deprisa y corriendo, sin preocuparse del encuadre, sin que la fascinación en su pureza implicase gesto alguno. Los tres aplaudimos a rabiar. Sabía que Pierre se aburría pero participaba amablemente. Me pareció que las demás mesas aplaudían también a Lydie. Ésta había permanecido un momento detrás del micro, balanceándose, demorándose antes de ceder el sitio, contrariamente a los demás participantes, que se esfumaban tímidamente una vez concluida su actuación. Antes de salir a fumar, Jean-Lino había pedido cuatro copas de ron Saint James, Pierre amagaba gestos desesperados que me hacían troncharme, Lydie se sentó pletórica, toqueteándose el escote, el trompetista dijo, y ahora escucharemos a: ¡Jean-Jacques! Fue una noche agradable y alegre, abocada al olvido, a la nebulosa de las innumerables noches de la vida.

Se me antoja lejana ahora aquella Courette du Temple. La mujer del vestido de lunares, el hombre que intentó tocar «Fly Me to the Moon» con una armónica. Nosotros cuatro, borrachos como cubas en la acera,

precipitándonos antes de que nos echaran en un taxi ya ocupado. Un tipo que había salido entre los primeros me había dicho, ¿vienes a menudo?

—Es la primera vez.

—La primera vez no se atreve uno.

¡El pasado se desmorona con tanta rapidez! Se vuelve blanquecino como el muro de los olvidados. Pienso a menudo en el cementerio de San Michele de Venecia. Lo visitamos, casi solos, con Pierre y Bernard un día nublado de noviembre. San Michele, infinito dédalo de recintos, unidades, parcelas, campos. Una isla entera de tumbas. Los colores de columbario: paredes enteras de fotos junto a floreros murales de los que salen flores artificiales. Cientos de fotos de personas trajeadas, peinadas, riéndose pícaramente. Nos perdimos deambulando al azar sin cruzarnos con nadie. Era la hora de comer, un día entre semana. En una estela había esta inscripción, *Estarás siempre con nosotros, con amor, tu Emma*. Me impresionó el descaro de la frase. Como si algunos permanecieran eternamente en la tierra. Como si los dos mundos hubieran de mantenerse separados. Había un muro de los olvidados en la parte de las urnas. Una fachada sucia y fría. Los nombres y las fechas estaban casi borrados. Podía leerse aún mil novecientos cinco en una placa más clara. Ni una foto, en ninguna parte, no había nada, salvo una o dos excrecencias de flores de porcelana atornilladas a la losa. Aquéllos no estaban ya con nadie en nuestro mundo. El color blanquecino y negro de aquel muro lo veo como el color mismo del pasado. En cuanto ponemos el pie en el suelo debemos renunciar a toda idea de permanencia. Junto al Rialto, el mismo día nublado, Pierre me regaló una capa corta de cachemira chiné marrón y azul. La había visto exhibida sobre un corpiño, en el escaparate de una tienda mal iluminada. Costaba abrir la puerta y el hombre había acudido a ayudarnos con un brazo medio paralizado. Un enorme mostrador se comía casi todo el espacio. En las paredes, unas estanterías sostenían una mercancía casi enteramente empaquetada. Con el brazo útil, el hombre sacó de un cajón varias capas de distintos colores en su envoltorio transparente. Ninguna del color que yo quería. Cuando comprendió que tendría que deshacer la del escaparate, masculló algo en dirección de la trastienda. Apareció una mujer, tan poco sonriente como él, con la cabeza bien recta, vestida con ropa de calle (hacía fresco en la tienda). Desplazó una escalerilla para acceder al escaparate y comenzó a soltar los alfileres que sujetaban la capa al maniquí. Me probé la capa ante un espejo donde no se veía nada. Me volví hacia los hombres. A

Pierre le pareció bien; a Bernard le pareció de señorona. La pareja no abría la boca. Parecían viejos e indiferentes. Compramos la capa, nada cara. La mujer la dobló con esmero y la introdujo en una bonita bolsa, que aún conservo, donde se leía *Cashmere Made in Italy*. No mostraron la menor satisfacción por aquella venta que quizá sería la única del día. Debían de llevar años allí, haber visto esfumarse poco a poco a su clientela, la gente elegante del barrio, ya desaparecida o muerta. Cuando se vayan, regentarán el local unos chinos que venderán bolsos. Los mismos bolsos de piel coloreada que cuelgan, expuestos cada cien metros en la ciudad. O será una heladería con neones superviolentos. O bien, aunque es poco probable, unos jóvenes abrirán una boutique de moda. Pero las boutiques de moda forman parte del mismo mundo transitorio de los bolsos. La pareja huraña pertenecía a una humanidad más lenta. Digo más lenta, no más constante. Ocupaban un lugar en el paisaje, aún persisten un poco en mi recuerdo.

En el Pasteur, el edificio donde se halla nuestro servicio es el antiguo hospital. Se construyó a principios del siglo veinte y está catalogado. Es de piedra y ladrillo rojo como el edificio histórico. Las dos alas están separadas por jardines y comunicadas por un maravilloso invernadero desafectado pues la cristalera amenaza con venirse abajo. Con todo, las plantas siguen creciendo como en una pequeña jungla. La ventana de mi despacho en la planta baja da a un seto y a unos árboles. Detrás se alza un edificio reciente con la fachada de vidrio. Los días en que brilla el sol, se refleja la fachada del nuestro. A veces sueño despierta, me transporto e imagino la vida en el interior, antaño, en los tiempos del aislamiento de los contagiosos, de las camas de madera, de las enfermeras con cofia o velo blanco. Veo cosas que no veía antes.

Pasado un rato ya no oí ningún ruido en el dormitorio. Fui a mirar. Pierre se había vuelto hacia su lado. Se había dormido. Dormido. Mientras justo encima, al otro lado del techo... Me senté en el borde de la cama y contemplé su pelo entrecano. Me encanta su pelo. Es tupido y ondulado. Lo acaricié. Dormía. Eso me consternó. Él mismo, más adelante, achacó el bajón a las copas trasegadas fruto del pánico y el desorden a lo largo de la velada. Tanto da. Se había acostado, se había tapado con las sábanas, se había colocado en la postura de quien consiente el sueño. Me había dejado sola. Sin vigilancia.

Había ido a buscarme con sus dedos de acero para nada. A mí no me importaba obedecer a la voz paterna siempre que se mantuviera firme. La voz severa había rugido dos segunditos y se había desentendido. El tipo que duerme te abandona. Deja de preocuparse por ti. Me había parecido un tanto ridículo cuando se había puesto serio y había estado en un tris de llamar a la policía pero me dije, teme por mí. Me protege. En realidad me había hecho volver al redil para acto seguido lavarse las manos. Ni inquietud ni desvelo por el otro. Otra promesa no cumplida. Y cómo entender, había pensado al borde de la cama, a oscuras, su falta de curiosidad. Pierre nunca ha sido sensible a los sucesos criminales, a la miseria de la gente. No ve en ellos ninguna dimensión tenebrosa. Para él huelen a pipí o son asquerosos. En cierto modo me siento más próxima a Ginette Anicé que a mi marido. Fui al cuarto de baño. Me senté en la tapa del inodoro y analicé las muestras que me habían dado con el tratamiento antiedad de Gwyneth Paltrow. Había una mascarilla nutritiva del mar Muerto que se podía dejar puesta toda la noche. Me la apliqué mientras meditaba. Ninguna idea clara. El otro día, en la tele, oí decir a un tipo no muy mayor, Dios me guía, le pido consejo a diario, incluso antes de subir a este plató. Dios aconseja mucho últimamente. Recuerdo una época en que una frase similar habría suscitado hilaridad. Hoy en día a todo el mundo se le antoja normal, incluso en los platós de cadenas intelectualoides. Me hubiera gustado que alguien me obligase o me iluminase. No tenía a nadie en el cuarto de baño, ni siquiera al doble que te llama bonita. Fui a la entrada y miré por la mirilla. Oscuridad total. Volví al salón, apagué la lámpara y entreabrí la ventana. Me coloqué en una esquina del balcón. El parking desierto. El Laguna de los Manoscrivi aparcado abajo. Escuché el silencio de la noche húmeda, un poco de viento, un motor. Cerré la ventana. No llegaba ningún ruido de arriba. Nada. Empecé a dar vueltas por el salón, imaginando esbozos de pasos con mis zapatillas de piel artificial. Me sorprendí dando saltitos entre los muebles. Pese a todo algo bailaba dentro de mí. Había conocido ya esa irreprimible levedad en los momentos en que la desdicha no nos toca de frente. ¿Es la embriaguez del aplazamiento? ¿La sensación de mantenerse en pie en una embarcación tambaleante, o simplemente, como en el caso de Ginette Anicé (otra vez ella), de escapar del tiempo vacío? En el programa de la noche, se presentaba de pronto la oportunidad de salirse del camino. Al haberme abandonado mi marido, podía encaminarme de nuevo a la escalera. No es malo que la

promesa se vea frustrada, en el espacio de la decepción se ejercita nuestro gen fáustico. Según Svante Pääbo, uno de mis maestros de biología, tan sólo nos diferenciamos de los neandertales por una ínfima modificación de un cromosoma concreto. Una mutación insólita del genoma que al parecer permitió el lanzamiento a lo desconocido, la travesía de los mares sin ninguna certeza de tierra en el horizonte, toda la fiebre humana de exploración, de creatividad y de destrucción. En suma, un gen de la locura. Volví a nuestra habitación. Pierre dormía profundamente. Cogí una rebeca que había por allí, las llaves en la entrada, y salí discretamente. Arriba, llamé susurrando el nombre de Jean-Lino. Me abrió sin mostrar extrañeza, con una jeringuilla en la mano. Olía a humo. Le estoy dando sus medicamentos, dijo. Por un segundo pensé que hablaba de Lydie y que alucinaba. Al seguirlo hasta la cocina, comprendí que se refería a Eduardo. Tiene arenilla en los riñones. Debe tomar seis píldoras diarias y seguir un nuevo régimen de pienso que no le sienta nada bien, dijo Jean-Lino mientras se afanaba, siéntese, Élisabeth.

–Pobrecito.

–El primer día, me costó hora y media hacer que se tragase una píldora de antibiótico. El veterinario me había dicho que le metiera la píldora en la boca y le apretara las mandíbulas. Imagínese. En cuanto le soltaba la boca la escupía. Me di cuenta de que, para tragar, los gatos tienen que abrir y cerrar las mandíbulas, como si masticaran. Pero lo más fastidioso, dijo Jean-Lino, es la levadura.

Al tiempo que hablaba, vertía el contenido de un tazón que había revuelto previamente con una cuchara, en una jeringuilla para lactantes.

–Este pienso le da diarrea. Dice el veterinario que no es el pienso, pero yo digo que es el pienso Urinary-stress. Se lo come en una fracción de segundo, le encanta y le provoca diarrea. Para los antibióticos y esas cosas anticálculos he acabado encontrando un sistema. Son pequeñitos, del tamaño de una lenteja, pero la cápsula de Ultradiar tengo que disolverla en agua y dársela con una jeringuilla de lactante. A ver, ¿dónde está ese diablillo? Voy a buscarlo.

Me quedé un instante sola en la cocina. En la mesa había un prospecto con la foto de Lydie. Lydie Gumbiner, musicoterapeuta, sonoterapia, masaje con boles tibetanos. En la parte doblada aparecía la foto de un gong y, debajo, esta frase, *La voz y el ritmo son más importantes que las palabras y el sentido*. Miré el cesto de mimbre de la encimera con su faja provenzal de

algodón, enumeré todos los ingredientes del ramillete, ajo, tomillo, cebolla, orégano, salvia, laurel. Esmeradamente dispuestos por una mano cuidadosa, pensé, ¿en perspectiva de un plato, o sólo por teatralizar la vida? Jean-Lino volvió con Eduardo en los brazos. Se sentó y procedió a suministrarle el brebaje como se le daría el biberón a un recién nacido. Nunca me siento tranquila en presencia de ese gato, un diablillo salvaje, pero entonces me pareció abatido, aceptando el tratamiento y la postura humillante con resignación. Es la parte más ingrata, dijo Jean-Lino, hay que tener mucho cuidado de que no se atragante. ¿Fue la frase? ¿La postura casi pedagógica de su cuerpo? Tuve fugazmente la sensación de que estaba preparando el futuro inmediato de Eduardo. Vamos, que pensaba confiarlo a nuestro cuidado. Me entró pavor. Dije, ¿qué piensa hacer, Jean-Lino?

—Anteayer, bebió demasiado deprisa y empezó a toser sin parar, ahogándose.

—¿Qué piensa hacer con Lydie?

—Llamaré a la policía.

—Sí. Claro.

—¿Qué ha sido de Pierre?

—Se ha dormido.

El gato se tomaba tranquilamente su levadura. La caja de pienso estaba encima de la mesa. Por el nombre, deduje que debía de llevar algún ansiolítico. Jean-Lino mantenía la cabeza inclinada sobre el hocico del animal. Su voz había cobrado firmeza desde su aparición en nuestra casa. La consistencia de su cara y de su boca también. Yo había conocido al campeón de la boca en busca de forma: Michel Chemama, mi profe de inglés en el Auguste Renoir, un judío oranés ligado para siempre a las palabras *harrvesting meushiin*, pronunciadas con el labio distorsionado hacia delante (durante años, y aún hoy, me interrogué sobre la urgencia de enseñar «cosechadora» a alumnos urbanos y principiantes). Jean-Lino depositó la jeringuilla sobre la mesa. Eduardo se deslizó al suelo y abandonó la cocina. No decíamos nada. Me caía bien Michel Chemama, siempre con pantalón de franela gris, blazer cruzado azul marino y botones de metal. Puede que siga vivo. De niños es imposible calcular la edad de un profesor, todos parecen viejos. Le agradezco que haya vuelto, dijo Jean-Lino. ¿Qué ha pasado, Jean-Lino? Me habría gustado no ser tan directa pero no se me ocurría nada. El lenguaje no muestra más que la dificultad de expresarse. Se siente más o

menos en circunstancias normales y se acepta. Jean-Lino sacudió la cabeza. Se inclinó para coger una mandarina de la encimera. Me ofreció una. Rehusé. Se puso a pelar la suya. Dije, parecían muy felices juntos.

–No.

–¿No...?

–Sí... Yo era feliz.

–No se sienta obligado.

Depositó la mandarina sobre una de las mondaduras, extrajo un gajo y le quitó los hilos blancos.

–Ya no siento nada. ¿Soy un monstruo, Élisabeth?

–Está usted anestesiado.

–Lloré en el momento. Pero no sé si era de pena.

–Todavía no.

–Ya... Sí, es eso. Todavía no.

Cogía, uno tras otro, los gajos de mandarina y los limpiaba sin comérselos. Me moría de ganas de preguntarle qué pensaba hacer con Eduardo, pero temía que mi pregunta lo aliviase instantáneamente. Tenía ganas también de preguntarle por sus nuevas gafas. Uno no pasa inocentemente de lo rectangular oscuro a lo semirredondo color arena. Las monturas gruesas todavía evocaban su cara de niño. Entre los elementos insondables que nos hacen acercarnos a un ser y quererlo, está el rostro. Pero ninguna descripción de un rostro es posible. Miraba la larga nariz que se elevaba y se achataba en la punta, la parte larga completamente cortada a pico desde las narinas hasta la boca. Pensaba en sus dientes, deteriorados, en las antípodas de las dentaduras contemporáneas. Mientras trituraba la piel de la fruta, yo grababa para siempre en mi memoria las tres cosas que transmite, a un tiempo, el rostro de Jean-Lino: bondad, sufrimiento, júbilo. Dije, no le había visto nunca esas gafas.

–Son nuevas.

–Están bien.

–Unas Roger Tin. De acetato.

Nos sonreímos. A buen seguro había sido cosa de Lydie. A él nunca se le hubiera ocurrido elegir ese color de fantasía. De súbito se oyó un estrépito proveniente del dormitorio. Me levanté sobresaltada y me arrimé absurdamente a la nevera. Jean-Lino salió a echar un vistazo. Me avergoncé de mi reacción. Aunque Lydie se hubiera despertado habría sido una buena

noticia, ¿por qué asustarse? No, no, el despertar de un muerto siempre ha causado terror, da fe de ello toda la literatura. Me acerqué a la puerta y escuché. Ruidos sin importancia, la voz italiana de Jean-Lino. Lo oí cerrar la puerta del dormitorio, el pasillo se sumergió en la oscuridad, y él reapareció. Eduardo había querido saltar del orinal a la mesilla de noche pero la tapadera había cedido, había errado el salto y derribado la lámpara de cabecera. Jean-Lino se había vuelto a sentar. Yo también. Sacó un Chesterfield. ¿Puedo?

—Claro.

—No se orienta allí. Habitualmente, no lo dejamos estar en el dormitorio.

Hice algo que hacía treinta años que no hacía. Cogí un pitillo y lo encendí. Aspiré el humo directamente a los pulmones. Me abrasó la garganta y el sabor me pareció asqueroso. Algunas vacaciones, Joelle y yo íbamos a casa de su familia en el departamento del Indre. Nos prestaban una casita en la región de Le Blanc. Decíamos, vamos a casa de los paletos. Una noche, en la mesa, a mi brazo derecho le dio el baile de San Vito, imposible coger un tenedor, me había fumado dos paquetes de Camel durante el día, tenía trece años. Más adelante volví a fumar un poco con Denner. Jean-Lino me cogió el cigarrillo de la mano y lo apagó en el cenicero de propaganda. Hice también una cosa que nunca me habría atrevido a hacer en otro momento: acaricié su mejilla picada. Dije, ¿de qué es eso?

—¿Mis cicatrices?

—Sí...

—Cicatrices de acné. Tenía la cara cubierta de granos.

Fumaba mirando la cocina. ¿En qué pensaba? Yo visualizaba a Lydie tendida muerta en el otro cuarto. Era a la vez una inmensidad y nada. La casa estaba tranquila. La nevera seguía haciendo su ruido. Cuando vaciamos el piso de nuestra madre, encontramos en un cajón todo su pequeño material de oficina. Databa de hacía años, de cuando llevaba la contabilidad de Sani-Chauffe. Un estuche con una regla, un Bic de cuatro colores, grapas, un bloc de papel intacto, unas tijeras aptas para cortar durante cien años. Los objetos son una cabronada, dijo Jeanne. Volví a preguntarle a Jean-Lino qué había pasado.

Cuando subieron a su casa, Lydie lo acusó de haberla humillado en público. El que Jean-Lino hubiera podido sacar a relucir al episodio de Les Carreaux Bleus unido a la caricatura del pollo constituía en sí una traición a

la que se sumaba el hecho de haber involucrado a Rémi. No debería haber mencionado a Rémi, dijo Lydie, y desde luego no para contar que se había burlado de ella, su abuela, lo cual además no era cierto. Jean-Lino, todavía eufórico, respondió con desparpajo que no había actuado con mala intención, que había contado todo aquello para hacer reír a los presentes, como es habitual en ese tipo de veladas, además todo el mundo se había reído de buena gana, y le recordó que ella misma había acabado riéndose cuando ambos imitaron al pollo revoloteante. Lydie se puso hecha una furia, sosteniendo que ella sólo se había reído (y aún) para que él, Jean-Lino, no quedara mal delante del niño, para evitar que el niño advirtiese, dada su extrema sensibilidad, lo lamentable que era aquella imitación. Nunca se hubiera imaginado, por añadidura, agregó, tener que revivir en público ese ridículo, y recalcó que el numerito lo había aplaudido fundamentalmente un tipo cocido y belicoso. Le echó en cara que no hubiera notado su crispación, sus señas contenidas, y en general que hubiera carecido de delicadeza hacia ella. Jean-Lino quiso protestar, porque si hay un hombre atento e incluso al quite, ése es él, pero Lydie, empeñada en sus recriminaciones, hacía oídos sordos. Aquella anécdota del pollo, contada ciertamente con el único afán de suscitar una estúpida hilaridad, revelaba su insensibilidad, por no decir su mediocridad. Ella siempre había admitido que él no adoptase su modo de vida con la condición de sentirse respetada y comprendida. Lo cual a todas luces no era el caso. ¡Sí, algunos seres tenían alas en vez de brazos! Y por consiguiente volaban y se encaramaban. En fin, añadió como apuntando al propio Jean-Lino, si la cobardía o la indiferencia de los hombres no lo impidiese. ¿Qué tenía aquello de divertido? No entendía que alguien pudiera reírse de unas vidas miserables desde su nacimiento hasta el matadero. Y arrastrar en esa risa a un crío de seis años para convertirlo en un torturador el día de mañana. Los animales sólo quieren vivir, picotear, pacer la hierba de los prados. El hombre los arroja al peor confinamiento, fábricas de muerte donde no pueden ni moverse, ni volver la cabeza, ni ver la luz del día, dijo Lydie. Si él hubiera querido el bien del niño y no intentar caerle bien mediante bajezas superfluas, tendría que haberle enseñado ese tipo de cosas. Los animales no tienen voz y no pueden reclamar nada por sí mismos, pero por suerte, se jactó, existían en el mundo abuelas Lydie para denunciar la situación en nombre de ellos: eso es lo que él tendría que haberle enseñado a Rémi en vez de pitorrearse de ella. En líneas generales, le reprochó que se

ganara al niño a sus expensas —a Jean-Lino le indignó la expresión, una expresión desatinada, dijo, elegida para mortificar inútilmente—, que hubiera utilizado ese truco para lograr una mínima complicidad con él. Le dijo que su comportamiento con el chiquillo resultaba patético, que no era nada, estrictamente nada para él y que no sería nunca el abuelo Lino. La sublevaba que pudiera decir *nuestro* nieto cuando él no era nadie y el crío tenía auténticos abuelos aunque uno hubiera muerto y no viera al otro. Que aquella usurpación, especialmente delante de ella, en público, era muy violenta, pues él conocía perfectamente su postura al respecto y la miraba por encima del hombro en un contexto en el que ella no podía echárselo en cara. Le comunicó asimismo que el niño lo despreciaba y que él ni siquiera se daba cuenta, porque los niños no sienten ningún respeto por quienes quieren hacerse los simpáticos y hacen su santa voluntad, en particular esa clase de niño, dijo, curtido por las circunstancias de la vida y dotado de una inteligencia superior. Cuando Jean-Lino quiso objetarle las recientes muestras de cariño de Rémi para con él, Lydie no dudó en decirle que todos los niños, y Rémi no era una excepción, eran pequeñas putas. Aprovechó además, so pretexto de excusarlo, para recordarle su inexperiencia en ese campo. Le dijo que un hombre que chocheaba perdía todo su sex-appeal para una mujer normal y que se había dado cuenta de sobra con Eduardo. Que se había resignado a su pesar a soportar en privado el espectáculo de su declive, pero que no esperaba verlo desarrollarse a la luz del día. En una pareja, dijo, cada cual debe procurar honrar al otro. Lo que uno muestra de sí mismo repercute en lo que la gente pensará del otro. ¿De qué sirven la camisa color malva y los Roger Tin si son para tener brazos de enano y cotorrear? Cuando yo me pongo mis pendientes de coral y mis Gigi Doll rojos, cuando anulo citas de pacientes, dijo, para ir a hacerme mechas o la manicura la misma mañana, lo hago para estar a tono con lo que creo que debe ser Tu mujer, para honrarte. Eso es válido en todos los ámbitos. En vez de eso, mientras estamos cenando con gente refinada e intelectual, prosiguió, mi marido bebe como una esponja, hace de pollo, le cuenta a quien quiera oírle que mi nieto se cachondea de mí, que el camarero se cachondea de mí, ése se me había olvidado, y que él mismo se cachondea de mí tergiversando una historia sobre un tema que no debería ser objeto de risa y cuya gravedad pasa desapercibida. Jean-Lino le hizo ver (o lo intentó) que varios de los comensales le habían dado la razón. Nada de eso, dijo Lydie, sólo una, y

encima fue esa investigadora fría como el hielo. Ya viste la cara que puso cuando yo dije que cantaba. Ni siquiera tu querida Élisabeth, tu amiga del alma, dijo nada. A toda esa gente que se dedica a la ciencia o a no sé qué narices eso les importa un pito. Nada les hace reaccionar, el cerebro no les va más allá de su trabajo. Igual fueron ellos los que descubrieron los antibióticos que se utilizan en las granjas industriales de cerdos. Llevaba razón el chiflado. Los hombres se atiborran y se llenan el bolsillo. Les importan un pito los mataderos abyectos, exterminan la naturaleza y les importa un pito. Tampoco a ti te interesa, lo único que quieres es bajar a fumar tu mierda de Chesterfield.

Jean-Lino no sabe qué hacer. Dejarla con su mala uva y salir a fumar, o quedarse para intentar calmar las cosas. Lydie se había acomodado ante su escritorio, un pequeño secreter de estilo antiguo en el salón, se había calado las gafas, y leía sus mails en el ordenador portátil con cara de quien vuelve a las cosas dignas de interés. Nunca la había visto mirar su correo por la noche. La cuesta parecía difícil de remontar. Decide salir a fumarse su pitillo. Se enfunda la cazadora y se va. Baja la escalera. A la altura de nuestra planta, oye un rumor de voces. Sale gente de nuestro piso y se queda pegando la hebra en el rellano mientras espera el ascensor. Piensa que Serge y mi hermana están en el grupo. Oye risas, oye mi voz encantadora (emplea esa palabra). Aunque la puerta que separa el rellano de la escalera está cerrada, sube unos escalones para evitar que lo vean. Ha perdido toda seguridad. Está avergonzado. Una hora antes formaba parte de esa alegre pandilla, se sentía aceptado, tal vez incluso admirado a ratos. Ahora no quiere siquiera exponerse a cruzarse con alguien abajo. Pueden salir otros cuando éstos se hayan marchado. Cuando oye arrancar el ascensor y cerrarse nuestra puerta, sube al quinto. Se sienta en el último escalón, en la moqueta raída, y enciende el cigarrillo. Es la primera vez que fuma en la escalera. Nunca se le había ocurrido. Hace un repaso de la velada. Sonríe al recordar todos los buenos ratos, no notó ningún tono de burla cuando los hacía reír, pero quizá peca de ingenuo. No están acostumbrados a salir, en cualquier caso no con gente de ese nivel social. Al principio, se habían asustado un poco pero enseguida se habían encontrado a gusto. Ya no está seguro de nada. Lo único que sabe es que era feliz y ya no lo es. Y que alguien ha logrado que pierda la alegría. Yo lo entendía mejor que nadie, había encontrado con quien hablar. Mi padre no

sabía irritarse sin empezar a repartir palos. En la mesa, un día en que estaba contenta, pinché una patata de la fuente con un cuchillo y me lo llevé todo a la boca. Me cayó la tunda de inmediato y aún siento la quemazón. No porque me hubiera pegado, estaba acostumbrada, sino porque se cargó mi alegría. Jean-Lino tiene una sensación de injusticia. Se ve, doblado en dos en el escalón con la cazadora, a la horrible luz de la escalera. Le vienen las palabras de Lydie sobre Rémi. Se las había arreglado para no prestarles demasiada atención. Había bebido, y eso ayudaba. Pero se había esfumado todo, la alegría, la euforia. ¿Lo despreciaba el niño? Jean-Lino no creía que un niño de esa edad pudiese tener ese sentimiento, pero ella había dicho también que él no se enteraba de nada. Había renunciado al *abuelo Lino*, esperaba otra cosa, algo más elaborado, más profundo. La última vez que vio a Rémi, lo llevó al Jardín d'Acclimatation. Era entre semana, durante las vacaciones escolares de invierno. En el metro le había comprado un bolígrafo láser a un vendedor ambulante. Era un trayecto largo con varios transbordos. Tras zigzaguear en el suelo y en las paredes, Rémi se puso a atacar a los pasajeros con su rayo. Jean-Lino le había dicho que apuntara sólo a los pies, pero el niño subía furtivamente hasta la cara fingiendo mirar hacia otro lado. La gente lo insultaba, y Jean-Lino había tenido que confiscarle el juguete hasta Sablons. Rémi se puso de morros. Llegados al Jardin d'Acclimatation, arrastraba los pies. Se le pasó en la sala de los espejos, tronchándose de risa con las formas aberrantes que adoptaba su cuerpo y sobre todo el de Jean-Lino. Jean-Lino no había estado nunca en el Jardin d'Acclimatation y se maravillaba más que el niño. Habían visitado el río encantado, los coches de choque, las montañas rusas, había poca gente, podían disfrutar de todo sin esperar, Rémi había pilotado aviones, en las casetas había ganado un mono de peluche, una pistola de agua, un tubo para hacer pompas de jabón, una pelota que rebotaba mucho, Rémi se había comido una crep de chocolate y ambos habían compartido un algodón de azúcar. Rémi quiso dar una vuelta a lomos de un dromedario. Había visto una foto a la entrada del parque. Buscaron los dromedarios pero no había. Les dijeron que volverían en primavera, como los ponis. Rémi volvió a ponerse de morros. Fueron al área de juegos. Jean-Lino se sentó en un banco. Rémi también. Jean-Lino le preguntó si no quería trepar a la telaraña gigante, Rémi dijo que no. Estaba enfurruñado dentro de su anorak, dejó tirados por el suelo sus nuevos juguetes como si no le importaran. Jean-Lino dijo que volverían a casa en

cuanto se terminase el cigarrillo. Pasó delante de ellos un chiquillo de la edad de Rémi. Jugaba a hacer el tren y trazaba una línea en la arena ante él con una rama. Rémi la seguía con los ojos. El chiquillo reapareció y se detuvo. Dijo, señalando el banco, ésta es la estación de Maleficia. Rémi le preguntó dónde había encontrado la rama, se fueron juntos hacia una pequeña mata de arbustos. A los dos minutos, volvían a pasar a toda velocidad cruzándose ante Jean-Lino, Rémi se había convertido en un tren. Tras efectuar varias vueltas, abandonaban la rama para meterse en el tobogán por el final del tubo. Salían muertos de risa por la parte de arriba, desequilibrando a su paso a los pequeños que llegaban por la escalera. Hacían toda clase de cosas en el parque, cavaban en la arena hasta llegar al cemento, conversaban arrimados al poste de una cabaña de madera, trepaban por la telaraña gigante y se divertían colgándose peligrosamente. Rémi estaba radiante como Jean-Lino no lo había visto nunca. Aun de lejos, podía advertir la sobreexcitación del niño, la necesidad de complicidad con el nuevo amigo. Veía también su afán de amoldarse, su sumisión. Jean-Lino tenía frío. De cuando en cuando, hacía señas al niño, que no lo veía. Estaba harto de esperar sentado en el duro banco. Comenzaba a oscurecer. Experimentaba también algo que no podía confesarse, una sensación de abandono. Cuando rememora, solo en la escalera de servicio, aquella tarde en el Jardin d'Acclimatation, le invade la misma melancolía. Recuerda los juguetes que él mismo había recogido y metido en una bolsa de algodón adquirida en un quiosco. Rémi no quiso cargar con ella y él la llevó en bandolera hasta casa. Aparte del tubo de las pompas, los demás juguetes no volvieron a salir de la bolsa. En el metro, Rémi se quedó dormido con la cabeza reclinada en su hombro. Y le había dado la mano por las calles de vuelta a casa. Las palabras de Lydie empañan las imágenes. No sabe ya qué pensar. Las palabras se han infiltrado en su cuerpo y lo hieren de modo incontrolable. Jean-Lino aplasta el pitillo en el hormigón, desliza la colilla bajo la alfombra. Sus pies le parecen diminutos en los mocasines de vestir. Se siente pequeño, de estatura, de todo.

Algunos días, cuando me despierto, me salta a la cara mi edad. Nuestra juventud ha muerto. Ya nunca seremos jóvenes. Es ese nunca lo que resulta vertiginoso. Ayer le eché en cara a Pierre que fuera blando, indolente, que se contentara con poco, y acabé diciendo, dejás que pase la vida. Citó a un colega suyo profesor de economía que murió de un ataque el mes pasado,

dijo, Max se zampaba la vida, proyecto tras proyecto, ya ves de qué le sirvió. Me hace verlo todo negro, cuesta dejar de proyectarse. Pero tal vez la idea misma de futuro resulte nociva. Hay lenguas que ni siquiera poseen ese tiempo en su gramática. *Los americanos* se ha convertido en mi libro de cabecera. Desde que lo reabrí, lo hojeo un poco cada día. En una calle de Savannah, una tarde de mil novecientos cincuenta y cinco, que es el año de todas las fotos del libro, una pareja cruza una calle. Él es un soldado con uniforme, camisa y gorra. Tendrá unos cincuenta años, lleva una pipa en la boca, desinhibido al estilo americano, a pesar del cuerpo rollizo y de la tripa apretada en la cintura por el pantalón. La mujer es claramente más baja pese a los tacones y lo coge del brazo a la antigua, por el pliegue del codo. Robert Frank los ha captado de frente, ambos miran el objetivo. Ella va de punta en blanco, con un vestido oscuro ceñido, festoneado en los bolsillos y en el cuello, con escaupines de charol. Sonríe al fotógrafo. Parece mayor que él, el rostro marcado por los sufrimientos, en fin, es lo que yo veo. Enseguida piensas que no se pasea a diario del brazo de un hombre, que vive un día esplendoroso con su bolso nuevo, su permanente de jovencita, su maromo cachas con su gorra de oficial. Era un domingo de esos en que la suerte se abate sobre uno. La primera vez que vi a Lydie, ella cruzaba el vestíbulo y salía del edificio del brazo de Jean-Lino. En plena tarde, de punta en blanco también, emperifollada y tiesa, orgullosa de sí misma, de la vida, de su hombrecillo con la cara picada. Acababan de mudarse. Tal vez no volvió a cruzar la puerta del edificio con tan jubilosa satisfacción. Todo el mundo hace eso algún día, hombre o mujer, se pavonea del brazo de alguien como si fuera la única persona en el mundo a quien le hubiera tocado el gordo de la lotería. Habría que limitarse a esos fulgores. No cabe esperar ninguna continuidad en la existencia. Hablé con Jeanne por teléfono. Su aventura hace aguas. El montador de marcos es cada vez menos solícito y más disoluto. Cuando murió nuestra madre, Jeanne quiso sacar partido de esa desgracia para introducir un espacio sentimental en la relación. El tipo se mostró pasablemente indiferente y la bombardeó de mensajes porno durante los días siguientes. Quiere arrastrarla a orgías y ofrecerla a otros hombres. Cuando ella se resiste, se pone agresivo. Jeanne me llama casi a diario medio deshecha en lágrimas. Me dice, me ha metido imágenes en la cabeza. Me han entrado ganas de ver qué tal. Pero no me veo capaz. Soy vulnerable. Estoy

sola. Estoy descontrolada. Para deslizarse al infierno hace falta una rampa, yo me deslizo y me quedo abajo.

Jean-Lino ha vuelto a abrir la puerta de su piso. Se quita la cazadora y la cuelga en la entrada. Lydie sigue en su despacho delante del ordenador. Jean-Lino entra en el salón. Ella lleva las gafas de concha en forma de mariposa en la punta de la nariz y no vuelve la cabeza. A Jean-Lino le gustaría hacerle notar que se ha producido un cambio radical y pronunciar unas palabras definitivas. Pero es débil, está aturullado. No se le ocurre nada. En el carro auxiliar de vidrio, junto a las bebidas, está el tubo de las pompas Spiderman del Jardin d'Acclimatation. A Rémi le encantaba hacer pompas de jabón en el balcón. Cuando soplaban viento, corría para ver si habían rodeado el edificio y pasaban delante del cuartito que hacía esquina. Antes de cenar, al volver del parque, se había acurrucado entre las plantas, al pie de la balaustrada, con la nariz entre los barrotes. Es un profesional, sabe hacer pompas gigantes, pequeñas en forma de racimos, *círculos*, formas estrambóticas. Al cabo de un rato, se acabó el líquido del tubo. Jean-Lino lo sustituyó por una mezcla de lavavajillas y agua. Echó demasiado jabón. Las burbujas eran pesadas y quemaban la piel. Rémi vertió el contenido del tubo en la cabeza de la gente que pasaba. La gente protestó. Rémi se ocultó riéndose. Jean-Lino se rió también. Lydie se había apresurado a cerrar la ventana preguntándole por qué se comportaba así a su edad. Rémi alegó que lo había tirado porque el producto de Jean-Lino le lastimaba la piel y los ojos. Lydie abroncó a Jean-Lino. El niño esperó a que pasase la borrasca sin abrir la boca. Jean-Lino recuerda su aire desenvuelto. Lo había interpretado como la incomodidad propia de los niños ante los rifirrafes de adultos. Pero podía ser algo más grave. ¿Indiferencia, desdén? Las palabras de Lydie lo reconcomen. Su cabello tiene el mismo color que la pantalla de la lámpara. Le ve un aire de pitonisa. Se sienta muy tiesa, puede advertir su hostilidad desde la curva de los riñones hasta los omóplatos. Jean-Lino se sirve una copa de Fernet-Branca que se toma de pie plantado en medio del salón. Por un segundo se le pasa por la cabeza coger la lámpara y estampársela en la cabeza. Lydie se afana ante el ordenador. Anota cosas en una libreta que tiene al lado. Jean-Lino se acerca a echar una mirada. Tiene abierto un sitio web sobre la defensa de los animales de granja, vislumbra un texto sobre el calvario de los pavos. Cierra brutalmente la tapa del ordenador y dice, nos tienes hasta los

huevos con tus animales de corral, estoy hasta el gorro de todo eso. Lydie quiere abrirlo pero él planta la mano encima. Lydie dice con una risita de desprecio, ya sé que todo eso te importa un pito.

—Sí, totalmente —dice Jean-Lino—, me importa un pito el pollo, el pavo, el cerdo y toda esa gente. Me importa un pito la vida de los pollos, me como tu pollo ecológico porque es mejor, pero aparte de eso me importa un pito, me importa un pito que haya sido desgraciado, cómo lo sabemos además, me importa un pito que no haya visto la luz del día, que no haya dado saltitos por los árboles como un mirlo o no se haya revolcado por el polvo, no creo en la conciencia del pollo, el pollo está hecho para criarlo, matarlo y zampárselo. Y ahora vamos a la cama.

Ella intenta resistirse pero Jean-Lino se ha puesto entre ella y la mesa. Aunque no es ni recio ni alto, sigue siendo más fuerte que ella, que acaba cediendo. Echando hacia atrás la silla para irse al dormitorio, dice, ésta es tu verdadera cara.

—¡Ésta es mi verdadera cara! ¡Sí, claro que sí! ¡Me alegra que la descubras! Y te crees que me has honrado cuando te has atrevido a preguntar con tu voz agridulce el origen del pollo de su pastel de pollo, cuando has dicho que tú ya no comías pollo sin estar segura de su origen como si estuviéramos en un chino y pudiera ser carne de rata. Te hubieras podido limitar a no tocar el tema, pero no, tenías que sacarlo en la mesa, revolucionar al personal para de paso dar tu leccioncita de moral, y que todo el mundo se enterase de tu comportamiento virtuoso.

La sigue hasta la habitación. Ella intenta impedirle entrar. Imposible. Se sienta en la cama y empieza a quitarse los pasadores del pelo. Lo hace con minuciosa aplicación, guardándolos uno por uno en un neceser, actividad que excluye cualquier otro motivo de interés.

—Estoy hasta el gorro de tus continuas restricciones —continúa Jean-Lino, a quien horripila esa gestualidad obsesiva—, estoy hasta el gorro de vivir bajo el terror, si me da la gana de comer pollo a diario, lo como a diario, hay gente como tú que se contenta con comer semillas y ensalada, cada vez hay más gente como tú, zampaos vuestra ensalada y dejad de tocar los huevos.

—Sal de mi habitación.

—Es mía también.

—Estás como una cuba.

—Lo que no me explico es que haya personas que tengan tiempo para

compadecerse de todo eso. Puestos a compadecerse, mejor compadecerse de los hombres. El mundo es horrendo. La gente se muere en nuestras narices y nos compadecemos de las aves de corral. La compasión tiene un límite. No puedes ejercerla sobre todo, como no seas el abate Pierre, que, todo hay que decirlo, era un cabronazo, se compadecía de los vagabundos y se cagaba en los judíos. Ni siquiera él tenía el corazón lo bastante grande.

—¿Sabes lo que nos distingue de los animales? —exclama Lydie—. ¿Sabes la distancia entre nosotros y los animales? ¡Esto!

Chasca un dedo.

—Y cada día disminuye. Pregúntaselo a tus amigos científicos.

—Conozco tus teorías.

—¡No son las mías!

—Pon, pon tu cara de asco, tuerce la boca, vamos, haz todas tus muecas de arpía, hazlas.

—Sal de la habitación, Jean-Lino.

—Estoy en mi habitación.

—Quiero estar sola.

—Vete a la otra.

—Dile a ese gato que salga de la habitación.

—No, él también está en su casa.

—¡Mi habitación no es su casa!

—Un poco de consideración, cuando está solo se pone triste.

—Ya hemos discutido sobre este tema.

—Pobrecillo. ¿Por qué no te apiadas de él ya que eres tan sensible con la causa animal?

—*Fuori, Eduardo!*

—No hace falta que le chilles.

—¡Largo de aquí, gilipollas!

El gato mira a Lydie con arrogancia y no se mueve un ápice. Lydie despliega la pierna y lo empuja violentamente. El talón puntiagudo del Gigi Doll alcanza a Eduardo en el costado. Éste lanza un grito de dolor. Según el propio Jean-Lino, el gemido los estremece a los dos pero ya es demasiado tarde. En el momento en que Lydie se inclina hacia el gato, Jean-Lino la agarra la pelambarrera liberada de los pasadores y le retuerce la cabeza hacia atrás. Ella trata de volverse para soltarse, pero él ya no sabe muy bien lo que está haciendo, sujeta los mechones de pelo con las dos manos y los sacude en

sentido inverso. Lydie está aterrada. Él la encuentra fea. De su boca deformada no brota ninguna palabra inteligible sino unos sonidos agudísimos que le irritan. Jean-Lino quiere silencio. Quiere que esa garganta no emita sonido alguno. Aprieta el cuello. Lydie forcejea, se resiste. Él ha bebido demasiado. Está enloquecido. No se sabe. Aprieta el cuello apoyando los pulgares, quiere que ella ceda, que se tumbe, sigue apretando hasta que todo deja de moverse.

Tarda en cobrar conciencia de lo que acaba de suceder. Al principio cree, dado el temperamento de Lydie, que finge estar muerta. Ya había simulado algún síncope o catalepsia en el pasado. La sacude con dulzura. Dice su nombre. Le dice que pare de hacer el tonto. Deja pasar un momento en silencio total para que Lydie crea que ha salido de la habitación. Eduardo le sigue el juego, completamente inmóvil, como saben hacerlo los animales salvajes. Lydie persiste en su inmovilidad. Lo alertan sus ojos. Están abiertos. Le parece imposible que se pueda mantener esa mirada de estupor permanente. La idea de la muerte cruza por su mente. Lydie quizá esté muerta. Le pone un dedo bajo las narinas. No nota nada. Ni calor ni aliento. No ha apretado mucho al fin y al cabo. Acerca la cara. No oye nada. Pellizca una mejilla, alza una mano. Hace esos gestos con terror y timidez. Llegan las lágrimas. Se desmorona.

Me dijo, me desmoroné sobre su cuerpo y lloré. El tic de la boca le volvió de modo intensivo. Una proyección de toda la dentadura formando una «u» con el labio inferior. Seguía siendo noche cerrada, lo veía por la ventana. Desde el piso de ellos, la ventana de la cocina da al vacío del cielo. Me pregunté si Lydie flotaba en algún lugar allí fuera (y nos miraba por el cristal). De vez en cuando me vuelve esa vieja obsesión de que los muertos nos ven. Después de morir, la hermana de mi padre volvió para destrozar la araña de la sala de estar. Sabíamos que era ella porque se habían prometido que el primero de los dos que desapareciese se presentaría para romper algún objeto en la casa del otro y demostrar así su supervivencia en el más allá. La tía Micheline había dicho alzando la cabeza, me cargaría muy a gusto una de esas tulipas. La noche de su entierro, una opalina de la araña se estrelló sin motivo alguno sobre la mesa. ¡Ha sido la tía Micheline, joder! Pero ¿dónde está?, preguntamos Jeanne y yo. Están ahí, lo ven todo, dijo mi madre.

Después de aquello, la mirada de la tía Micheline arruinó todas mis actividades ilícitas. Dondequiera que me camuflara, allí estaba ella. Una compañera de colegio y yo nos escondíamos entre los arbustos para enseñarnos y tocarnos el coño. Mi tía nos observaba horrorizada. No había arbusto que me protegiera de la tía Micheline. También pensé que mi padre debía de rondar por algún sitio. Pero era una persona mayor, ya no me incomodaba. Se había ablandado los últimos años, había algo inacabado en él. Acababa de morir cuando me saqué el doctorado de biología. Me alegraba que lo viera. Incluso alcé bien alto el manuscrito para que lo contemplara. Dije, Jean-Lino, ¿qué quería hacer con el cuerpo de Lydie?

–Llevarlo a su consulta.

–¿Está lejos?

–En la rue Jean-Rostand. A dos minutos en coche.

–¿Su consulta de psicoterapia?

–Sí. Vivía allí antes de que nos instalásemos aquí.

Silencio.

–Pero, una vez allí, ¿qué habría hecho?

–Hay un ascensor.

–¿La hubiera metido dentro?

–Sí.

–¿Sola?

–El estudio está en el primero. Me da tiempo de subir.

–¿O sea que la habrían estrangulado en su consulta?

–Podría haberla seguido un tipo por la calle...

Silencio. Jean-Lino describe la continuación haciendo molinetes desordenadamente con los brazos.

–¿Habría ido a su consulta en plena noche? ¿Después de la fiesta?

–Habríamos tenido una agarrada, y ella se habría ido. Ya lo ha hecho alguna vez.

–¿Para quedarse a dormir?

–Sí. Pero volvía.

La palabra nos oprimió. La había dicho sin pensar. Mi madre se había abatido súbitamente en la cama y parecía un pájaro al que hubieran disparado. Nadie cree que exista una metamorfosis para los pájaros. Para ellos no imaginamos una migración postrera. Aceptamos la nada. Me levanté y fui a contemplar la noche de Deuil-l'Alouette por la ventana. No gran cosa,

farolas, tejados, la sombra de los edificios, árboles medio desnudos. Un entorno insignificante, que podría barrerse perfectamente en dos segundos. Pensé en Pierre, que nos había abandonado. Me volví y dije, ¿lo hacemos?

—¿Hacer el qué?

—¿Llevamos a Lydie a su consulta...?

—No quiero involucrarla en esto...

—La bajamos, le ayudo a meterla en el coche y desaparezco.

—No...

—No hay tiempo para discutir. Es ahora o nunca.

—Toma usted el ascensor y ya está.

—No podrá meterla solo en el coche. ¿Tiene la maleta?

Se ha levantado, lo he seguido hasta el cuartito donde debía de dormir Rémi y que había sido el de Emmanuel en nuestra casa. Encendió la luz del techo, que difundía una luz azulada. La cama estaba cubierta de toda clase de juguetes. Jean-Lino extrajo de un ropero una maleta rígida, imitación Samsonite. Dije, ¿no tiene una más ancha?

—No.

—No cabrá ahí de ningún modo.

—Tiene mucha capacidad.

—Ábrala.

Tumbó la maleta en el suelo y la abrió. Metí dentro los pies, intenté sentarme, pero no podía hacer el menor movimiento.

—Usted es mucho más alta.

—¿Es la única que tiene?

—Yo creo que Lydie cabe.

—¡Qué va...!

Cogí la maleta y fuimos a su dormitorio. Lydie seguía igual, echada con su pañuelo. Volvimos a abrir la maleta, de un vistazo se podía ver que no cabía. Pensé en la nuestra grande de lona roja que está en el trastero. Tengo una que podría servir, dije.

Jean-Lino sacudía la cabeza con cara azorada. Empezaba a irritarme. Ninguna iniciativa.

—¿Voy a buscarla?

—No puedo aceptarlo.

—El problema es que está en el trastero, y la llave está en el piso.

—No, Élisabeth, déjelo.

–Lo intento. Si Pierre está durmiendo, todo irá bien.

Bajé a casa por la escalera. Abrí la puerta despacito. Sin encender ninguna luz, fui a ver si Pierre seguía dormido. Dormía y roncaba. Cerré la puerta del cuarto. En el vestíbulo, abrí el cajón donde estaban las llaves. Hurgué. No estaban las llaves del trastero. Medité sin perder la calma. Recordé que había ido allí aquel día para coger el taburete. Llevaba una rebeca con bolsillos. La rebeca estaba en el dormitorio. Volví, cogí la rebeca, que estaba tirada en una silla, procurando que no se cayeran las llaves. Bajé la escalera. Nuestro trastero está al fondo de un pasillo. El suelo hasta allí es vagamente terroso. Me fastidió pisarlo con mis zapatillas de piel, caminé de puntillas. Vacíé la maleta, que contenía otra y unas bolsas. Al salir al pasillo, se apagó la luz. No la encendí. Subí a ciegas la escalera abrupta. Entreabrí la puerta del vestíbulo. Desierto y a oscuras. El ascensor estaba allí y lo cogí para subir al piso de Jean-Lino. La puerta del piso estaba abierta. Todo ello a una velocidad de profesional. Me sentí bastante orgullosa de mi sangre fría.

La maleta roja estaba abierta al pie de la cama de Lydie. Jean-Lino había guardado la otra. La roja era más amplia, más flexible. El proyecto parecía factible. Sobre la mesita de noche se consumía una vela decorativa que debía de haber encendido él mientras yo estaba abajo. Estábamos allí los dos de pie sin decir nada. A Jean-Lino volvían a colgarle los brazos e inclinaba el cuello hacia delante. ¡¿Qué estábamos esperando?! Pasado un rato, dijo, ¿es usted católica, Élisabeth?

–No soy nada.

Abrió la mano. Sostenía una cadenita con una medalla de la Virgen dorada.

–Me gustaría ponérsela.

–Adelante.

–No puedo abrir el cierre.

–Deme.

Unos anillos de la cadena se habían enredado en la lengüeta.

–Esto nos llevará horas –dije.

Me arrancó el colgante de las manos y comenzó a afanarse con sus dedos torpes.

–No hay tiempo para hacer esto.

Ya no escuchaba. Se excitaba con la cadena, tenía las manos a dos

milímetros de las gafas en una postura de crustáceo, con la boca llena de odio.

—¡Pero qué está usted haciendo, Jean-Lino!

Parecía fuera de sí. Intenté entreabrirle las manos, acabé golpeándolo.

—¡Me gustaría hacer una cosa!

—¿Qué quiere hacer?

—Un ritual...

—¿Qué clase de ritual quiere hacer...? Ha encendido una vela, está muy bien.

—He dicho el comienzo del *shemá*.

—¿Qué es eso?

—La plegaria judía.

—Ah.

—Pero Lydie es católica.

—Primera noticia.

—Tenía otras creencias, pero quería seguir siendo católica.

—¡Haga la señal de la cruz!

—No sé hacerla.

—¡Pues entonces metámosla en la maleta, Jean-Lino!

—Sí. Estoy desbarrando,

Me coloqué del lado de los pies. Jean-Lino pasó los brazos bajo los hombros de Lydie. Dijo, hay que doblarle las piernas y luego deslizarla. Me gustó que adoptara una actitud técnica sin más pérdida de tiempo. Nunca había manipulado un cuerpo muerto. Tocado, abrazado, sí. Manipulado no. No llevaba medias, me sobrecogió el contacto de su piel por su tibieza. La colocamos sin problemas de costado. Rodó hasta la mitad sobre el vientre en una postura totalmente longilínea como si se mofara de nosotros. Antes de echarla en la maleta, había que hacerla acurrucarse. Advertí que Jean-Lino quería ocuparse personalmente de la operación. Rodeó la maleta, levantó los muslos a través de la falda y los echó hacia delante para que pudieran doblarse las rodillas. A continuación la cogió de la cintura para que se doblase también. Por último curvó la parte superior del cuerpo. Todo ello con rapidez y delicadeza. Lydie se sometía amablemente con su pañuelo y su rostro apacible de campesina. Al final parecía una niña durmiendo en la cama en posición fetal. Noté que Jean-Lino dudaba a la hora de volcarla. Brindé mi ayuda, con el fin de aguantarla para evitar una caída brutal en la maleta.

Llegó a ella arrugada y en desorden. Hubo que adecentarla de nuevo y remeter todo lo que sobresalía. La expresión de serenidad infantil había desaparecido. Lydie estaba comprimida y contorsionada. Su cabello rizado asomaba del pañuelo formando un extraño racimo sobre el revestimiento rojo. Hubo que quitarle los zapatos y encajarlos en los intersticios. Veía que Jean-Lino lo estaba pasando mal. Decidí encargarme de la cremallera. Pero para cerrar la maleta había que apoyarse y sentarse encima. Me senté. Sentí cómo cedía bajo mi trasero la consistencia blanda del cuerpo. Dije, ayúdeme. Él cogió la otra lengüeta y estiró.

—Qué horror.

—Está muerta, Jean-Lino, no siente nada.

No se cerraba. Quedaba una abertura en un lado. Jean-Lino se sentó también encima. Me incorporé para dejarme caer sobre el trasero lo más pesadamente posible, Jean-Lino hizo lo mismo, nos levantábamos y nos dejábamos caer, ganábamos pequeños centímetros de cremallera. Al final me tumbé a lo largo, Jean-Lino se tumbó en sentido inverso, girando ambos sobre los bultos como rodillos de pastelería sobre la masa. Cuando el cierre se tragó los últimos dientes de la cremallera, estábamos exhaustos. Jean-Lino se incorporó antes que yo. Se recogió y se alisó el mechón diez veces seguidas. Ahora necesitamos el bolso y el abrigo, dijo calándose las gafas. Lo seguí al salón. El bolso de Lydie yacía en el suelo, abierto junto al secreter. Eché una ojeada al bloc de notas que estaba junto al ordenador. Distinguí las palabras *úlceras*, *canibalismo* seguidas de *25.000*, y una flecha donde aparecía escrito, subrayado, *Vida y muerte de un pájaro*. *Manipulaciones a lo Frankenstein*. *Sufrimiento inscrito en sus genes*. El bolígrafo estaba colocado de través. La lámpara con su pantalla de color azafrán estaba encendida. Nunca había visto su letra. Aquellas palabras, escritas para memorizar, esmeradamente inclinadas, me hicieron sentir la existencia de Lydie más que cualquier instante de su presencia física. El gesto de anotarlas, las propias palabras y la incógnita de su destino. Y más misteriosamente la palabra *pájaro*. La palabra pájaro aplicada a las aves de corral. Jean-Lino, agachado, comprobaba el interior del bolso. Cogió el móvil que estaba encima de la mesa y lo metió dentro. Eduardo se había acercado y miraba también. Me invadió una angustia espantosa. No entendía ya lo que estábamos haciendo. Me vi unas horas antes en el mismo sitio, con una silla en la mano, firmando la petición contra la trituración de los polluelos. Lydie Gumbiner abría

cajones para buscar cosas que darme. La brevedad del tránsito de la vida a la muerte se me antojó vertiginosa. Una nimiedad. Jean-Lino abrió un ropero y sacó el abrigo verde que yo conocía bien. Un modelo largo, de estilo ruso, ceñido en el talle y acampanado por abajo. La veía por la ventana trotar por el parking con aquel abrigo y unos botines. Cada invierno veía reaparecer el abrigo levita, formaba parte del paso del tiempo en Deuil-l'Alouette. Yo había llevado un abrigo hasta los pies en la época en que estaba de moda la ropa larga. Nunca acabé de aceptarlo. Un día, en una escalera mecánica de las Galerías Lafayette, se me enganchó el faldón entre dos escalones. El mecanismo se atascó y la escalera se detuvo. Esperé con mi abrigo a que vinieran a liberarme sin que se me pasara por la cabeza quitármelo. Jean-Lino volvió al dormitorio. Se oyó un golpe y un ruido de ruedas en el pasillo. Vi aparecer mi maleta roja en la puerta. Hinchada, monstruosa, el asa telescópica subida a tope.

Cuando se le pregunta a Étienne por su vista, contesta, *todo bajo control*. Es una expresión heredada de su padre, que era prefecto de policía. Siempre le he oído decir, todo bajo control, incluso cuando nada funciona. De hecho, su vista no está en absoluto bajo control ya que padece de degeneración macular seca, denominada la mala, para la que, contrariamente a la húmeda, las inyecciones no sirven de nada. No solemos preguntarle a Étienne por la vista. No queremos que se convierta en un tema de conversación. Por otra parte, tampoco podemos desentendernos de ello. Es un sutil equilibrio entre reserva e intrusión. Solo en su casa el fin de semana pasado, Étienne creyó poder ajustar intuitivamente, sin gafas ni linterna, el termostato de la calefacción. Giró la rueda en la dirección errónea. Al volver, Merle entró en un horno al rojo vivo. Todo está bajo control tiene el mérito de cerrar el capítulo apenas iniciado. La frase no expresa en absoluto la realidad, ni siquiera el estado de ánimo de quien la pronuncia. Es una suerte de pasividad existencial bastante práctica. Y curiosa también. El cuerpo hace lo que le viene en gana, las células se comportan a su antojo. En definitiva, ¿qué es serio? Últimamente recordamos un episodio de los tiempos en que el hijo de ambos estudiaba aún en el instituto. Merle y Étienne recibieron una citación del director en la que se les comunicaba que Paul Dienesmann se había comportado muy mal en Auschwitz. Étienne recibió a su hijo, sentado, con cara seria, y dijo –todavía nos reímos–, parece ser que te has comportado

muy mal en Auschwitz. Tras más amplias informaciones, resultó que Paul se había hecho el listo en el autocar que los conducía de Cracovia a Birkenau, creando entre sus compañeros un clima contrario a la memoria y el recogimiento. Le tomé manía a la palabra recogimiento. Y también al principio en sí. Se ha puesto muy de moda desde que el mundo se precipita a un indescriptible caos. Políticos y ciudadanos (otra palabra genialmente vacía) se pasan el tiempo recogiendo. Prefería lo de antes, cuando traían la cabeza del enemigo hincada en una pica. Ni la propia virtud es seria. Esta mañana, antes de ir al Pasteur, llamé a la residencia de ancianos de la tía para saber de ella. Una vez concluida la conversación, pienso, la verdad es que eres una persona atenta, te preocupas por los demás. A los dos segundos, me digo, es lastimosa esa autosatisfacción por un acto tan elemental. Y de inmediato, muy bien, eres escrupulosa contigo misma, bravo. Siempre aparece un gran felicitador que tiene la última palabra. Cuando Denner, de niño, salía de confesarse, se detenía en la plaza de Saint-Joseph des Épinettes, aspiraba el aire a pleno pulmón y decía, ahora soy un santo. E inmediatamente después, al bajar los escalones, mierda, pecado de orgullo. En uno u otro sentido, la virtud aguanta poco. Sólo puede existir sin que nos demos cuenta. Echo de menos a Denner. De repente echamos de menos a un hombre muerto hace treinta años. Una persona que no habrá sabido nada de mi vida, ni la profesión, ni el marido, ni el hijo, ni dónde vivo, ni los lugares que he visto, ni la cara que tengo pasado el tiempo. Ni un montón de otras cosas inimaginables por entonces. Si apareciera, nos troncharíamos de risa. De todo. ¿Existirá en el cielo, en algún lugar, una pequeña estrella Denner? Me parece entreverla de vez en cuando. Joseph Denner tenía cuatro años más que yo. Alto, musculoso, anarquista y alcohólico. Su padre era cocinero. A los catorce años era lavaplatos en la estación de Colmar. Lo recuerdo porque a Denner le encantaba repetirlo. Joseph había querido y admirado a su padre, pero no a su madre, según él un monstruo pequeñoburgués y ahorrador. Vivían en tres buhardillas unidas en la rue Legendre, el baño servía también de cocina y cubrían la bañera con una tabla que hacía de encimera. Recuerdo una minúscula sala de estar abuhardillada, y detrás, separado por una reja dorada siempre cerrada, el dormitorio de sus padres, minúsculo a su vez. El alcohol estaba en un armario. En lo alto la reja terminaba en espiral, quedaba un espacio vacío. Reptando de una manera sobrenatural, Denner se deslizaba en horizontal para escamotear whisky. Había cumplido dos años de servicio

militar en Alemania en un batallón disciplinario. Malvivía tocando la guitarra en el Pax Quartet, un grupo más o menos católico que lo mantenía por caridad. Creía en la aventura, soñábamos con el alpinismo, con el Machu Picchu mientras trasegábamos Carlsbergs en el Pub Miquel, no íbamos nunca a ningún sitio salvo algún paseo nocturno por la costa. Denner era susceptible y temperamental. Todos éramos más jóvenes que él, nadie se atrevía a llevarle la contraria. Aún tengo libros suyos, Vian, Genet, Buzzati. Los adoraba. Los he conservado siempre aparte, en un rincón, dondequiera que me halle, junto a los libros de fotos, la pequeña colección que habíamos reunido los dos, Frank, Kertész, Cartier-Bresson, Winogrand, Weegee, Weiss, Arbus (los mangábamos en la librería Péreire; Denner había encontrado en un almacén de ropa militar una cazadora con un gran bolsillo trasero). En algunas fotos de Garry Winogrand, las chicas salen a la calle con bigudíes y un fular. Eso les da un aire de busconas, de pasotas, realmente sexy. Durante un tiempo lo hice. Siempre me han interesado los arreglos de pelo. No se puede pensar en el mundo, ni siquiera en los hombres en general. Sólo podemos hacernos una idea de las cosas que hemos tocado. Todos los grandes acontecimientos alimentan el pensamiento y el espíritu, como el teatro. Pero no son los grandes acontecimientos ni las grandes ideas lo que nos hace vivir, son las cosas más comunes. Únicamente permanecen en mi memoria, realmente, cosas al alcance de la mano, cosas que podía tocar con las manos. Todo está bajo control.

¿Jean-Lino...? La maleta había avanzado sola hasta el vestíbulo. Silencio. Fui a ver. Jean-Lino estaba de pie, en el pasillo, un poco como una sombra chinesca a la luz de la habitación. ¿Va todo bien?

—Élisabeth.

—Me asusta usted.

—Si me ocurriera algo, usted no ha subido a mi casa. No sabe nada.

–De acuerdo.

–Y la maleta es mía.

–De acuerdo.

Se había puesto su cazadora de cuero de Zara y su sombrero de las carreras. Depositó el bolso y el sombrero en la silla.

–El tipo se habría llevado con toda seguridad la cartera...

–Sí. Me desharé de ella... Ah, un segundo...

Entró en la habitación y volvió con un par de guantes de piel de oveja.

–Vamos.

Salimos del piso. Jean-Lino tiraba de la carga. Permanecimos unos segundos sin movernos en el rellano para asegurarnos de que no se oía nada. Pulsé el botón del ascensor. De hecho seguía en la planta. Empujamos la maleta al interior. Jean-Lino abrió la puerta de la escalera de servicio. Ningún ruido. Acordamos entre susurros que yo esperaba un poco antes de bajar para coordinar la llegada al vestíbulo. Jean-Lino encendió la luz de la escalera y se precipitó escaleras abajo. Yo entré en el ascensor dejando la puerta entreabierta. La cabina es muy estrecha, me quedaba poco espacio. El abrigo verde se cayó al suelo, lo recogí y lo enganché entre las barras del asa de la maleta. Quise introducir esta última entre las asas del bolso de mano pero no funcionó. Dejé cerrarse la puerta y pulsé el 0. Me miraba los pies, el pantalón del pijama a cuadros, las zapatillas de piel artificial. Bajaba yo sola cuatro plantas con un cadáver. Nada de miedo. Me encontré supervaliente. Me gusté. Me dije, te darían un puesto en el ejército de las sombras o en la agencia de inteligencia francesa. Vuelves a ser tú, Élisabeth. Planta baja. Jean-Lino ya estaba allí. Jadeante y concentrado. Estupendo él también. Cogió la maleta. El abrigo volvió a caerse al suelo, lo recogí. Yo llevaba el bolso y el abrigo. Las ruedas metían un ruido insoportable en las baldosas. El coche estaba aparcado delante. Lo veía detrás del borde de piedra. Calculé el trayecto, el rodeo del matorral. Apreté el botón de la puerta, Jean-Lino la abrió. Metió la maleta en el resquicio. Un motor arrancaba detrás del edificio. Oímos un ruidito que venía de fuera, un ruido húmedo de tacones en un suelo mojado, y vimos aparecer por la derecha, con la cabeza inclinada para esquivar el viento, a la chica del segundo que volvía de alguna fiesta. Jean-Lino se echó hacia atrás, se hizo a un lado para dejarla pasar. La chica nos dio las buenas noches y nosotros a ella. Se metió en el ascensor que la esperaba.

¿De qué había podido tomar nota aquella gilipollas? De todo. De la tía alta del cuarto sosteniendo un abrigo y un bolso, con zapatillas de piel y pijama Hello Kitty, con el tipo del quinto con sombrero de fieltro y manos con guantes arrastrando una enorme maleta roja. Una expedición camino de Dios sabe dónde a las tres de la mañana. De todo. En el momento en que se cruza con la chica, Jean-Lino quiere hacer como si tal cosa, como si ese encuentro de lo más normal no tuviera que causar alteración alguna. Tras hacerse a un lado para dejarla pasar, sigue tirando de la maleta hacia la salida. Había recorrido ya cinco metros fuera cuando me agarro a él. ¡Nos ha visto!

—¿Qué ha visto?

—A nosotros. ¡Con la maleta!

—Nada nos impide salir con una maleta.

Llovizna de nuevo. Un calabobos odioso.

—Esta noche sí. ¡Esta noche se supone que usted se ha quedado en su casa!

Noto que lo pongo nervioso. Da tirones a la maleta para intentar seguir arrastrándola pero yo la tengo agarrada.

—¿Quién va a interrogarla?

—¡La poli!

—¿Y por qué tienen que hablar con ella?

Vuelvo a anudar el abrigo a las barras del puño y tiro de la maleta para meterla. La mantiene sujeta.

—Porque se abrirá una investigación. Interrogarán a los vecinos.

—Vuelva a su casa, Élisabeth, ya me las arreglaré.

—¡También me ha visto a mí! ¡Nuestro plan se ha ido al garete!

—¡¿Entonces qué hacemos?!
Está asustado.

Está asustado.

—De momento volvamos dentro.

—¡Lo ha jodido todo esa zorra!

Grita. Desvaría.

—¡¡A ésa me la cargo!

—Jean-Lino, vamos dentro...

Se rinde. Cojo el asa retráctil y arrastro la maleta. El abrigo resbala, la maleta le pasa por encima, frenándome y casi haciéndome tropezar. ¡Esa mierda de abrigo levita que se cae cada dos minutos! Volvemos al vestíbulo. El abrigo está sucio. Todo está mojado. Jean-Lino, que ya no lleva nada en las manos, parece haberse disfrazado de trampero. Saca un paquete chafado

de la cazadora y enciende un pitillo. Dice, ¿y qué narices hacía tan tarde esa zorra?

–No podemos quedarnos aquí plantados.

–Le cerraremos el pico a esa golfa.

–Vamos a la escalera para meditar lo que hacemos.

Llevé la maleta hasta la pared del fondo y la arrimé a la esquina junto a la puerta de servicio.

–Venga a la escalera, Jean-Lino.

Lo así del brazo por el cuero de la cazadora y lo empujé hacia la escalera. Se dejó llevar dos o tres pasos, con las piernas tías como un robot. Me senté en los primeros escalones, en el mismo lugar donde se había desmoronado ante Rémi. Jean-Lino aspiraba hondo el humo con su movimiento habitual de boca y sin despegar la vista de la maleta. Al cabo de un rato se acercó a ella tambaleándose. Acarició la parte de arriba con su guante de piel de oveja. De izquierda a derecha, varias veces seguidas como un poema mudo. Luego se dejó caer de rodillas, entre gemidos. Sus brazos abiertos abrazaban la maleta por ambos lados, la mejilla pegada a la tela. Lanzaba besos distorsionados, medio al vacío. Nos separaba el marco de la puerta. La imagen cobraba toda su dimensión en aquel campo limitado. Abismo y sinsentido. ¿Por qué no había habido una mano que detuviera a la chica? ¿Un toquecito de pulgar del cielo que retrasara un minuto el momento en que salió de la fiesta, del coche, una frase más? En vez de abandonar en el frío vestíbulo a Jean-Lino Manoscritti, el más dulce de los hombres, y a Lydie Gumbiner, pequeña y hecha un ovillo en su ropa de fiesta. Qué potra tienen los que piensan que la vida forma parte de un conjunto ordenado.

Tenía frío. Me envolví las piernas con el abrigo verde. Jean-Lino había soltado la maleta. Estaba en el suelo sentado sobre las rodillas, cabizbajo, las manos en la nuca. Esperé. Luego fui a buscarlo. Hice el gesto de incorporarlo rodeándole los hombros. Recogí el sombrero y las gafas que se habían caído al embaldosado. Nos encaminamos a los escalones, nos sentamos donde estaba yo, o sea, dos metros más allá. Jean-Lino se alzó de inmediato para acercar la maleta, que apenas cabía por la puerta y ocupaba todo el espacio bajo la escalera. Estábamos los tres apretados, yo había vuelto a echar por encima el abrigo para abrigarnos. Me recordó las cabañas que se hace uno de niño, acercándolo todo, el techo, las paredes, los objetos, los cuerpos, el

espacio tiene que estar lo más encogido posible. El mundo exterior sólo se ve a través de una rendija mientras fuera se desencadenan la tempestad y la tormenta.

Jean-Lino tenía ganas de hacer pis. Fue la primera frase que dijo, necesito hacer pis.

–Salga fuera.

No se movía.

–He bebido demasiado. Qué manera de hacer el gilipollas.

–Vaya usted, Jean-Lino, yo me quedo aquí.

La luz de la escalera se había apagado. Permanecimos un rato a oscuras. La volví a encender. Nunca había visto el vestíbulo con esa luz, ni me había parado a mirar los detalles. La rejilla de ventilación, el zócalo sucio. Un purgatorio penoso. Me vino a la memoria un pasaje de un libro de Bill Bryson, *Ninguna estancia, a lo largo de la historia, ha caído tan bajo como el vestíbulo*. Jean-Lino salió fuera, no sé adónde, mientras yo permanecía con la maleta. Me puse el abrigo, que era muy estrecho, las mangas me llegaban a mitad de brazo y no podía abrochármelo. Venía a ser del color de la moqueta. Pensaba en qué podíamos hacer. Volver a subir y dejar a Lydie en la cama como si tal cosa. Coger la maleta y volver a mi casa mientras Jean-Lino llamaba a la policía. Era inútil. La chica del segundo nos había visto juntos. Hubiera lo que hubiese en la maleta, Jean-Lino había salido de su casa tras estrangular a su mujer y yo me había involucrado en el asunto. Repasaba el desarrollo de los acontecimientos. Jean-Lino había bajado a nuestra casa. Nos había comunicado la catástrofe. No nos lo creíamos. Pierre y yo subimos para ver el cuerpo de Lydie. Pierre me obligó a bajar y a no implicarme. Jean-Lino había matado a su mujer. Nosotros no teníamos nada que ver. Jean-Lino tenía que llamar a la poli y entregarse. Pierre se había dormido. Yo había vuelto a subir. ¿Y si no hubiera subido? ¿Y si en vez de subir me hubiera quedado en casa, llena de ansiedad (y de curiosidad), escudriñando el menor movimiento por las ventanas y por la mirilla? ¿Por qué por la mirilla? ¿Por temor a una reacción enloquecida de Jean-Lino Manoscritti? No. No. Simplemente porque no quería quedarme pegada a la ventana. Miraba por la mirilla, de vez en cuando, por si me perdía algo fuera. Y así fue... Y así fue como vi parpadear el botón del ascensor. Abrí la puerta, oí un ruido de carreras en la escalera. Llamé a mi amigo Jean-Lino. Cogí las llaves y bajé en tromba a mi vez la

escalera. Llegué en el momento en que mi vecino arrastraba hacia la salida una gruesa maleta roja... Le supliqué que no cometiera esa tontería. Entró la vecina del segundo... Al fin y al cabo, yo iba en zapatillas y pijama, nada que ver con una mujer que se dispone a salir en plena noche lluviosa... Tenía su lógica. Entraba dentro de lo posible. Entraba también dentro de lo posible en el caso de Pierre. No. Él conocía la maleta. La conocía al dedillo. Incluso se podía decir que era la suya. ¿Cómo explicarle a Pierre la presencia de la maleta roja? Por no hablar de la carga. ¿Se la habría prestado yo a los Manoscrivi para un viaje que haríamos pronto? ¿O para transportar bártulos? Sí, eso es: se la habría prestado para transportar cosas a la consulta de psicoterapia. ¿Sin comunicárselo? Pues claro. Yo no informo a mi marido del préstamo de una maleta. O mejor aún... Mejor aún: no estábamos al corriente de nada. Jean-Lino no bajó en ningún momento a nuestra casa, ni nosotros subimos a la suya. Yo había celebrado una fiesta. Bajo a tirar la basura, ¿y con quién me tropiezo? ¿En el momento en que cruzo el vestíbulo? ¡Con Jean-Lino Manoscrivi! Tirando de la gruesa maleta roja que yo le había prestado a Lydie... ¿No me preocupa el contenido de esa maleta? No. Jean-Lino me dice que tiene que meterla en el maletero para el día siguiente. La vecina del segundo vuelve de una fiesta. Nos ve a punto de salir... Yo no. Yo no salgo, estoy ahí por casualidad y acompaño a mi amigo a la puerta del vestíbulo. Es una tontería. Tengo que hablarlo cuanto antes con Pierre. Comprenderá que nos conviene hacerlo.

Volvió. Oí la puerta del edificio. Lo reconocí por los pasos. Volvió a sentarse a mi lado en el rincón. La cabeza empapada porque se había dejado el sombrero. Debía de estar diluviando. El mechón le caía sobre la frente y se le levantaba. Dijo, ¿cuál es el protocolo?

—Podemos volver a subir...

¿Cómo decirle en qué momento lo abandonaría?

—... Pero no sirve de nada porque no habrá modo de explicar qué hacíamos los dos en el vestíbulo.

Se había quitado los guantes (los guantes asomaban por los bolsillos laterales de la cazadora de cuero como dos orejas arrugadas). Doblado en dos en el escalón, rozaba la tela roja de la maleta, formando curvas oscuras con el dedo. Las mejillas agrietadas le relucían. Pensé que era la lluvia, pero estaba llorando. Cuando Jean-Lino era niño, su padre, después de cenar, cogía de

vez en cuando el libro de los Salmos y leía un pasaje en voz alta. El marcapáginas deshilachado abría siempre en el mismo sitio. A su padre no se le ocurría moverlo, de modo que leía siempre el mismo versículo, el del exilio. *A orillas de los ríos de Babilonia, nos sentábamos y llorábamos al acordarnos de Sión.* Jean-Lino recordaba el libro, su color cobrizo, el marcapáginas que se deshilachaba y sobre todo el grabado de la cubierta: personas de rostros abúlicos, medio desnudas, tiradas unas encima de otras a orillas de un agua tibia, con un arpa colgada de la rama de un árbol. Me contó que nunca había relacionado el versículo con la imagen. Cuando su padre articulaba las palabras, Jean-Lino oía resonar el plural de ríos, veía cómo singlaban y entrechocaban los troncos muertos bajo un cielo devastado. En cuanto a sentarse y llorar, para él significaba estar en posición de espera, replegado sobre sí mismo y solo. No había recibido ninguna formación religiosa. Los Manoscritti respetaban algunas fiestas con la familia de su madre, pero lo hacían sobre todo para comer carpas rellenas. Jean-Lino no entendía los versos que leía su padre (su padre tampoco, según él), pero le gustaba oír las frases llegadas del pasado. Se sentía participar en la historia de la humanidad incluso en el fondo del patio de la avenue Parmentier, y se identificaba con los expatriados, con los apátridas. ¿De qué había tomado nota realmente aquella gilipollas? Rememoré la escena. Me vi junto a la puerta acristalada, detrás de Jean-Lino, sosteniendo el bolso y el abrigo. ¡Sosteniendo el bolso y el abrigo! Sosteniendo el bolso de Lydie y el largo abrigo levita verde que todo el barrio conoce... Había que olvidar la versión de la basura. Volver al relato anterior. Sí, yo llevaba el bolso y el abrigo. Se los había arrancado de las manos a Jean-Lino para impedirle cometer una locura. Jean-Lino, murmuré, tenemos que llamar a la policía.

—Sí.

—Se me ocurre una pequeña idea respecto a lo que podríamos declarar sobre mi presencia.

—Sí.

Detallé la historia. El préstamo de la maleta a Lydie, su llegada desamparada a nuestra casa, nuestra visita para constatar la muerte, la vigilancia, la mirilla, la imploración en el vestíbulo. No reaccionaba, le importaba todo un pito. Me irritó que le importara un pito sacarme del apuro. Mataba a su mujer, yo hacía todo lo posible por ayudarle y ahora que se había ido todo al garete, le importaba todo un pito. Lo sacudí: ¿me oye usted, Jean-

Lino? Ya no se trata de usted, se trata de mí. Es importante que demos la misma versión de los hechos.

–Sí, es importante...

Se hurga en un bolsillo delantero y saca unos tickets y unas bolas de papel de aluminio coloreadas. También hay un cuadrado transparente de pegatinas de flechas que arroja al suelo con todo lo demás.

–¿Puede repetir lo que acabo de decir? ¿Qué digo cuando llego al vestíbulo y lo veo con todo el tinglado?

–Me arranca de las manos el bolso y el abrigo...

–¿Y...?

–Y dice, está usted loco...

–No, no digo enseguida está usted loco, primero digo: ¿qué está usted haciendo? ¡¿Qué hay en la maleta?!
Contempla el suelo y los restos de papel.

–Sí...

–¿Me está escuchando, Jean-Lino?

–Dice, ¿qué hay en la maleta...?

–Y luego digo, ¡está usted loco, no haga eso!

–Ya, ya, claro, Élisabeth, la disculpo completamente, completamente...

Sacude la cabeza, le vuelve con fuerza el tic de la boca. Nada que pueda tranquilizarme.

–¿Lleva su móvil?

–No.

Abro el bolso de Lydie y saco el móvil.

–Podemos utilizar éste...

–¿Para qué?

–Para llamar a la policía.

Mira el objeto. Un Android de tapa amarilla con un colgante de móvil terminado en una pluma. Lamento de inmediato mi brutalidad. Todo se ha ido a pique. Me gustaría haber hecho caso a Pierre, no haberme movido de casa. Jean-Lino parece completamente ausente. Guarda silencio y luego dice con voz apagada, no veré nunca el laboratorio de los mosquitos.

–Algún día, sí.

–¿Cuándo?

–Cuando regrese.

Se encoge de hombros. Le había prometido llevarlo al Pasteur, enseñarle el

museo, pero sobre todo el insectario. Jean-Lino quería ver los lugares mágicos del conocimiento. Ir allí donde la vida se aprende. En Guli, se consumía ante las filas donde se apilaban los grandes animales fríos. Lavadoras, campanas extractoras, cocinas, congeladores no evocaban nada. Soñaba con que lo introdujeran en el mundo de lo vivo, lo peligroso. Yo le había hablado del insectario, una cámara caliente de varias salas en un sótano donde viven cientos de larvas en barreños blancos y otros tantos mosquitos del mundo entero en cajas cerradas con nudos de tul. Un lugar entre laboratorio y lavadero con un marmagnum diario y una máquina de coser para los visillos. Yo le había contado que se alimentaba a las larvas con pienso de gato, que los machos adultos no engullían más que dulces y no picaban. En cambio, le expliqué, las hembras picaban y se atracaban cada tres días con la sangre de un pobre ratón depositado en su jaula. Jean-Lino había exclamado, ¡ni una palabra de eso a Lydie! Yo precisé que el ratón estaba anestesiado, pero no me escuchaba. En realidad, Jean-Lino no quería compartir el privilegio de su visita al antro de los culícidos.

–Tendríamos que haber ido antes.

–Iremos.

–Ya no trabajará usted en el Pasteur.

–Podré seguir yendo.

–Ya no existiremos.

–Bueno, ya está bien, no podemos pasarnos la noche aquí. ¿Cuál es el número de la poli? ¿El 17?

Había recuperado el móvil de Lydie. Eché mano directamente del teclado de emergencia. ¡Eduardo!, exclamó Jean-Lino.

Tenía que pasar. No podíamos esquivar a Eduardo durante mil años.

–De Eduardo se encargará alguien...

–¿Quién? ¡La sociedad protectora de animales, no, no, no, de eso ni hablar!
¡Además, está enfermo!

–Nos lo quedaremos.

–¡Ustedes no lo quieren!

–Cuidaremos de él. Y si no está a gusto con nosotros, lo dejaremos al cuidado de gente que lo quiera.

–¡Ustedes no sabrán cuidarlo!

Arrojé el móvil sobre la maleta, me levanté y traté de quitarme el abrigo.

–¿Qué hace?

—Le abandono.

Se incorporó.

—Llevémoslo a su casa.

Había enrojecido y se le habían desorbitado los ojos tras las monturas amarillas. Comprendí que no serviría de nada discutir. Vamos, démonos prisa, dije. Cerramos la puerta para no dejar la maleta a la vista (¿de quién, a las tres de la madrugada?) y subimos a pie saltando los escalones. Ya en su casa, Jean-Lino se abalanzó hacia el cuartito, de donde salió de inmediato con una bolsa de viaje de lona. Fuimos a la cocina. Metió en la bolsa un paquete de pienso precisando que no era del que daba diarrea, según él el gato estaba prácticamente curado o al menos había salido del paso, quedaban dos días de tratamiento, podíamos olvidarnos de la levadura y de las cápsulas anticálculos pero no del Revigor 200. Metió la receta con las señas del veterinario en la bolsa. Sacó de un armario un difusor Feliway que echó en la bolsa, para sustituir, dijo, mientras nos dirigíamos al salón, las feromonas faciales, y ayudar al gato a sentirse seguro en el nuevo entorno. Yo me enteraba de la mitad de lo que decía. En el salón, recogió juguetes, pelotas y ratones falsos, y empezó a dar vueltas sobre sí mismo, hasta que localizó una larga varilla rematada por una cola de imitación leopardo y unas plumas. Le encanta la caña de pescar, dijo introduciéndolo todo en la bolsa. Es un cazador, hay que jugar con él por lo menos tres veces al día, ordenó, echando a andar hacia la cocina. ¿Puede usted coger la caja de arena? Cogí el barreño. Jean-Lino agarró a Eduardo, que rondaba entre sus piernas. De repente vi la mesa, y dije, ¡espere! ¡Mi largo pitillo estaba en el cenicero! Mi largo pitillo fumado a medias. Había visto demasiados episodios de *Faites entrer l'accusé*⁴ para no reparar en la pifia fatídica. Metí la colilla en el bolsillo del abrigo comprobando si no habían quedado más huellas. Eduardo maulló exhibiendo sus dientes de felino. Bajamos por la escalera, Jean-Lino delante, yo detrás. Abrí la puerta. Ningún ruido. Deposité la caja de arena en la cocina. Cerré la puerta del pasillo que da al dormitorio. En el recibidor, Jean-Lino depositó a Eduardo en el suelo junto con la bolsa de viaje. Descubrió un enchufe en la pared en el que conectó de inmediato el difusor Feliway. Se puso a su vez a cuatro patas, el torso comprimido en la cazadora de cuero, cogió en sus manos el hocico del gato y le susurró unas palabras frotando la nariz contra el pelaje. Le metí prisa, aterrada ante la idea de que pudiera aparecer Pierre. Por un instante, me cruzó por la mente la idea de cambiarme

de zapatos pero la descarté a la vista de que era una estupidez fatal. En el momento de marcharnos, Jean-Lino sacó de la bolsa una camiseta que debía de ser suya y la puso hecha un rebujo ante Eduardo.

Volvimos a las escaleras. Él dejándose caer en cada peldaño como un sonámbulo. No podía con su alma. Al llegar abajo, nos sentamos en el mismo sitio. Yo volví a coger el móvil de Lydie y, aunque no me enteraba ya demasiado de la situación, dije, Jean-Lino, hay que hacerlo. Además ya casi no queda batería.

—¿Adónde iba yo con la maleta?

—¡A ningún sitio! No iba usted a ningún sitio. Ni siquiera sabe por qué la metió en la maleta. Le dio un ataque de locura.

—Un ataque de locura...

Marqué el 17 y le alargué el aparato. Una voz grabada dijo, está usted llamando a la policía, acompañada de un discursito ansiogénico. Sonaba en el vacío. Jean-Lino colgó.

—No contestan.

—Es imposible. Insista.

—¿Qué digo...? ¿He matado a mi mujer?

—He matado a mi mujer de buenas a primeras no.

—¿Qué tengo que decir?

—Dele un poco de forma. Diga, les llamo porque acabo de hacer una tontería...

Vuelve a llamar. De nuevo el discursito. La conversación está grabada, toda transgresión será sancionada. Una mujer de verdad descuelga al poco. Policía, le escucho. Jean-Lino me mira aterrado. Yo esbozo uno de esos gestos que supuestamente calman al interlocutor. Completamente encogido, la cabeza a la altura de las rodillas, Jean-Lino dice, les llamo porque he hecho una tontería...

—¿Qué tontería? —dice la voz.

—He cometido un asesinato.

—¿En qué municipio está?

—Deuil-l'Alouette.

—¿Sabe la dirección donde se encuentra?

Jean-Lino contesta en voz baja. La mujer le hace repetir el nombre de la

calle. Pregunta si la dirección corresponde a su domicilio. Parece amable y tranquila.

–¿Se encuentra usted en la vía pública o en el interior de un edificio?

Tras la voz se perciben repiqueteos de teclado.

–Estoy en el vestíbulo.

–¿En el vestíbulo de su edificio?

–Sí.

–¿Hay código de acceso?

–No lo recuerdo...

–¿Está usted solo?

Jean-Lino se incorpora. Pánico. Le indico que me mencione.

–No...

–¿Con quién está usted?

Artículo con los labios *vecina*.

–Con mi vecina.

–Una sola persona.

–Sí.

–Señor, ¿qué ha pasado...?

–He matado a mi mujer...

–¿Sí...?

Se vuelve hacia mí. No se me ocurre nada que soplarle.

–¿Dónde está su mujer? ¿Está con usted en este momento...?

Intenta contestar pero no le sale nada. El labio inferior vuelve a moverse en constante palpitación. Recuerda el suelo de la boca de un batracio.

–¿Cómo se llama usted, caballero?

–Jean-Lino Manoscritti.

–Jean... ¿Lino?

–Sí...

–¿Va usted armado, Jean-Lino?

–No. No, no.

–¿Su vecina tampoco?

–No.

–¿Ha tomado alcohol o productos estupefacientes?

–No...

Me ve imitar el hecho de beber un poco con amigos.

–Un poco de alcohol...

—¿Toma usted alguna medicación relacionada con un problema psiquiátrico...?

Se cortó la comunicación. Se había agotado la batería. Jean-Lino se quedó mirando la pantalla negra. Cerró la tapa y extendió el colgante sobre el plástico amarillo para colocar bien la pluma. Le rodeé los hombros con el brazo. Jean-Lino se puso de nuevo el sombrero. Estábamos en el rincón de una estación, a la espera. Con la larga levita demasiado estrecha, mis zapatillas de piel artificial y la maleta. Gitanos en tránsito. Listos para ser embarcados a saber dónde. Jean-Lino dijo, era amable la chica. Yo dije, sí, sí, era amable. Y él, ¿qué será de mi tía sin mí? Sólo me tiene a mí.

No tener a nadie. Los personajes de *Los americanos* dan la impresión de no tener a nadie. Es su sello propio. Están a un lado de las carreteras, de los bancos, de las salas, en busca de algo que no encontrarán. De vez en cuando irradian una luz precaria. No tienen a nadie. El testigo de Jehová no tiene a nadie. Transita por las calles con su cartera atestada de revistas, la cartera le confiere aspecto de hombre y le hace las veces de destino. Cuando crece uno con la idea de no tener a nadie, difícilmente puede volver atrás. Por más que lo tomen de la mano y le prodiguen cuidados, eso no le sucede de verdad. Los domingos y días festivos, en la avenue Parmentier, los padres de Jean-Lino lo mandaban al patio. Se quedaba allí. Acuclillado en el pavimento, abría regueros en los lugares donde crecían hierbas. Reparaba piecicillas que había tirado el relojero. No había más niños. No tener a nadie es no tenerse siquiera a uno mismo. El que alguien le quiera a uno le otorga un certificado de existencia (o de consistencia). Cuando uno se siente solo, no puede existir sin una pequeña fábula social. Cuando yo tenía unos doce años esperaba que el amor me devolviera mi identidad perdida (la que se suponía que teníamos antes de que Zeus nos cortase en dos), pero, en la incertidumbre de tal acontecimiento, aspiraba también a la gloria y los honores. Como era muy buena en ciencias, me proyectaba en el futuro como investigadora: mi equipo había descubierto un tratamiento revolucionario para tratar la epilepsia y yo recibía una medalla mundial, tipo Nobel. Jeanne era mi mánager. Se sentaba en la cama nido con Rosa, la muñeca que representaba a Thérèse Parmentolo, una compañera de instituto que padecía de epilepsia, y escuchaba mi discurso dedicándome unos aplausos. Después, Thérèse Parmentolo (a la que también interpretaba yo) acudía a expresar su gratitud. En ocasiones me pregunto si

todo cuanto creemos ser no proviene de una serie de imitaciones y de proyecciones. Aunque no he sido investigadora y me he refugiado en otra cosa más segura, oigo con frecuencia que he salido de mi ambiente o he escapado de mi condición. Es una estupidez. Sencillamente me he salvado de la no consistencia. La gente recurre a la policía para charlar porque no tiene a nadie más, me dijo textualmente un policía nacional. Supone la mitad de las llamadas al 17. Tenían a una mujer que llamaba varias veces por semana. Antes de colgar decía, salude usted a toda la brigada. Joseph Denner me tocaba canciones melancólicas con la guitarra. Tocaba «Céline» de Hugues Aufray, tocaba «Eleanor Rigby» de los Beatles, que cantaba monótonamente con su voz débil y mal acento, sin entender toda la letra, *All the lonely people... Where do they all belong...* Yo era toda esa gente sin hogar. Salude usted a toda la brigada. Como si ella fuera algo para la brigada.

Jean-Lino añade, podríamos haber llevado a Rémi al laboratorio de los mosquitos. Saca el paquete, se desliza un pitillo en la boca. Es bajo y frágil. La larga nariz apunta hacia el suelo, las gafas amarillas no pegan con el sombrero. Todavía podríamos reírnos. El humo asciende a lo largo de la maleta y nos envuelve. Envuelve la piel picada, envuelve los pensamientos, el mundo se transforma en una inmensa materia vaporosa. Oímos rumores de voces procedentes de fuera, golpecitos en el cristal. Me levanté. Crucé el umbral de la escalera de servicio. Estaban allí. Tres tipos detrás de la puerta de entrada. Creo que son ellos, dije, y fui a abrir. Entraron tres hombres, vestidos más o menos como Jean-Lino sin la poesía. Policía. Se dirigieron de inmediato a Jean-Lino, que acababa de aparecer al fondo. Se había quitado el sombrero, lo sostenía en una mano, el brazo doblado en posición de incomodidad. ¿Es usted el señor Manoscritti?, inquirió uno de los oficiales.

—Sí...

—¿Ha llamado usted a la policía?

—Sí...

Aparecieron detrás unos polis de uniforme. Una mujer y dos tipos, con su gorra.

—¿Es usted quien ha matado a su mujer...? ¿Dónde está su mujer?

—En la maleta...

Señaló la escalera y parte de los polis fueron a echar una ojeada a la maleta.

–No se mueva. Vamos a llevarlo a la comisaría. Y a usted también, señora.

Nos esposaron. La mujer me palpó todo el cuerpo y registró los bolsillos del abrigo de Lydie. Había monedas, un pañuelo de tela y el pitillo que me había fumado en casa de Jean-Lino. Dios mío. Pero no, no era grave, me dije, has podido fumártelo abajo en la escalera mientras esperabais a los polis. Un agente me dijo, acompáñeme, señora, vamos a hablar un momento. Me cogió del brazo para llevarme fuera. Dije, ¿adónde vamos?

–Al vehículo oficial.

–¿Puedo cambiarme?

–De momento no, señora.

La mujer hablaba por un radioteléfono. Oí «Hemos entrado en el vestíbulo. El acusado ha confirmado que ha matado a su mujer. Por lo visto está en una maleta. Había otro individuo con él. Hemos procedido a interrogar a los dos individuos. Regresamos a la comisaría con los dos individuos interrogados. Habría que llamar a la policía judicial». Yo dije, ¿adónde nos llevan?

–A la comisaría.

–¿Vamos a ir los dos juntos? –dije señalando a Jean-Lino.

El poli tiraba de mí sin contestar.

–¡Voy en zapatillas!

–Mejor con zapatillas. Así no tendrá que quitarse los cordones.

Apenas se veía a Jean-Lino entre los hombres.

–¿Estaré con él allí?

–Vamos, vamos, ahora hay que salir.

–¿Lo veré luego?

–No tengo ni idea, señora.

Cada vez se mostraba más impaciente. Grité, con una voz que yo misma no me conocía, un lamento agudo y desgarrador que brotó tras un esfuerzo inhabitual y me hizo daño, ¡Jean-Lino, hasta luego! El poli me dio la vuelta, deslizó la mano bajo mi brazo izquierdo y me empujó fuera presionándome el hombro. Me pareció percibir un movimiento de los hombres al fondo, me pareció ver el rostro furtivo de Jean-Lino, incluso quizá oír mi nombre, pero no estoy segura de nada. Caminé, sujeta por el agente, la cabeza inclinada sobre el parking húmedo, se me resbalaba el pijama a cuadros pero no podía subírmelo. El coche de la policía estaba allí mismo, atravesado en la calle. Me hizo entrar por la portezuela trasera derecha y se sentó al otro lado. Sacó un bolígrafo y una libreta. Me preguntó mi nombre, dirección, fecha y lugar

de nacimiento. Escribía con aplicación y lentamente. En un tercio de la hoja, en blanco sobre fondo negro, aparecía una llave dibujada donde se leía ETS BRUET, cerrajero y cristalero. Dije, ¿quién avisará a mi marido?

–La pondremos en prisión preventiva y le leeremos sus derechos.

No acababa de ver lo que eso significaba. Ni qué relación guardaba con Pierre. Pero estaba demasiado cansada para intentar comprender.

–¿Mantienen relación con una empresa de cerrajería?

–Nos proporcionan cuadernos gratis para hacer publicidad.

–Ah, ya...

–En la práctica, trabajamos con empresas autorizadas. Lo cual no impide que nos las envíen constantemente.

–¿Para qué les sirve el cristalero?

–Para nada. Las empresas se dedican a esas dos actividades. También nos dan bolígrafos y calendarios... Los calendarios están bien porque sirven también para anotar cosas. ¡Está bien pensado!

Se hurgó en un bolsillo delantero y extrajo un Bic blanco y rojo con otro logo.

–El bolígrafo de un competidor... No se lo doy, no le serviría de nada porque se lo quitarán todo en la comisaría.

–¿Esperan conseguir un contrato público?

–Ah, ni idea. Ellos hacen su publicidad. Mire, aquí tengo otro... Lo que quieren es hacer publicidad... A nosotros nos va bien, dado que disponemos de los mismos medios que la policía moldava...

Me gustaba la placidez del chico, su indiferencia hacia mi situación. Un joven regordete de la edad de Emmanuel, piel imberbe y pelo rapado. Tenía los ojos grandes y claros un poco enrojecidos. Me hizo sentirme bien. Tuve la tentación de dejar caer la cabeza en su hombro. A través del cristal, intentaba ver la entrada del edificio. El ángulo era malo y la farola estorbaba. Alcé los ojos hacia nuestra casa. Seguía habiendo una luz en casa de los Manoscritti. En nuestra casa estaba todo apagado pero no podía ver la habitación que daba al otro lado. Pensé en el gato escondido en algún sitio y me pregunté dónde guardar las copas inútiles alineadas sobre el baúl. ¿Cómo explicar la locura de las copas? Una vez tranquilizada con el asunto de las sillas, había tenido que recorrer Deuil-l'Alouette, coger el autobús hasta la tienda de descuento y comprar cinco cajas de copas balón –dos de ellas de tamaño grande–, con la etiqueta copas de vino de Borgoña, más dos cajas de flautas de champán,

aunque ya tenía flautas Elegancia. Las copas que permanecían a la espera sobre un ridículo mantelillo, aquellas copas multiusos como si tratáramos con personas puntillosas con las normas a quienes mi aburguesamiento obligaba a complacer, aquellas copas que no hallarían acomodo en ningún armario, sin contar todas las que se añadirían cuando salieran del lavaplatos, me atormentaban, se condensaban en una imagen monstruosa para formar una bola de angustia. Aquello era, me dije escrutando el parking difuso, la demencia de la inquietud y de la anticipación que ataca a los viejos. Estresarse por la hipótesis del problema. Mi madre sacaba el ticket doscientos metros antes de la parada de autobús. Caminaba con el ticket en la mano, apretado en su guante de lana. Ídem con el dinero preparado en la cola de cualquier comercio. Alguna vez he hecho lo mismo. Hay que prevenir cualquier eventualidad, balizar el terreno. Cuando mi madre iba a pasar unos días a casa de su prima en Achères (directo desde Asnières), la maleta estaba ya en el suelo, abierta y con alguna ropa metida una semana antes. Yo lo hago también, con una antelación sólo un poco más razonable. Llegaron dos coches casi al mismo tiempo. Se apearon unos hombres. Se formó un racimo de gente en torno a la puerta. Dije, ¿quiénes son?

–El oficial de la policía judicial y la PTS.

–¿La PTS?

–La policía científica.

El racimo se disgregó. Dos policías de uniforme se dirigieron hacia nosotros. Los demás entraron en el edificio. Los tipos con vaqueros y cazadora salieron enseguida, corrieron hacia el coche camuflado, entreví a Jean-Lino, más bajo que los otros, con su cazadora de Zara y su pantalón de pinzas. Las portezuelas restallaron y el coche arrancó ruidosamente con las luces puestas.

Los racimos se hacen, se deshacen. Puede contemplarse así la vida de los hombres. Nos marchamos también en el coche de la policía. Nos veía pasar reflejados en los escaparates con la luz giratoria y la sirena estridente. Resulta irreal verse transportar a toda pastilla, al igual que ver desfilar el propio tren en otro. En la comisaría, me bajaron a un entresuelo. Me sentaron en un banco de hierro al que estaban prendidas unas esposas. Sólo me sujetaron una mano. Esperé un rato y luego me llevaron a un despacho. Me dijeron que podía guardar silencio, ver a un médico, a un abogado y avisar a mi familia.

Pedí que llamaran a Pierre. Dije que no tenía abogado y que podían traer al que quisieran. Una mujer volvió a cachearme y me raspó el interior de la boca. En el pasillo me preguntó si quería ir al baño antes de que me condujeran a la celda (¡la celda!). Cagadero rudimentario a la turca. Hace unas horas estabas cortando un bizcocho de naranja con tu vestido ondulante, pensé. Entré en la celda destartada con un banco al fondo. En el suelo de linóleo había un colchón y una manta de lana naranja doblada encima. La mujer me dijo que podría descansar un rato mientras llegaba el abogado, que sería sobre las siete. Cerró la puerta con un ruido incongruente de cerrojos y cerraduras. La pared que daba al pasillo, incluida la puerta, estaba totalmente acristalada con barrotes. Me senté en el banco. ¿Estaría Jean-Lino por allí cerca? Y la pobre Lydie en la maleta... El pañuelo torcido y el cabello alborotado, la falda toda arrugada. Todos esos aderezos de golpe inútiles. Los Gigi Doll rojos, tirados en la tumba. Hace un mes murió un compañero de Pierre. Étienne llamó para avisar a Pierre pero cogí yo el teléfono. Me dijo, ¿sabes quién es Max Botezariu? –De nombre. –Acaba de morir, fulminado en el metro. –Buena muerte, dije yo. –Ah, ¿a ti te gustaría una muerte así? –Sí. – ¿No te gustaría verla llegar, prepararte como La Fontaine, *sintiendo llegar la muerte hizo venir a los suyos*? –No. Me da miedo la degradación. Se hizo un silencio al otro extremo del hilo y después dijo, de todas formas es mejor morir acompañado. O quizá no, si bien se mira. Me eché la manta naranja sobre las rodillas. Raspaba. Cerré los faldones del abrigo para taparme bien.

Bien... En el cuchitril donde veo al abogado todo es gris. El embaldosado del suelo, las paredes, la mesa, las sillas. Todo. Las dos sillas están clavadas al suelo, al igual que la mesa. No hay ninguna ventana. Una luz horrenda. Antes me habían traído un tentempié compuesto por un zumo de naranja y una galleta seca. Gilles Terneu, abogado. Tenía el pelo largo entrecano cepillado hacia atrás, más un conjunto de bigote y perilla bien esculpido. Un hombre acicalado, como hubiera dicho mi madre, que contaba con su aspecto desde el amanecer. Me avergonzaron un poco mi Kitty y mis zapatillas, pero sobre todo el abrigo que me llegaba a medio brazo. Abrió su cartera, extrajo un bloc de notas y un bolígrafo. Dijo, bien... Señora, ¿tiene usted idea de por qué está aquí? Pese a estar agotada, yo sabía por qué estaba allí. Le relaté los acontecimientos. Bueno, me refiero a la versión oficial mínima.

–¿Cuál es su relación exacta con ese hombre, señora?

–Es un amigo.

–Señora, usted sabe que nos hallamos ante un caso criminal. La investigación que se va a llevar a cabo será muy concreta, y eso incluye su vida. No crea que en la situación actual puede usted ocultar cosas, porque en un momento u otro saldrán a la luz.

–Es un amigo.

–Un amigo.

–Es un vecino con el que tengo amistad.

–¿Sospechaba usted algo?

–¿Se refiere...?

–A cuando ha mirado por la mirilla.

–Cuando mi marido le ha sugerido que llamara a la policía, lo he notado vacilante...

–No estaba usted segura de que llamaría a la policía...

–No... No estaba totalmente segura de que llamaría a la policía... Y al ver bajar el ascensor..., cuando no había visto ni oído nada fuera, ya que también miraba por la ventana...

–¿Iba usted en pijama?

–Sí.

–¿Y su marido? ¿No la ha oído bajar?

–Mi marido dormía.

–¿Sigue durmiendo?

–No lo sé. He pedido que lo avisen.

–¿Duda su marido sobre la naturaleza de su relación con ese hombre?

–No. No, no.

–Disponemos de poco tiempo, señora, disponemos de media hora, y, al salir de esta entrevista, va a interrogarla la policía, probablemente la va a carear con su vecino, el señor...

–Manoscrivi.

–Manoscrivi. Cabe esperar, claro está, que ambas versiones no se contradigan... ¿Cree usted que él puede declarar algo distinto?

–No... No hay ningún motivo.

–Bien. Lo que suele aconsejar un abogado, por regla general, es decir lo menos posible a la policía, para no quedar atrapada posteriormente por sus propias declaraciones. No obstante, su versión parece plausible, puede que le convenga expresarse abiertamente. O sea, entrar en los pormenores. Pero

insisto en advertirle, señora, de que lo que va a declarar le será objetado constantemente como verdad esencial.

—Es la verdad... Hay un elemento del que no le he hablado... Que no cambia nada pero quiero decirlo todo... En realidad hay dos elementos... Abajo, cuando yo estaba abajo, en el vestíbulo, intentando convencerlo de que llamara a la policía, nos hemos cruzado con una vecina...

—¿Una mujer a la que usted conoce?

—Sí, una chica a la que digo buenos días, buenas tardes, es la hija de...

—¿No se ha sorprendido de encontrárselos a las tres de la mañana?

—Nos ha dado las buenas noches, volvía sin la menor duda de una fiesta...

—¿Están al tanto los vecinos del edificio de sus lazos de amistad?

—No estoy segura. Probablemente sí.

—¿Se ha mostrado sorprendida?

—No, no, en absoluto.

—La situación era bastante normal...

—Normal. Se notaba que quería refugiarse de la lluvia, ha tomado enseguida el ascensor, ha sido cosa de dos segundos. No hemos hecho más que cruzarnos... Y la otra cosa, antes de llamar a la policía, Jean-Lino Manoscritti ha querido poner a su gato en sitio seguro. O sea que hemos vuelto a subir, hemos cogido al gato y lo hemos dejado en nuestra casa. Su gato está ahora en casa.

—Lo cierto es que dedica mucha atención a la vida de ese hombre...

—Sí...

—¿Y dice que solamente los unen lazos de amistad?

—Sí.

—¿No cree que ha podido usted dejar rastros de una relación que podría ser de una naturaleza distinta a como la describe?

—No.

—¿No han intercambiado correos, por ejemplo? Van a comprobar sus cuentas de correo.

—Ningún mensaje.

—Y no cree que él siente algo... ¿Cree que están ustedes en la misma longitud de onda?

—Eso no puedo decirlo, pero nunca ha dado muestras de nada...

—No existe ningún elemento material del que pueda inferirse que se trata de una relación amorosa cuando usted la califica de...

–Ninguno.

–Por ejemplo, ¿nunca ha sentido celos su marido de esa relación?

–Nunca.

–¿Tiene alguna razón para ayudar a ese hombre en un asunto criminal?

–En absoluto.

–Le van a hacer esta pregunta: cuando se ha enterado usted de que ese amigo ha matado a su mujer..., ¿hasta dónde habría llegado si le hubiera pedido que le ayudara?

–No me ha pedido que le ayudara.

–Si se lo hubiera pedido...

–¿Ayudarle cómo?

–No, señora. En este caso debe decir: no le he ayudado, la prueba es que le he animado a llamar a la policía. ¿Quién ha llamado a la policía? ¿Él o usted?

–Los dos.

–¿Qué quiere decir con los dos? ¿Quién sostenía el teléfono?

–Él. He marcado el 17 y le he pasado el teléfono...

–¡Ah! Ha marcado el 17.

–Sí.

–Si no se hubiera encontrado a la vecina, ¿habría marcado el 17?

–... Sí, claro.

–Sobre ese punto, señora, no tiene usted que dudar un instante.

–Sí, claro.

–Es importante.

–Sí, sí.

–O sea que usted sabía que él estaba intentando huir...

–No, no lo sabía.

–Ha sido al bajar cuando...

–He visto parpadear la luz del ascensor y entonces he llamado. He llamado, y como no he obtenido respuesta, cuando el ascensor se encontraba justo debajo y sabía que podían oírme, he abierto la puerta de la escalera. He oído que bajaba alguien corriendo. Sé que mi vecino utiliza la escalera y que nadie más lo hace. He pensado que pasaba algo raro. He bajado, he abierto la puerta del vestíbulo y lo he visto sacar el maletón rojo del ascensor... Entonces he comprendido lo que sucedía. Porque he visto la maleta enorme y abultada... Pero cuando he bajado no sabía lo que me iba a encontrar.

–Aunque sabía que estaba esperando a la policía que no llegaba.

–Sí... Pero podía ser otra persona la que estuviera en el ascensor...

–Y ha sido entonces cuando le ha dicho: ¡para!

–Sí... No, le he dicho: ¿qué está usted haciendo? ¿Qué hay en la maleta?

–Antes de cruzarse con la vecina, ha intentado enseguida convencerlo de que no huyera.

–Lo primero que he hecho ha sido arrancarle el bolso, llevaba un bolso y había un abrigo echado sobre la maleta, he cogido el bolso y el abrigo, he dicho, ¿qué está usted haciendo, está loco? Y luego ha llegado la vecina... La vecina ha facilitado las cosas...

–¿Le ha dicho él que estaba su mujer en la maleta...?

–No... No lo recuerdo... Se suponía.

–¿Y no le ha costado convencerlo...?

–No me ha costado, ehem... No... No me ha costado convencerlo.

–Pero de no ser por usted él se habría ido.

–No puedo afirmar.

–¿Ha sido determinante para él la llegada de la vecina? De no haber aparecido la vecina, ¿no habría conseguido convencerlo?

–No puedo contestar a eso.

–No lo sabe.

–No.

–¿Cuánto hace que lo conoce?

–Tres años.

–¿Una relación de amistad?

–De amistad.

–¿Con intimidad...? ¿Confidencias?

–No... Nos tratamos de usted.

–¿Le ha hablado alguna vez de los problemas que tenía con su mujer?

–No. No tenía problemas. Bueno, eso creo. Nunca me lo ha comentado.

–¿Qué relaciones mantiene usted con su mujer?

–Muy cordiales. Estaba en mi fiesta. Ha sido todo muy agradable.

–¿La aprecia?

–Sí...

–¿Qué actitud se tiene con una pareja cuando se es amigo de uno de los dos? ¿Está usted segura de que no había...? ¿No cree que podía haber una historia de celos por parte de ella, dados los vínculos que la unían con él?

–Me ha comentado un poco cómo había transcurrido la fiesta y yo no tenía

nada que ver con...

–¿Nada que ver?

–Nada.

–¿Es la primera vez que invita a la pareja?

–Sí...

–O sea que existe una relación especial entre ese hombre y usted, una relación que no se basa en las confianzas.

–No.

–¿En qué se basa esa relación?

–Se basa en la confianza, pero sobre cosas del pasado... La infancia, nuestras infancias respectivas, la vida en general, pero no hablábamos de nuestras relaciones conyugales. Ya nos habíamos visto con ellos mi marido y yo. Lydie cantaba en clubs de jazz, era su hobby, y Jean-Lino nos llevó a escucharla. Todos guardamos muy buen recuerdo de aquel día.

–Luego es una relación en la que no existe nada oculto... Me permito insistir, señora, sobre todo no juegue con eso. Si llegaran a descubrir que los vínculos no son los que usted describe, la cosa se pondría fea.

–Nuestros vínculos son claros.

–Van a interrogar a su marido. ¿Confirmará la naturaleza de las relaciones que usted mantenía con ese hombre?

–Desde luego.

–Se muestra usted muy segura, ¿descarta cualquier manifestación de celos por parte de su marido? Ya sabe que una relación de amistad entre un hombre y una mujer puede...

–No. No existen celos.

–Disculpe la pregunta señora, pero ¿ha tenido ya algo que ver con la justicia penal?

–Nunca.

–¿Y su marido?

–Tampoco.

–¿Y su vecino?

–No. Que yo sepa, no.

–¿Está segura?

–Por lo que respecta a mi marido y a mí estoy segura.

–¿Y confía totalmente en ese hombre?

–Sí.

—¿Cuál ha sido su reacción cuando se ha enterado de que había cometido un asesinato...? ¿Ha temido por él? ¿Estaba preocupada por él?

—Sí.

—Pero usted cree que las razones que él alega, y que le ha dado, pueden invocarse de cara a la justicia... ¿Pensó que lo mejor para él era entregarse?

—Sí. Pienso que ha tenido que suceder algo descabellado. Quizá el hecho de nuestra fiesta, en la que todo el mundo había bebido un poco... Pienso que ha sido un accidente espantoso. Un acceso de locura. Él no tenía en absoluto la intención de matar a su mujer.

—Luego lo mejor será que explique lo que pasó.

—Claro.

—¿Se le ha pasado por la cabeza que él la acuse de haber querido ayudarle a huir? ¿O a ocultar el cuerpo de su mujer?

—No.

—Señora, desde el momento en que se les ha visto juntos, obran en su poder el abrigo y el bolso, se puede pensar que usted le va a ayudar, y eso es lo que hay que impedir. ¿No puede acusarla él de eso?

—No.

—¿No puede acusarla la vecina?

—La chica no podrá decir más que lo que ha visto. Lo confirmaré. Nos ha visto a los dos en el vestíbulo, a él junto a la puerta y a mí detrás sosteniendo el abrigo y el bolso.

—¿Hablaban ustedes?

—No. La he oído llegar. No estábamos hablando. De hecho, nos hemos quedado petrificados al verla, todo hay que decirlo. Lo cierto es que yo me he quedado petrificada porque, al fin y al cabo, había un muerto en la maleta.

—Eso puede decirlo.

—Me he quedado petrificada por él e incluso por mí, la verdad. Al fin y al cabo era consciente de hallarme... de hallarme en una situación en la que no debería haberme hallado. Porque además la maleta es nuestra.

—¿La maleta es de ustedes?

—Sí. Se la había prestado a Lydie hacía unos días. Quería llevarse cosas a su consulta.

—¿No tienen maletas los vecinos?

—Quería llevarse ropa blanca y cojines que ocupaban espacio. Una maleta grande le evitaba además tener que ir y volver.

–¿Y estaba al tanto su vecino de ese préstamo?

–No lo sé. La vería en su casa.

–Bien. Le recuerdo que todo cuanto declare luego a la policía quedará registrado y la responsabilizará en un futuro. Todo quedará supeditado a su buena fe y a su capacidad de convencer. Su versión se aguanta. Tiene un fondo de verdad. Pero le hago hincapié en que no dejarán ningún cabo suelto, registrarán su domicilio, interrogarán a su marido... ¿A qué se dedica usted, señora?

–Soy ingeniera de patentes, en el Instituto Pasteur.

–¿Han sido testigos de algo las personas que se hallaban en su fiesta? ¿Algún problema de pareja? Seguramente los interrogarán.

–No lo sé... Yo he sido testigo de algo pero no sé si debo mencionarlo... No sé lo que querrá declarar él...

–Ándese con ojo, señora, porque si da la sensación de que no colabora para protegerlo, se meterá usted en un terreno...

–Bueno pues, en un momento dado, la conversación ha girado sobre un tema que a ella le toca la fibra, se lo comento, abogado, aunque pueda parecer una memez, la conversación ha girado en torno a un pollo ecológico. Él se ha burlado de ella porque ella le había preguntado a un camarero en un restaurante si el pollo se había encaramado, en fin, si había llevado una vida normal, ese tipo de cosas... Ha querido hacer reír a los asistentes con ese tema y a renglón seguido todo el mundo ha notado que surgía una tirantez entre ellos.

–Supone usted que el conflicto ha comenzado entonces.

–Es posible... Ella le ha echado en cara, al volver a su casa, que la hubiera humillado delante de todo el mundo. La discusión ha ido a más y, en un momento dado, que no puedo explicar, él lo hará mejor que yo, ella le ha dado una patada al gato... Él la ha cogido, le ha apretado el cuello...

–Me está usted diciendo que han empezado a pelearse cuando ella ha defendido el bienestar de los animales, y él la mata porque ella le propina una patada al gato.

–Creo que los animales no tienen nada que ver con todo eso. Quiero decir que en el fondo no estaban enfrentados... Cuando una pareja se pelea, las opiniones suelen servir de pretexto... No creo que ella quisiera hacerle daño al gato. Él ha querido agredirla pero no matarla. Puede que ella haya muerto de un ataque al corazón. Él no es un criminal, es un hombre muy dulce.

–Señora, no creo que le interese convertirse en su abogada.

–Se lo digo a usted.

–Conforme, pero no merece la pena que lo defienda a capa y espada. Tiene usted una relación de vecindad que se ha convertido en una relación de amistad. Acude usted en su ayuda para que no huya de sus responsabilidades porque piensa que eso sería peor. Punto. Como puede comprender, es usted sospechosa de complicidad y de ocultación de cadáver.

–¿A qué me expongo?

–Nunca la han condenado. Tiene un trabajo. Todo depende de lo que él declare. ¿Han avisado a su marido?

–En principio, sí.

–¿Qué va a declarar su marido? Cuando han subido a su casa, ¿por qué no le han exigido que llamara de inmediato a la policía?

–Se lo hemos exigido. Bueno, se lo ha exigido mi marido.

–¿Y han bajado ustedes cuando él todavía no había llamado?

–Ha dicho que quería estar solo, que necesitaba un poco de tiempo. Mi marido, de repente, ha considerado que no pintábamos nada allí, que habíamos cumplido con nuestro deber y que no nos correspondía a nosotros llamar a la policía. Y hemos bajado de nuevo a casa.

–En realidad, ¿por qué ha bajado el señor Manoscrivi a casa de ustedes tras matar a su mujer?

–Supongo que no podía quedarse solo...

–¿Saben sus compañeros de trabajo de su existencia?

–No.

–Durante la fiesta, ¿ha dejado el comportamiento de usted el menor...?

–No.

–¿Puede la vecina referirse a alguna actitud ambigua? ¿Estaba usted cerca de él cuando ella los ha visto?

–No, vamos, a una distancia normal.

–... Las sospechas de la policía pueden consistir en que ha sido la llegada de la vecina lo que la ha obligado a avisar a la policía, y que no era ésa su intención. ¿Cómo desmonta esa teoría?

–¿Qué iba a hacer yo en zapatillas y pijama, sin nada...?

–¿Cuánto tiempo ha transcurrido entre el momento en que ha bajado y en que ha avisado a la policía?

–Media hora... Ni siquiera. Lo que me ha costado convencerlo, ir a buscar

al gato y dejarlo en nuestra casa.

–Aun así, ha sido la presencia de la vecina la que lo ha inducido a entregarse.

–No puedo decir lo contrario.

–¿Ha ido con frecuencia a casa de su vecino?

–Casi nunca. Puede que una vez. Hoy mismo. Bueno ayer, con Lydie, para recoger unas sillas. Lydie me prestó sillas para la fiesta.

–Bien. Van a someterla a un interrogatorio. Que no va a resultar forzosamente fácil, es posible que jueguen un poco con sus nervios y que la interroguen dos personas al mismo tiempo, porque puede existir una sospecha no de complicidad en el acto criminal sino después. Que haya intentado ocultar el cadáver, etcétera. O sea que ándese con ojo en esa parte. Lo que usted dice se sostiene. No creo que puedan retenerla más de veinticuatro horas. Si el señor Manoscritti corrobora su versión y si su marido no declara cosas que se presten a un mínimo de confusión, saldrá esta noche.

Salí al caer la noche. Pierre acudió a buscarme. Había prestado declaración a lo largo de la tarde. Devolví el abrigo levita. Estaba libre. Al parecer, Jean-Lino confirmó que había actuado en solitario. Ahora había desaparecido, atrapado en un agujero negro. En el coche, Pierre estaba enfurruñado. En vez de darme ánimos. Parecía cansado y triste. Me dijo que no le gustaba ese asunto. Yo dije que no veía cómo podía gustarle. Me preguntó qué había hecho en realidad.

–He hecho lo que he contado. Nadie entiende que pudieras irte a dormir – dije.

–Había bebido demasiado. Estaba cocido.

–No habrás mencionado lo del cuarto de baño.

–¿Me tomas realmente por gilipollas?

–Me ha dado miedo que lo hicieras, para exonerarme.

–¿Le ayudaste?!

–¡No!

–Explícame lo de la maleta. Explícamelo bien.

–Le había prestado la maleta a Lydie para transportar cosas a su consulta.

–¿Cuándo?

–No sé... Hace unos días.

–¿Él ve una maleta en su casa y piensa, hombre, el tamaño es el adecuado,

meteré dentro a mi mujer?

–No podía preverlo.

–¡Mi Delsey, joder!

–Lo siento...

–Y bravo por lo del gato. A punto estuve de que me diera un ataque. Podía haber habido dos muertos anoche.

Poco antes de que yo llamara a la policía, se había levantado para buscarme por el piso. En la entrada, pisó una cosa blanda. Era el rabo de Eduardo, que asomaba por el mueble. Éste soltó un gemido estridente. Pierre, aterrado, pulsó el interruptor y descubrió al gato, el hocico pegado al suelo, el resto del cuerpo oculto bajo el mueble, mirándolo también con ojos de espanto. Cuando llegamos al parking, alcé la cabeza. Contemplé el edificio. Nuestro piso, el de encima. Pensé, ya no hay nadie allí. Las ramas de la mimosa se balanceaban suavemente. Dije, ¿quién se ocupará de las plantas?

–¿Qué plantas?

–Las plantas de Lydie.

–Nadie. El piso está precintado.

Eso me dejó consternada. La mimosa, los crocus, los brotes, toda aquella vida naciente que había visto la víspera en las macetas dispares. Y la veía a ella, inclinada sobre su trocito de jardín, cogiendo el crocus de pasmosa blancura entre sus dedos para mostrármelo. Salimos del coche. Vi el Laguna estacionado en el mismo sitio. El vestíbulo estaba vacío. Impersonal como antes. Tomamos el ascensor. Nuestro piso estaba impecable. Pierre había limpiado la cocina. Había hecho un sitio para la caja de arena del gato y la mesa estaba puesta para dos. No me esperaba tal amabilidad. Era justo lo que me faltaba para echarme a llorar.

No sé ya cuántas veces me interrogaron posteriormente. Los investigadores de la comisaría, los de la brigada criminal, el investigador de personalidad (se había adjudicado otro nombre pero lo he olvidado; no entendí si investigaba mi personalidad o la de Jean-Lino), el juez de instrucción. Sobre el desarrollo de los hechos, casi siempre las mismas preguntas. Con algunas variantes. ¿Por qué le había ofrecido un coñac al presunto autor en vez de socorrer a su mujer? ¿Habíamos tocado el cuerpo? (Menos mal que le había puesto el pañuelo, dije también que le había tocado las piernas mientras Pierre le tomaba el pulso.) El juez de instrucción, que me cae bien, me preguntó, en

estos términos, cómo era que a mi marido no se le había ocurrido nada mejor que hacer que irse a la cama, cuando acababa de descubrir el cuerpo difunto de su vecina. Y por supuesto la pregunta que se repitió una y otra vez, bajo todas las variantes, después del abogado fue, ¿qué habría hecho de no haber aparecido una tercera persona? Pero el terreno que no había explorado Gilles Terneu, y que todos quisieron hacerme recorrer hasta la náusea, fue el de mi vida. ¿Qué contaba la tal Élisabeth Jauze, Rainguez de soltera, nacida en Puteaux? Eso recibe el nombre de identidad definitoria, al parecer, en lenguaje policiaco. Se trata de sacar a la luz todo lo que uno ha ocultado cuidadosamente. De reescribir con caracteres nítidos todo cuanto uno ha tachado. Infancia, padres, juventud, estudios, buenos y malos derroteros. Se asomaron a mi vida con un celo ridículo. Es la impresión que me da. Una aplicación ridícula para construir un material falso. Un pequeño bagaje de sociología que incorporarán al dossier y que no dirá nada. La justicia habrá cumplido con su tarea. A mí aquello me evocó imágenes. Ignoraba que seguían allí en algún lugar. El café de Dieppe, la gruesa máquina dormida, decorada para la fiesta, que despertábamos en medio de la niebla, no sabía que seguía llevándolas conmigo. No se puede entender quién es la gente al margen del paisaje. El paisaje es capital. La auténtica filiación es el paisaje. Tanto la habitación como la piedra que la recorta en el cielo. Es lo que me enseñó a ver Denner en las fotografías llamadas de calle, cómo ilumina el paisaje al hombre. Y cómo, en contrapartida, forma parte de él. Y puedo decir que eso es lo que me gustó siempre de Jean-Lino, cómo llevaba consigo el paisaje, sin defenderse de nada.

Al día siguiente fui al Pasteur como si todo fuese normal. Comí en la cantina con Danielle. Por teléfono, sólo nos habíamos dicho que teníamos cosas que contarnos. Encontramos un sitio junto a una ventana, depositamos nuestras bandejas, yo dije, ¿quién empieza primero?

—Venga, tú.

—No vas a quedar decepcionada.

Era todo oídos.

—¿Te acuerdas de la pareja que estaba en casa el sábado por la noche, una mujer con melena naranja y su marido?

—Sí, vuestros vecinos.

—Nuestros vecinos. Él la estranguló por la noche.

–¿Está muerta?!

–Pues sí.

Cualquier otra persona habría puesto cara de terror. Pero no mi Danielle, a quien se le iluminó.

–¿No?!

No tenía la menor idea de mi relación con Jean-Lino. Le conté la noche (la oficial, ni que decir tiene). Un relato muy brioso. Alentada por su benefactora frivolidad, pulí los golpes de efecto. El timbre, el gato, la maleta, el vestíbulo, la poli, la celda... De vez en cuando, Danielle decía, qué fuerte, o un comentario similar. Estaba lanzada.

–¿Y qué haréis con el gato?

–No lo sé. No hacemos buenas migas.

–Podemos endosárselo a mi madre.

–¿A tu madre...?

–Vive en una planta baja en Sucy. Hay un jardincillo delante, el gato estará encantado.

–¿Y ella?

–La hará olvidarse de Jean-Pierre. Le encantan los gatos, ya ha tenido alguno.

–Coméntaselo...

–La llamo esta noche.

–Bueno, ¿y tú qué? ¿Qué tal con Mathieu Crosse?

No había acabado de pronunciar el nombre de Mathieu Crosse cuando una capa de abatimiento se me vino encima. Aquello era cotilleo contra cotilleo, mientras dábamos cuenta de la tarta de limón, el vecino delirante contra el amante potencial. Jean-Lino, perdón. Pero Danielle es ladina. En vez de detallar su noche del sábado, con esa facultad que poseemos las mujeres de espesar la menor anécdota amorosa, de conferir un peso a cualquier palabra o pormenor insignificantes, se esforzó en relativizar su interés. Lo que hubiera tenido que hacer nuestras delicias y ser el hilo de una trama inagotable se transformó en un pequeño relato casi triste. Danielle había acompañado a Mathieu Crosse en coche. Se había parado en doble fila delante de su casa. Él había tenido la delicadeza (habida cuenta, creía ella, de su situación de semiduelo) de no proponerle que subiera. Conmovida por esa atención, y tras algunos achuchones incómodos en los asientos delanteros, había aparcado como es debido. Él tuvo que confesar que ese fin de semana tenía en casa a

su hijo de dieciséis años. El chico había salido pero volvería en cualquier momento. Una cosa llevó a la otra y se encontraron en el piso como dos ladrones temerosos de ser sorprendidos. A eso de las cuatro de la mañana, desalojada de la casa por la llegada del muchacho, Danielle volvió a la suya más o menos alterada. ¿Te gusta?, dije.

–No lo sé.

–Mentirosa.

–Me cae bien.

La informé de que la brigada criminal la interrogaría como testigo al igual que a Mathieu y a todos mis invitados. No se oponía lo más mínimo.

Georges Verbot fue el único en no mostrar sorpresa cuando los avisamos. Esa mujer parecía buscárselo, dijo. Claudette El Ouardi salió de su reserva para decir que había notado que el tal Manoscrivi tenía algo raro. Lo había observado ya en el rellano cuando se había presentado soltando una incomprensible humorada. Más adelante, se sintió incómoda ante su euforia cuando Gil Teyo-Diaz chinchó a Mimi. Su remedo del pollo agitando las alas la consternó, tanto por la vulgaridad del gesto como por las palabras. Sin imaginar un desenlace tan atroz, sintió cernerse la locura tras aquella payasada. Todas aquellas observaciones, pronunciadas por teléfono con voz monótona, me hicieron sentir hasta qué punto me hallaba más próxima a un Jean-Lino que a una Claudette, cuyo envaramiento hasta entonces achacado a una forma de introversión científica me parecía revelar súbitamente un lamentable conformismo. Antes de convertirse en una espingarda y de desperdiciar su vocación, Jeanne hacía ballet. Fui a verla con nuestros padres a una gala de fin de año. Realizó un pequeño solo en el proscenio que todo el mundo aplaudió. Después hubo un pisolabis en el refectorio de la Casa de la Juventud. Mis padres conversaron con otros padres que los felicitaron. Mi padre no estaba acostumbrado a aquello. Creyó que saldría adelante bromeando. La gente sonreía amablemente. Yo notaba que las bromas eran desafortunadas, pero él se excitaba sin darse cuenta de nada. En un momento dado dijo riéndose, con las narinas rojas y dilatadas, que esperaba poder ponerla a bailar pronto en la calle con un sombrero. La gente le dio la espalda y al poco estábamos solos los cuatro. En otra ocasión, mi profe de música del instituto organizó una salida al Olympia para ir a ver a Michel Polnareff. Mi padre nos llevó desde Puteaux a dos compañeras y a la madre de éstas. En el

4L de Sani-Chauffe, que era en realidad nuestro coche habitual, dijo, ¡me gustaría que me explicaran por qué el Ministerio de Educación os envía a aplaudir a ese mariquita! Cuando mis compañeras estaban entrando en la adolescencia y se cruzaba con alguna de ellas en casa, le palpaba el trasero o le agarraba un pecho exclamando, ¡bueno, bueno, cómo crece todo esto, te estás haciendo mayorcita, Caroline! La compañera se reía convulsivamente y yo decía, ¡oye, papá! Él se tronchaba, ¡no pasa nada, si sólo examino la mercancía, no es nada malo! Hoy iría directo al trullo. Mi padre me avergonzaba con frecuencia, pero nunca pude pasarme al otro bando. Ningún personaje sobre fondo neutro me interesó nunca. Aparte de Danielle, y luego Emmanuel y Bernard, no dimos ningún detalle sobre el asunto. No hablé con nadie de mi implicación, ni de mi estancia en la comisaría. Ni siquiera con Jeanne, devorada de todas formas por su pasión erótica. Catherine Mussin fue la única en decir *pobre* refiriéndose a Lydie. Los demás consideraron el acontecimiento abstractamente horrible y mostraron curiosidad por los pormenores y el porqué. He de confesar que experimenté cierta delectación anunciando la cosa. A nadie le molesta ser portador de una noticia sensacional. Pero no debería haber traspasado ese límite. Poder colgar enseguida el teléfono y no verme arrastrada a ningún cotilleo. No existe pureza en la relación humana. *Pobre*. Me pregunto si es la palabra adecuada. Tan sólo podemos someter a los seres vivos a los criterios de nuestra condición. Es absurdo compadecerse de un muerto. Pero podemos compadecernos del destino. La amalgama del sufrimiento y de una probable inanidad. Sí. En ese sentido *pobre* es adecuado. Puedo decir *pobres* refiriéndome a mi padre, a mi madre, a Joseph Denner, a la pareja de Savannah, al testigo de Jehová ante el inmenso muro, a algunos desaparecidos de mis libros en blanco y negro, a los trajeados como reyes de San Michele entre las flores artificiales cuya existencia se adivina que no fue siempre color de rosa, a los innumerables oscuros de antaño, a todos aquellos cuya muerte arrastran los periódicos al sinsentido total. Me viene a la mente esa frase de Jankélévitch respecto a su padre, *¿Qué sentido tiene ese paseo que le hacen dar por el firmamento del destino...?* ¿Podemos llamar pobre a Lydie Gumbiner? En su mundo de colores, Lydie Gumbiner había flotado por encima de las vicisitudes. No puedo pensar en ella más que en movimiento, la veo atravesar el parking contoneándose con su indumentaria como una mujercita fugaz de George Grosz, o toqueteándose el hueco de la garganta

entre una turbulencia de cabello. En su desplegable, estaba escrito: la voz y el ritmo son más importantes que la letra y el sentido. Lydie Gumbiner había cantado, militado, hecho girar su péndulo, a su manera había eludido la nada.

La madre de Danielle aceptó quedarse con Eduardo. Convinimos llevárselo el domingo siguiente a Sucy-en-Brie. Entretanto, solucioné una cosa que me torturaba. Tras observar atentamente la fachada de nuestro edificio, subí a casa del vecino del sexto, el señor Aparicio, un jubilado de Correos poco dado a conversar. Al pasar ante la puerta de los Manoscrivi, descubrí los precintos de cera y la ficha amarilla donde en la línea de infracción aparecía escrito *homicidio voluntario*. El señor Aparicio es calvo pero luce detrás una pequeña coleta. Un toque de modernidad que me infundió valor. Le expuse mi proyecto, que consistía en conectar en su casa una manguera rematada con una pistola que permitiese regar desde su balcón el de los Manoscrivi. No le pido que lo haga usted, señor Aparicio, dije, subiré yo misma a hacerlo, si me lo permite, dos veces por semana, a la hora que le convenga, por la mañana temprano o por la noche. Al cabo de varios minutos, y tras escuchar mi perorata, me dejó pasar. Fuimos al salón y abrió la ventana. Nos asomamos a la barandilla, dije, fíjese qué bonitas todas esas plantas, la lluvia no llega ni a la mimosa. En su balcón había una bicicleta, una mesa y herramientas. En lo tocante a vegetación, dos o tres macetas vagamente terrosas y un viejo helecho. ¿Dónde conectamos la manguera?, dijo. En la cocina, contesté.

—Hará falta una de quince metros.

—¡Sí, claro! ¡Gracias, señor Aparicio!

No me invitó nunca a un café y nuestras conversaciones se limitaron prácticamente a cuestiones meteorológicas. Le estoy doblemente agradecida. Primero por no haberse mostrado quisquilloso con el drama (ni siquiera el día en que la brigada interrogó a los vecinos) y segundo por no haber querido reemplazarme en el asunto del riego. Compré una excelente manguera extensible con conexión universal y pistola regulable que permitía rociar desde lejos. Aparicio la enchufa él mismo al grifo del fregadero y la desenrolla antes de que llegue yo. Podría hacerlo a cualquier hora y liberarse de la servidumbre de nuestros encuentros. Debió de advertir el fetichismo que me vincula a esa tarea y lo ha respetado siempre. Desde su desalojo, Eduardo se había encerrado en una morosidad hostil; erraba de un mueble a otro, acurrucado debajo o pegado a los rincones oscuros. Con todo, consentía en

comer y Pierre había conseguido endosarle los últimos comprimidos de Revigor 200 triturados y mezclados con paté de atún. Al volver a casa, el día de nuestro periplo a Sucy, presencié esta escena: la caña de pescar había cobrado movimiento desde el interior del retrete. En el pasillo, Eduardo seguía apáticamente los caprichos de la cola de leopardo. Al verme salió huyendo, mientras Pierre, sentado en cueros en la taza del váter, concentrado en su tablero magnético de ajedrez y el estudio correspondiente, seguía agitando la caña con una mano. En Deuil-l'Alouette tenemos una tienda Raminagrobis que vende material para gatos y perros. Para llevar a Eduardo a casa de la madre de Danielle, compré un transportín de plástico duro. Elegí el de tamaño mediano por treinta y nueve francos para que se sintiera más cómodo. Todo estaba listo en el recibidor. La bolsa de lona de Jean-Lino con todos los accesorios, incluidos la camiseta, la caja de arena, el flamante transportín con la rejilla abierta a la espera de su ocupante. En cuanto la vio, Eduardo odió el transportín. Quiso huir pero Pierre lo agarró gritándome, ¡cierra las puertas! Lo colocó ante la abertura intentando sujetarlo. Al empujarlo, el gato se resistía, las patas delanteras tiasas y supertensas, resbalaba un poco en el parqué, el transportín retrocedía al mismo tiempo. Intentábamos convencerlo, creo que hasta soltamos alguna palabra italianizada. Eduardo intentaba por todos los medios soltarse, retorciéndose, mordiendo el brazo a Pierre, que me chillaba. Lo soltó una o dos veces y vuelta a empezar. Metimos unos juguetes en el transportín, el difusor Feliway, un poco de pienso. Al gato le traía todo al fresco. Tras veinte minutos de agotadora lucha, a Pierre se le ocurrió poner el transportín en posición vertical, con la rejilla en alto. Cubierto de sudor, harto, agarró a Eduardo y lo dejó caer verticalmente cabeza abajo en la abertura. Hubo un momento mágico cuando vi que habían entrado la cabeza y las patas delanteras. Pierre me dijo sujetando la jaula, ¡ayúdalo, ayúdalo! Lo hundí como pude cerrando los ojos. Cerramos la rejilla de golpe. La jaula estaba sembrada de pienso aplastado, Eduardo chillaba, pero estaba dentro.

La tía no me reconoció. Estaba sentada junto a su andador, con un babero atado al cuello, en un comedor anexo, sin ventanas, sola ante un plato de pescado y patatas machacadas. No esperaba encontrarla cenando a las seis. Necesito hacer un gran esfuerzo para superar ese horario aterrador. Para mí es un modo de librarse de la gente. A esa hora sólo se puede hacer cenar a gente

vulnerable a quien se quiere meter en la cama (en el hospital ya lo están). Me presenté, le dije que ya había estado allí con Jean-Lino. Me miró detenidamente. A veces la mirada de los viejos trasluce cierta autoridad gélida. Se llamaba Benilde. Me habían dicho su nombre en la recepción, Benilde Poggio, pero no me atrevía a pronunciarlo. Abajo me habían dicho, ¡ah, la señora de las Dolomitas! Conozco las Dolomitas a través de Dino Buzzati. Denner leía *Las montañas de cristal*, retratos de alpinistas, de lamentos sobre el deterioro de la naturaleza. Sobre los ascensos que ya no realizaría. Era prácticamente su libro de cabecera. Me leía capítulos en voz alta. Algunos eran obras maestras. Recordé un texto escrito en el momento de la conquista del Everest. *En el viejo castillo, en la punta de la torre más alta, quedaba una pequeña sala donde nunca había entrado nadie. Acabaron abriendo la puerta. El hombre entró, y vio. No hay ya ningún misterio.* La señora de las Dolomitas tiene largas manos gruesas y un poco callosas. Los dedos se mueven a la vez como si estuvieran pegados. Con el tenedor, pelaba el pescado que estaba ya pelado. Le pregunté si la molestaba. Dije, quizá quiere usted cenar tranquilamente. Extendió las patatas y se las fue llevando a la boca. Me pareció que tenía la mente menos agitada que la última vez. Masticaba sin dejar de observarme. A ratos se llevaba el babero a los labios. Me dije que el peluquero se había pasado con el color malva. Y con los rizos. Debían de tener un peluquero en el asilo. No entendía ya qué pintaba yo allí. ¿Qué sentido tiene ese delirio de beneficencia que consiste en visitar a una mujer desconocida que no sabe ni quién eres? La tía llevaba un largo jersey con bolsillos. Hurgó en uno de ellos y extrajo una bolsita de plástico cerrada con un cordel que me alargó. En una lengua desconocida, me dijo que oliera. Oía a comino. ¿Es comino?, pregunté. *Si, cumino.* Quería que volviera a olerlo. Dije que me gustaba mucho el comino. Y también el cilantro. Quiso que abriera la bolsita. El nudo estaba muy apretado y no podía hacerlo con sus dedos anquilosados. Cuando la abrí, me indicó que le echara un poco de comino en el hueco de la mano. Con temblores, señalaba que sólo hacía falta un pellizco. Me hizo oler de nuevo las semillas y las echó riendo en el pescado. Me reí también. Dijo algo que no acabé de comprender pero capté de pasada el nombre de Lydie. Me pareció entender que le había regalado la bolsita Lydie. Nunca había establecido ninguna relación entre la tía y Lydie. Qué estupidez. Era la mujer de Jean-Lino, ¿cómo no iba a conocer a la tía? Me puso delante, con la cuchara, el yogur de limón que estaba preparado en

la bandeja. Se oía ruido de voces en el pasillo, ruido de puertas, de cosas con ruedas. Sin poder decir por qué, eran sonidos nocturnos. Sonidos cerrados que no rebotaban en ningún sitio. Pensé en la vez que Jean-Lino y yo la visitamos, cuando nos habló de sus gallinas, que entraban y se metían por todas partes en su casa. En esta ocasión la tía ya no hablaba de las gallinas, ni de las campanas. Se había acostumbrado a otros hábitos lejos de la vida de las montañas, a mil leguas de las grandes sombras que se hinchan y se encogen. Se había hecho a los muros lisos con sus barandillas de madera, aceptaba ver fundirse el tiempo en cualquier lugar.

Buzzati veía en la inmovilidad de las montañas su atributo supremo. *La razón, a mi entender, es que el hombre tiende a un estado de tranquilidad absoluta*, escribe. Étienne Dienesmann había caminado con sus hijos por los senderos que tomaba en otro tiempo su padre. Hacían pícnicos al pie de las mismas paredes. Alzaban los ojos hacia la misma sucesión de crestas. Desaparecido el padre, todo seguía en su sitio con límpida frialdad. Cada verano, en medio de las risas, sentía su inanidad. Acabó sintiéndola sin amargura.

Querido Jean-Lino, antes de compartir con usted mis elucubraciones sobre el destino de los objetos, debe saber que en Sucy-en-Brie en casa de la madre de Danielle (la conoce usted, la documentalista que volvía del entierro de su padrastro), al parecer Eduardo se ha vuelto simpático. Es la palabra que se ha utilizado. ¿Cambian los animales de naturaleza? Yo me inclinaría más bien por la avenencia fraternal entre dos seres en duelo. Sé que se ha preocupado por ello y que le han mantenido al corriente de su traslado. Según las últimas noticias, pasa los días en el antepecho de una ventana de la planta baja, como esos ancianos de los pueblos del Sur que ven transcurrir la vida desde el umbral de su puerta. Él domina desde allí una parcela terrosa donde pájaros auténticos y ratones auténticos retozan en total seguridad, pues, contrariamente a los temores de su nueva ama, no abandona nunca su puesto. En cualquier caso, si no orgulloso, esté tranquilo a ese respecto. Mi madre murió el mes pasado. En su casa encontré, en una caja, el cascanueces que fabriqué cuando estaba en segundo. Durante un curso experimental, las chicas tuvieron acceso a los talleres de hierro y madera del instituto de chicos. Ninguna eligió el hierro, pero algunas optamos sin pensárnoslo por la

madera para eludir la costura. El profe era un chino con peluca, un chalado. Terminábamos un cuarto de hora antes para tener tiempo de dejar impecablemente ordenadas las herramientas. A poco que la garlopa sobresaliese unos milímetros de la taquilla, se ponía a chillar y a abofetear a los tíos. El año casi entero se destinó a la confección de cascanueces. Los chicos hacían uno de doble panel, una especie de prensa; las chicas, un modelo tipo seta. El mío era bicolor, con un sombrero que parecía un glande, pintado de marrón oscuro. Antes de regalárselo a mi padre, añadí unas nueces en el paquete. De entrada, al ver el objeto, mi padre exclamó, ¡pero si esto parece una polla! Luego se quedó maravillado al ver que funcionaba. A mi padre le gustaban las herramientas y respetaba a los obreros. Enseñaba el cascanueces a todo el mundo, es decir, a su hermana Micheline y consortes, más uno o dos colegas que venían a tomar un trago a casa de cuando en cuando. Quería saber cómo había hecho la rosca del tornillo, si había utilizado una terraja. Decía, pasadme la polla de Élisabeth, y hacía una demostración con todo cuanto tuviera cáscara. Decía, buena rotación, rotura suave, nuez pelada impecable. No me importaba que dijera la polla, incluso me daba risa. Aquello duró un tiempo hasta que el cascanueces cayó en el olvido. Debió de permanecer un poco más en la cocina en algún frutero y desapareció. Nunca pensé que pudiera haber subsistido en algún sitio. Ni me acordaba de él. Ahora reposa delante de mí, al lado de un pimentero comprado hace poco. Parece hallarse extrañamente a gusto. ¿Por qué algunos objetos caducan y otros no? Cuando vaciamos el piso de mi madre, si mi hermana hubiera abierto la caja de zapatos lo habría tirado sin pensárselo dos veces con las demás antiguallas. Lydie creía en el destino de las cosas. ¿Sería tan imposible al fin y al cabo que el cuarzo rosa de su péndulo se le hubiera presentado? (Debo decirle de pasada que cualquier día preguntaré en los restaurantes, y también en la carnicería —adonde voy cada vez menos—, si los pollos han revoloteado, los cerdos retozado, etcétera. Le diré asimismo que desde que recibo los boletines de su asociación, no soporto ver expuesto a un animal como atracción.) Jean-Lino, pese a la vía libre del juez, tan sólo hemos sido capaces de intercambiar palabras breves y por mi parte atrozmente medidas, pese a mis esfuerzos en sentido inverso. Ninguna de mis cartas, me refiero inspirada por un impulso auténtico, ha sido enviada nunca ni ha llegado a despegar. Hasta ahora me ha resultado imposible dar con el tono justo. He partido del principio de que tampoco enviaría ésta. Por

lo tanto me dirijo a usted libremente, como lo hemos hecho siempre, sin preocuparme por la desigualdad que rige nuestras condiciones ni por su estado de ánimo. Igualmente puedo delirar sobre un cascanueces que confesarle, por ejemplo, que durante los primeros tiempos de mi regreso (¡mi regreso!) tuve que luchar contra la sensación de abandono y la melancolía que se abate sobre nosotros cuando un lapso de tiempo concluye y se cierra. No más Manoscrivi encima de nuestras cabezas. Los Manoscrivi en el quinto constituían el orden familiar de las cosas. Sé lo risible que esto puede parecer en relación con las noticias del mundo. Pero lo que ha desaparecido con ustedes es un bien invisible en el que no solemos pensar, es la vida a la que estamos acostumbrados.

Salimos al balcón para presenciar la llegada del furgón y de los coches de la policía. Lo cierto es que medio edificio estaba asomado a la ventana. Me incliné y miré hacia arriba. Aparicio también estaba allí. Se metió enseguida dentro, avergonzado de que lo viéramos. La reconstrucción estaba prevista para las veintitrés horas. Se supone que el horario nocturno respeta las condiciones originales. Se nos comunicó también que debíamos vestirnos con lo que llevábamos puesto en el momento de los hechos. Extendí encima de la cama los calzoncillos y el conjunto Kitty, cual disfraces dispuestos para una representación. Entró una decena de personas en el edificio, entre ellas una mujer que llevaba un maletín y una mesita plegable. Jean-Lino salió del furgón entre dos polis de uniforme y esposado. Volverlo a ver, desde arriba, con la cazadora de Zara y el sombrero de las carreras, me dejó conmovida. Me asaltó la sensación de que se estaba produciendo un gigantesco error. Desde el punto de vista de la muerte y del universo, tal como me pareció de repente ver las cosas desde mi barandilla, todo aquel ajetreo en torno a un hombre inofensivo, abrumado y disfrazado otra vez de sí mismo, me saltó a los ojos como una farsa grotesca.

El juez de instrucción quiso comenzar con lo que él mismo denominó *la salida de la fiesta*. Para esa primera secuencia, consideró inútil que nos vistiéramos como tres meses atrás. La secretaria judicial estaba sentada en el rellano, ante su mesa plegable y un PC portátil. Primera foto, dictó el juez, *Policía representando el papel de la señora Gumbiner*. Una mujer minúscula de pelo rizado posó, con los brazos pegados al cuerpo y enfundada en una

chaqueta de faldón demasiado ancho. Jean-Lino, igualmente forzado, estaba ante el ascensor con una camisa de color malva y el pelo corto. Le habían quitado las esposas. Me pareció más joven. Unas gafas nuevas multiuso de montura metálica lo rejuvenecían. La puerta de la escalera de servicio estaba abierta. Parte de los polis estaban plantados en la escalera. En el rellano reconocí al jefe de investigación de la policía y a uno de los polis del vestíbulo en el momento del arresto. El juez quiso saber en qué orden se había efectuado la salida. Ninguno de nosotros tres fue capaz de recordarlo. Tras un ligero barullo, quedó vagamente admitido que Lydie había sido la primera en traspasar el umbral, tras los El Ouardi, que no merecían ser plasmados. El juez posicionó al nuevo matrimonio Manoscrivi así como a Pierre y a mí en el umbral de la puerta, para la foto. *La señora Gumbiner y el señor Manoscrivi abandonando el piso del matrimonio Jauze, junto con el señor y la señora El Ouardi tomando el ascensor.* El juez me encareció la importancia de la narración. El álbum se difundirá al celebrarse el proceso, dijo, es un instrumento pedagógico para el presidente. Después, cuando haga fotografiar al *Señor Jauze dirigiéndose al dormitorio para irse a la cama*, me dirá, es importante que el jurado comprenda que usted se queda sola. Tras ese preámbulo, subieron todos al piso de arriba. Pierre y yo nos fuimos al salón. Pierre me preguntó con tono odioso si quería echar una mirada a las noticias entretanto. Yo no tenía la menor gana de ver las noticias. Cogió su tablero de ajedrez y se puso a estudiar un problema. Odiaba todo aquello, particularmente su incorporación a cada nuevo episodio del caso. Cuando recibimos la citación para la reconstrucción, juró por todos los dioses que no asistiría. Sentada sin hacer nada en el canapé junto a mi marido, observé el piso tal como no estaba nunca en tiempo normal. Los cojines equidistantes e hinchados, los revoltijos salvajes mutados en discretas pilas de libros. El suelo reluciente, nada tirado por ahí. Mi madre lo habría dejado todo igual de lustroso. Todo el mundo en posición de firmes ante la autoridad de la justicia. Se oían pasos y ruidos en el piso de arriba. Dije, ¿va a estrangular a la policía?

—Esperemos que no.

Me tumbé con la cabeza apoyada en sus piernas, dejándolo en una postura muy incómoda. Dije, ¿la va a meter en la maleta?

—Primero tendrá que bajar aquí.

Depositó el tablero magnético sobre mi pecho y el recorte de prensa del

estudio sobre mis piernas. En el rellano, Jean-Lino se había comportado como un extraño. Cuerpo mecánico, mirada huidiza. Como si se hubieran deshecho todos los vínculos, incluso con las paredes del edificio. No me esperaba tal frialdad. En los peores años, en la época de la preadolescencia, me enviaban a unas colonias en Corrençon-en-Vercors. Siempre iba a remolque de todo en aquellos campamentos donde nos abandonaban a nuestra suerte y donde todos parecían más emancipados y descarados que yo. A veces lograba integrarme echándome unas amigas. Como no vivíamos en las mismas ciudades, volvíamos a vernos la temporada siguiente. Eso me ilusionaba de antemano. Pero las chicas nunca me parecían las mismas. Se mostraban distantes, pretenciosas, como si nunca nos hubiera unido ninguna amistad. Y eso me afectaba sobremanera porque tenía puestas todas mis esperanzas en ese reencuentro. Hice un movimiento un poco brusco y unos cuantos peones se fueron a paseo fuera del tablero. Me fui pitando a mi habitación para endosarme el disfraz, mi camiseta Kitty, mi pantalón a cuadros bien planchado y mis zapatillas de piel artificial. Al lado oía refunfuñar a Pierre.

Jean-Lino volvió a llamar al timbre de casa, con su séquito. Le abrió Pierre en calzoncillos color rosa pálido. Aparecí yo con mi atavío. Fuimos al salón. Jean-Lino volvió a tomar posesión del sillón marroquí. Sentado más alto que nosotros como la última vez, casi igual de marmóreo, pero ahora perfectamente peinado y sin el tic en la boca. Haciendo juego con el salón lustroso. Abrimos el coñac. Nos bebimos las copas vacías. Apagamos la lámpara. Yo encendí la luz del techo, apagué la luz del techo, encendí la lámpara de pie. Ordené cosas que estaban ya ordenadas. Llevé mi adorado Rowenta. Pierre lo cogió. Apuntó a Jean-Lino con él. Jean-Lino se dejó aspirar tranquilamente. Cuanto más se esforzaba el juez en ordenar el mundo, más parecían las cosas cobrar una locura furiosa. Nuestra pequeña procesión se internó en la escalera de servicio en medio de un silencio acolchado. Pierre en cabeza, con una lentitud destinada bajo mano a atemperar mi celo colaborador. La foto fue tomada en la curva, desde el rellano de los Manoscritti. Habían quitado los precintos. Entramos en el piso, donde nos esperaban diez personas medio a oscuras. Nos dirigimos hacia el dormitorio. Por el resquicio, vi los pies de Lydie con los escaarpines de tiras rojas. Al entrar en la habitación, me dio un vuelco el corazón. Lydie yacía bajo Nina

Simone. No le quedaba ni un pelo, la cara era informe y lampiña. Era un maniquí aterrador, vestido con la falda de volantes y los Gigi Doll. ¿Pueden mostrarnos, dijo el juez, cómo se cercioraron de que la señora Gumbiner había fallecido? Pierre le tomó el pulso. Yo le toqueteé las piernas como había señalado en mis declaraciones. El contacto era desagradable, una espuma fría y densa. Le puse el pañuelo, otro, que encontré en el mismo cajón. Al apretar el nudo la cabeza se encogió. Foto número catorce: *La señora Jauze aprieta el pañuelo mientras el señor Manoscriveri cierra la boca de la señora Gumbiner*. Jean-Lino ejecutaba los gestos sin la menor intención de hacerlo bien. Parecía despreciar la muñeca. Se me hizo raro volver a ver el orinal, la lechuza de estaño, el péndulo, e incluso a Nina Simone con su vestido de rejilla. Eran el *pasado*. Sabía que los veía por última vez. Señor Jauze, ¿puede usted aclararnos en qué lugar se hallaba exactamente cuando instó al señor Manoscriveri a que llamara a la policía? Pierre efectuó un pequeño giro sobre sí mismo con sus calzoncillos y sus mocasines y dijo, aquí. ¿Cuáles fueron sus últimas palabras al abandonar el piso?

—No lo recuerdo —dijo Pierre.

—¿Y usted lo recuerda, señor Manoscriveri?

—No...

—¿Señora Jauze...? Usted declaró que su marido aconsejó al señor Manoscriveri que no tardara mucho en llamar a la policía.

—Sí. Así es.

—¿Pueden mostrarnos de qué modo se separaron del señor Manoscriveri?

Pierre y yo salimos de la habitación. El juez nos hizo detenernos delante del cuarto de baño. ¿Abandonan la habitación con esa tranquilidad? Usted declaró que su marido la había obligado a abandonar el piso.

—Sí, es cierto.

—¿Pueden mostrárnoslo?

Volvimos a la habitación. Pierre me asió la muñeca con sus dedos de acero y tiró de mí hacia el pasillo. Me dejé guiar, dejando a Jean-Lino sobre un fondo de cortinas floreadas, de pie al lado del sillón de terciopelo amarillo.

Todos quisieron mirar por la mirilla. El juez, el encargado de la investigación, el abogado de Jean-Lino y el de la parte civil. Cada uno, investido de la gravedad requerida, pudo comprobar que se veía parpadear el botón del ascensor. El vestíbulo estaba listo para nuestra llegada. La

secretaria judicial se había arrimado a la pared en el lado de las basuras con su mesa plegable y su ordenata. La vecina del segundo esperaba junto a la puerta vidriera mascando un chicle. Jean-Lino aguardaba ante el ascensor. Le habían hecho ponerse de nuevo su cazadora de Zara y sus guantes de piel de oveja. El abrigo verde colgaba a ambos lados de su brazo doblado, mientras sostenía torpemente el bolso de Lydie por el asa. A invitación del juez, abrió la puerta del ascensor y tiró de la maleta. Ésta me pareció menos protuberante que con Lydie en el interior. Al parecer el maniquí resultó ser más flexible, una suerte para Jean-Lino, a quien habían dejado solo para la operación de carga. ¿Es esto lo que vio cuando llegó al pie de la escalera?, me preguntó el juez.

—Sí.

—No es eso lo que declaró. En el registro D111, explicó usted que el abrigo de la señora Gumbiner estaba encima de la maleta...

—Ah, sí. Es posible.

—¿Dónde estaba el abrigo?

—Encima de la maleta.

—¿Está usted de acuerdo, señor Manoscritti?

—Sí.

—¿Puede usted mostrarnos de qué modo estaba colocado el abrigo encima de la maleta?

Jean-Lino echó el abrigo encima de la maleta. Yo confirmé que estaba así. El juez hizo que constara en el atestado y ordenó que se hiciera la foto. Señor Manoscritti, ¿puede usted recordarnos lo que le dijo la señora Jauze cuando le vio?

—Me preguntó qué había en la maleta.

—¿Y qué contestó usted?

—No contesté. Me fui hacia la puerta.

—¿Puede recordarnos cómo le hizo detenerse la señora Jauze?

—Cogió el bolso y el abrigo.

—Señora Jauze, ¿puede mostrarnos cómo cogió usted el bolso y el abrigo?

Cogí el abrigo y el bolso, que Jean-Lino seguía sosteniendo en alto con el brazo doblado. Por fin nos miramos. Volví a ver lo que me gustaba de sus ojos. Por encima de cualquier tristeza, la llama maliciosa. Foto número treinta y dos: *El señor Manoscritti mirando cómo Élisabeth Jauze le coge el abrigo y el bolso.*

Cuando arrancó el furgón, Jean-Lino se pegó a la ventana. Habían vuelto a esposarlo. Se inclinó hacia delante como para hacerme una señal. Yo estaba delante de la puerta acristalada con mis zapatillas y agité los brazos hasta que el coche rodeó el edificio de enfrente. Me quedé un rato fuera cuando todo el mundo se fue. El parking estaba vacío. Era una hermosa noche estrellada en Deuil-l'Alouette. Antes de desaparecer, el vehículo había dado media vuelta entre los coches aparcados para enfilarse en sentido contrario. Jean-Lino seguía vuelto hacia mí, pero la noche y la distancia me impidieron distinguir su cara. Tan sólo veía la forma negra del sombrero, el accesorio anticuado que lo había singularizado y parecía ahora arrojarlo al anonimato de los hombres. La historia se escribía por encima de nuestras cabezas. No podíamos impedir lo que sucedía. Quien acababa de pasar era Lino Manoscritti y al propio tiempo cualquier hombre embarcado. Recordé la sensación de pertenencia a un todo oscuro que Jean-Lino experimentaba en el patio de la avenue Parmentier cuando su padre leía el salmo en voz alta. Miré el cielo y a quienes se hallaban en él. Después subí sola por la escalera.

Título de la edición original:
Babylone

Edición en formato digital: marzo de 2017

© de la traducción, Javier Albiñana, 2017

© Yasmina Reza, Flammarion, 2016

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2017
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3779-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

1 CEIPI: Centre d'études internationales de la propriété intellectuelle. (*N. del T.*)

2 *Convention sur le brevet européen*, un libro de referencia. (N. del T.)

3 En francés *gaucho*. (N. del T.)

4 Programa de la televisión francesa que presentaba casos criminales de manera teatralizada. (*N. del T.*)